



Universidad de Deusto
Deustuko Unibertsitatea

**DEL APEGO PARENTAL AL APEGO FRATERNAL:
EFECTO MEDIADOR DE LAS RELACIONES
FRATERNAS**

Tesis doctoral realizada por: Edurne Urrutia Carretero

Dirigida por: Ana Martínez Pampliega y Leire Iriarte Elejalde

Facultad de Ciencias de la Salud

Departamento de Psicología

Universidad de Deusto

La Doctoranda

Las Directoras

Edurne Urrutia Carretero

Ana Martínez Pampliega

Leire Iriarte Elejalde

Bilbao, 2023

A mis padres,

A mis abuelos

Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría agradecer a mis directoras de tesis Ana Martínez Pampliega y Leire Iriarte Elejalde su acompañamiento a lo largo de estos años. Gracias por vuestra ayuda, vuestra paciencia, vuestra disponibilidad y todo lo aprendido con vosotras. También quiero agradecer a Susana Corral Gilsanz, por su ayuda, su apoyo y supervisión como directora de tesis durante los primeros años. Muchas gracias a las tres, sin vuestras orientaciones este trabajo no habría sido posible.

Asimismo, quisiera agradecer a Félix Loizaga Latorre, con quien comencé mi aprendizaje en el campo de la investigación con el TFM y me animó a continuar en ello.

Gracias a todas las personas de la Universidad de Deusto que he tenido la suerte de ir conociendo a lo largo de estos años y en especial, a las compañeras del equipo de Deusto Family Psych, a las que quiero agradecer su ayuda en esta tesis.

Muchas gracias también a los profesionales que me han ayudado en este trabajo. A Mónica López y Urko Zalbidea, porque además de haber colaborado en la construcción del NAF, son grandísimos amigos. Al Dr. Carlos Pitillas y Goizalde Escobal por haber ayudado también en el desarrollo del NAF. Gracias por vuestras aportaciones y consejos. Y al Dr. Robert Stewart, con quien compartí parte del trabajo en el inicio y me ofreció una guía y comprensión más claras sobre el apego fraterno.

Asimismo, quisiera trasladar mi agradecimiento a los niños y niñas que han colaborado y participado en este estudio, a sus padres y madres, y a los centros escolares que permitieron que esta tesis pudiera realizarse.

Quiero agradecer también a mis amigas y amigos por su disponibilidad y su amistad. Han sido muchos los años que ha llevado este trabajo y sin sus ánimos, su apoyo

y los momentos de distracción, habría sido mucho más duro. Gracias especialmente a Paula, a Mónica y a Esther, por escucharme y animarme siempre que lo he necesitado.

También, de forma muy especial, a Imanol, por estar cada día apoyándome y animándome. Contigo los momentos más complicados se han vuelto más llevaderos y has hecho que el camino haya sido más fácil y agradable.

Por último, quiero agradecer a mi familia, especialmente a mis padres, por estar siempre ahí y apoyarme en todas las decisiones que he ido tomando, ayudándome, comprendiéndome y ofreciéndome su confianza. A mi tía, por sus palabras de ánimo durante este tiempo. Y finalmente, también a mis abuelos, quienes me acompañaron siempre y me apoyaron desde el principio en este proyecto. Estarían muy ilusionados y orgullosos de ver este trabajo terminado.

¡Muchas gracias a todos por acompañarme a lo largo de estos años!

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA	13
1. LA FRATRÍA DENTRO DEL SISTEMA FAMILIAR	15
1.1. Evolución de las relaciones fraternas a lo largo del ciclo vital	18
1.1.1. El destronamiento: El nacimiento del nuevo hermano	19
1.1.2. Las relaciones fraternas durante la infancia	23
1.1.3. Las relaciones fraternas durante la adolescencia	25
1.1.4. Las relaciones fraternas durante la edad adulta	27
1.1.5. Las relaciones fraternas durante la vejez	28
1.2. Teorías en el estudio de la configuración fraterna.....	29
1.2.1. La perspectiva estructural en el estudio de las relaciones fraternas	30
1.2.2. La perspectiva interactiva en el estudio de las relaciones fraternas	35
2. LAS RELACIONES FRATERNAS: ENTRE EL AMOR Y EL ODIO	39
2.1. La fratría y lo fraternal: Análisis de la terminología	41
2.2. La perspectiva vertical en el estudio de las relaciones fraternas	44
2.2.1. Las relaciones fraternas desde la teoría psicoanalítica.....	44
2.2.1.1. El complejo fraterno y el vínculo fraterno.....	44

2.2.1.2. La rivalidad fraterna.....	49
2.2.2. Las relaciones fraternas desde la teoría del apego.....	58
2.3. La perspectiva horizontal en el estudio de las relaciones fraternas.....	60
3. EVOLUCIÓN EN EL ESTUDIO DEL APEGO: DEL APEGO PARENTAL AL APEGO FRATERNAL	67
3.1. Los inicios de la teoría del apego	69
3.2. Los Modelos Operativos Internos	74
3.3. La descentración de la monotropía del apego	76
3.3.1. El apego paterno	76
3.3.2. El apego fraterno.....	79
4. CONCLUSIONES TEÓRICAS Y OBJETIVOS DEL ESTUDIO	87
ESTUDIOS EMPÍRICOS.....	95
Estudio 1: Construcción y validación del test Narrativas de Apego Fraternal (NAF) para niños mayores	97
Estudio 2: El efecto mediador de las relaciones fraternas entre el apego parental y el apego fraterno.	101
CONCLUSIONES FINALES	105
REFERENCIAS.....	119
ANEXOS	145
Anexo 1. Dictamen del Comité Ético de la Universidad de Deusto	147

Anexo 2. Carta de presentación para los centros escolares 148

Anexo 3. Carta informativa y consentimiento informado para los padres 150

Introducción

INTRODUCCIÓN

El objetivo principal de esta tesis doctoral es analizar el efecto que tiene el apego parental en el apego fraterno a través de la calidad de las relaciones entre hermanos¹. Además, de manera más específica, se pretende analizar el posible efecto de las variables estructurales de la fratría.

La relación entre hermanos es la relación más larga de la vida de un individuo. Como toda relación, sufre varios cambios a lo largo del ciclo vital de las personas en función de cada etapa evolutiva, atendiendo a las necesidades y experiencias vitales que marcan su naturaleza, provocando que se descubran, se transformen, se alejen y se reencuentren (Bourhaba, 2004), marcando así su propio vínculo entre ellos (Scelles, 2010).

El nacimiento de un hermano es uno de los acontecimientos más importantes que sufre un hijo primogénito tras haber convivido con sus padres en una exclusividad relacional (Arranz, 1989). Los autores psicoanalíticos ya señalaron hace años que este evento provocaba en el niño la emergencia de pulsiones de muerte hacia el recién llegado, sentimientos de abandono por parte de la madre (Freud, 1916/2011) y un complejo de intrusión por parte del recién nacido que despierta rivalidad y agresividad (Lacan, 1938/2012). Posteriormente, la psicología evolutiva añadía que el apego materno se veía también afectado (Teti et al., 1996; Touris et al., 1995) y que los padres referían observar diferentes síntomas en los primogénitos, tales como agresividad, problemas de atención, problemas de sueño, síntomas ansioso-depresivos o búsqueda excesiva de proximidad en el contacto con los padres (Volling et al., 2014). Sin embargo, hay autores que señalaron

¹ Para una lectura más fluida, durante toda esta tesis doctoral, se tendrán en cuenta ambos géneros al nombrar “hijos”, “hijo”, “hermanos” o “hermano”, a no ser que se especifique el género. Asimismo, se empleará “padres” para hacer referencia al padre y a la madre, salvo en casos concretos donde será especificado.

que el destronamiento tiene un valor en potencia para el niño, ya que le permite descubrir el odio (Winnicott, 1964/2021), construir su propia identidad y elaborar la ambivalencia con la madre (Angel, 2004), lo que, en definitiva, contribuye al desarrollo emocional y relacional del niño.

Con el paso del tiempo, la relación fraterna va evolucionando de forma paralela al desarrollo del niño, caracterizándose durante la infancia como una relación muy intensa (Corman, 1974; Goetting, 1986; Troupel, 2006). Durante la adolescencia, momento vital en el que el individuo busca desarrollar su propia identidad, se produce un proceso de desidentificación (McHale et al., 2001; Rohde et al., 2003; Schachter et al., 1978) y la relación fraterna sufre un alejamiento en favor al grupo de iguales y la pareja (Buhrmester y Furman, 1990; Widmer, 1999). Pero, a medida que van llegando a la edad adulta temprana, por lo general, la intensidad relacional disminuye y la relación se vuelve más cercana (Scharf et al., 2005). Posteriormente, en la vida adulta, donde cada hermano construye una nueva familia, la relación fraterna adquiere un carácter de voluntariedad pudiendo escoger la cantidad de contacto que desean mantener, mostrándose, con el paso de los años, menos apoyo y compañerismo, pero reactivando su vínculo en el proceso de envejecimiento o fallecimiento de los padres donde su apoyo emocional ejerce un rol importante (Goetting, 1986; Lu, 2007; Martin et al., 2005). Finalmente, durante la vejez, se mantiene la distancia relacional entre los hermanos, aunque puede también desempeñar un apoyo importante ante la pérdida de otros familiares o amigos (Goetting, 1986; Shulman, 1999).

En definitiva, puede concluirse que las relaciones entre hermanos ejercen un rol muy importante en el desarrollo del individuo. En efecto, la familia representa el primer lugar y entorno donde cada individuo se construye como persona y donde toda experiencia vivida deja una huella en la vida futura (Troupel, 2006). De hecho, el vínculo

fraterno es, junto con el vínculo conyugal y parental, un vínculo estructurante a nivel familiar y ejerce un papel fundamental dentro de la vida intrapsíquica, afectiva y social de las personas (Meynckens-Fourez, 2004; Vinay y Jayle, 2011).

La investigación sobre las relaciones fraternas se ha centrado en su análisis desde dos grandes corrientes con diferentes perspectivas: (a) la primera, enfocada en hallar los efectos de las relaciones fraternas en la personalidad y en el desarrollo del niño, y (b) la segunda, enfocada en comprender y describir la calidad de las relaciones entre hermanos.

Dentro de la primera corriente, encontramos dos perspectivas: la perspectiva estructural y la perspectiva interactiva. La perspectiva estructural tiene su origen en la obra de Adler (1927/1984), quien se interesó por el efecto del orden de nacimiento de los hermanos en las diferencias en la personalidad del niño. Sus conclusiones fueron posteriormente corroboradas por algunos autores (Badger y Reddy, 2009; Widmer, 1999); sin embargo, estudios meta-analíticos las consideraron como poco consistentes e incluso contradictorias (Arranz, 1989; Harris, 1999), aludiendo a la existencia del concepto de “ambientes no compartidos” que explica que los hermanos no mantienen las mismas experiencias en las interacciones familiares y es en ellas donde pueden explicarse las diferencias que presentan los hermanos (Arranz, Yenes et al., 2001). Por este motivo, se sugirió el análisis desde la perspectiva interactiva centrada en los efectos de las relaciones fraternas en el desarrollo cognitivo (Lewis et al., 1996; McAlister y Peterson, 2013; Oshima-Takane et al., 1996; Perner et al., 1994) y socioemocional del niño (Dunn et al., 1991; Karos et al., 2007), encontrando importantes resultados positivos.

Dentro de la segunda corriente, que se centra en comprender y describir las relaciones entre hermanos, también se hallan dos perspectivas con orientaciones teóricas diferenciadas. Por un lado, los estudios que comprenden las relaciones fraternas desde

una perspectiva vertical, representada principalmente por la teoría psicoanalítica y, en menor medida, por la teoría del apego; y, por otro lado, los que analizan las relaciones desde una perspectiva horizontal, donde se encuentran los psicólogos del desarrollo o psicología evolutiva.

La perspectiva vertical tiene su origen en el psicoanálisis, el cual mantuvo que las relaciones fraternas eran dependientes de las relaciones entre padres e hijos, centrandose gran parte de sus estudios en el destronamiento del hermano mayor tras el nacimiento del pequeño (Freud, 1916/2011), el complejo fraterno, el vínculo fraterno (Kaës, 2008; Kancyper, 2004) y la rivalidad fraterna (Corman, 1974). A pesar de que Freud (1916/2011) solo habló del complejo de Edipo, autores más contemporáneos hablaron del complejo fraterno, el cual representa una organización de los deseos amorosos, narcisistas y objetales del odio y la agresividad hacia otro (Kaës, 2003, 2008; Kancyper, 2004); y del vínculo fraterno, que favorece la construcción, por un lado, de la identidad; y, por otro lado, de la alteridad (Arnaud, 2003). En cuanto a la rivalidad fraterna, son muchos los autores que han escrito o investigado sobre ella. Freud (1916/2011) la explicó como una defensa contra el complejo de Edipo, es decir, un mecanismo defensivo de desplazamiento de los sentimientos edípicos hacia el hermano con el fin de reparar la relación parental. Posteriormente, Corman (1974) escribió una importante obra sobre este constructo donde realizó un análisis descriptivo no solo de la rivalidad manifiesta o explícita, sino de la rivalidad enmascarada expresada a través de diferentes mecanismos de defensa. De hecho, muchos autores señalan que la rivalidad fraterna puede estar reprimida y expresarse a través de signos muy dispares: inestabilidad emocional, trastornos del sueño, somatizaciones, fracaso escolar, comportamiento regresivo, ternura excesiva hacia el hermano, etc. (Angel, 2004; Dalloz, 2003; Vinay y Jayle, 2011).

Por otra parte, los psicólogos cognitivistas también investigaron sobre este constructo sugiriendo que la superación del egocentrismo cognitivo puede ayudar a una disminución de las conductas celotípicas o a una elaboración de agresiones más sutiles contra el hermano (Arranz, 1989; Dunn y Kendrick, 1986). Además, también investigaron sobre la percepción de los niños de la parcialidad de los padres. Los autores pudieron confirmar que el tratamiento diferencial de los hijos provocaba un aumento de los sentimientos de rivalidad fraterna (Badger y Reddy, 2009; Furman y Buhrmester, 1985; Ross y Milgram, 1982; Rauer y Volling, 2007).

Desde esta perspectiva vertical en el estudio de las relaciones fraternas, la teoría del apego subrayó un efecto de la relación madre-hijo sobre la calidad de las relaciones que mantenían los hermanos en la familia. Concretamente, se encontró que un apego seguro hacia la madre favorecía conductas prosociales hacia los hermanos pequeños (Bosso, 1985) y menores niveles de sentimientos de amenaza cuando la madre atendía más a otro hermano (Teti y Ablard, 1989). Por el contrario, cuando se establecía un apego inseguro con la madre, los hermanos mostraban más conductas conflictivas entre ellos (Coutu et al., 1996; Volling y Belsky, 1992). En el caso de la figura del padre, los resultados son contradictorios. Volling y Belsky (1992) no encontraron un efecto significativo del apego paterno en la calidad de la interacción fraterna.

Por último, la perspectiva horizontal del estudio de las relaciones fraternas, representada en mayor medida por los psicólogos evolutivos o del desarrollo, coincide en subrayar el carácter ambivalente de esta relación, marcada por afectos muy diferentes de identificación, de oposición, de amor, de odio, etc. (Meynckens-Fourez, 2004; Scelles, 2004) y marcada también por su naturaleza cambiante a lo largo del ciclo vital. No obstante, también existen factores externos que pueden generar cambios en las relaciones fraternas como los problemas conyugales de los padres, separación o divorcio, y

dificultades económicas importantes. En concreto, Merino (2014) encontró que en situaciones de conflicto parental más moderado o cotidiano, se produce una generalización del conflicto afectando negativamente a las relaciones fraternas; mientras que, en los casos de contextos familiares más adversos, las relaciones fraternas aparecen como factores protectores que compensan y amortiguan el conflicto y el malestar de los hijos.

En definitiva, desde esta perspectiva se marca la entidad propia del subsistema fraterno, que ya señaló Minuchin (1983), y se destacan tres funciones principales (Meynckens-Fourez, 1999): (1) la función de aprendizaje de los roles sociales, ya que dentro de la fratría surgen movimientos de amor y de odio (McGuire et al., 1996) que favorecen el autoconocimiento y el conocimiento del otro, la gestión de conflictos, la socialización y el descubrimiento de la complicidad (Espiau y Beaumatin, 2003; Meynckens-Fourez, 1999; Scelles, 2004); (2) la función de sustitución parental, señalando a la fratría como grupo que da apoyo en el vínculo transgeneracional en las terapias familiares y como microsistema autónomo que se rige por sus propias leyes (Benghozi, 2000); y (3) la función de apego y de seguridad, donde hay que subrayar las aportaciones de la teoría del apego.

Esta última teoría también aportó sus reflexiones y resultados a la perspectiva horizontal. Desde los estudios clásicos, se destacó la figura de la madre como el miembro familiar que ejercía un papel protector y cuidador, y que era, en definitiva, la figura principal de apego (Bowlby, 1969), defendiendo así una monotropía del apego. Sin embargo, esta idea fue rechazada posteriormente por el propio Bowlby (1980) y estudios posteriores ya comenzaron a analizar la importancia de otras figuras del sistema familiar con quienes los niños también establecían relaciones de apego: el padre y los hermanos (Troupel y Zaouche-Gaudron, 2006b).

Respecto al apego paterno, los estudios no encontraron resultados similares a los obtenidos con la figura de la madre, lo que hizo reflexionar a algunos autores sugiriendo que el apego paterno debía ser medido de una manera diferente al apego materno (Grossmann et al., 2002; Pinel-Jacquemin et al., 2009; Troupel, 2006; Volling y Belsky, 1992). Incluso, varios autores sugirieron denominarlo de otro modo con el fin de diferenciarlos: “agente de socialización” (Le Camus, 2000), “exploración segura” (Grossmann et al., 2002), “relación de activación” (Paquette, 2004) y “puente social” entre el niño y el entorno (Zaouche-Gaudron, 2010). Concretamente, Paquette (2004) subrayó la importancia de comprender los roles diferentes que ejercen la madre y el padre. Ahora bien, roles diferentes, pero complementarios cuando se trata de la relación de apego con los hijos. La madre supone una base segura ofreciendo calma y consuelo al niño cuando presenta angustia, y el padre favorece la exploración permitiéndole investigar el entorno cuando no presenta angustia. Por esta razón, podemos hablar del padre como un papel importante en el desarrollo de la autonomía del niño y en su apertura al mundo exterior (Zaouche-Gaudron, 2010).

Respecto al apego fraterno, la mayoría de las investigaciones lo estudiaron como una conducta de apego y muy pocas desde la representación mental del apego. Dentro del primer grupo, Stewart (1983) lo definió como la capacidad del hermano mayor para actuar como figura subsidiaria de apego ante la ausencia de las figuras principales de apego. En su estudio, encontró que solo la mitad de la muestra de hermanos mayores ejercía como figura subsidiaria de apego. Estos hallazgos provocaron la continuación de estudios posteriores con el fin de encontrar los factores que determinan su desarrollo. Entre ellos, estudiaron el efecto de la toma de perspectiva (Stewart y Marvin, 1984). Sin embargo, Garner et al. (1994) añadieron que lo que determina la capacidad de apego fraterno es la habilidad emocional del mayor para comprender las necesidades emocionales del

pequeño; e incluso Howe y Rinaldi (2004) lo explicaron a través del discurso de los estados internos que los hermanos mayores habían recibido por parte de la madre, los cuales permitían anticipar las necesidades del pequeño y ajustarse mejor a ellas.

Dentro del segundo grupo, se han encontrado dos investigaciones que estudiaron el apego fraterno desde la representación mental, los cuales se interesaron en analizar el efecto de la calidad de las relaciones fraternas sobre este constructo. Caya (2001) encontró que los hermanos pequeños con una relación fraterna de apoyo mostraban una representación de su hermano mayor como figura que ejerce apego subsidiario. Por su parte, Troupel (2006) amplió el estudio del apego fraterno entendiéndolo no solo como un apego fraterno seguro, sino que partió de la hipótesis de que, al igual que en el apego parental, también existían diferentes tipos de apego fraterno: seguro, desactivado, hiperactivado y desorganizado. Al igual que Caya (2001), estudió el apego fraterno solo desde la perspectiva del hermano pequeño, encontrando que gran parte de los niños mostraba un apego fraterno seguro, pero otros mostraban diferentes tipos de apego fraterno inseguro. Al mismo tiempo, estudió el efecto de variables estructurales como el género de la fratría, la diferencia de edad y el tamaño de la fratría; así como el efecto de la calidad de las relaciones entre hermanos. No encontrando un efecto de esta última variable, sí observó un efecto de las variables estructurales.

En definitiva, el apego fraterno es un constructo poco abordado tanto teóricamente como metodológicamente. Como se observa en la literatura, no se han encontrado hasta la fecha estudios que hayan contemplado el análisis de la relación entre el apego parental y el apego fraterno.

Por todo ello, el objetivo principal de esta tesis doctoral es analizar el efecto del apego parental en el apego fraterno a través de la calidad de las relaciones fraternas; y, de manera más específica, analizar el posible efecto de variables estructurales de la fratría.

Es decir, esta tesis doctoral continuará el análisis de las relaciones fraternas combinando la perspectiva vertical y horizontal que ya iniciaron otros autores.

Para ello, el contenido de esta tesis doctoral se divide en dos partes. En la primera, se presenta la fundamentación teórica que enmarca los estudios empíricos que se llevarán a cabo posteriormente. La revisión de la literatura hace referencia a las diferentes perspectivas de estudio de las relaciones entre hermanos: perspectiva estructural, interactiva, vertical y horizontal; finalizando con un resumen de la evolución de la teoría del apego hasta llegar a la descentración de la monotropía del apego, para así centrarse en el constructo del apego fraterno. En la segunda parte, se presentan los dos estudios que componen esta tesis doctoral: (1) Dado que los estudios sobre la representación mental del apego se realizaron únicamente desde la perspectiva del hermano pequeño y se desarrollaron para niños pequeños, fue necesario realizar un primer estudio para construir y validar una prueba que midiera el apego fraterno desde ambas posiciones de la fratría dirigido a niños mayores. (2) Una vez validada esta prueba, se llevó a cabo un segundo estudio para responder al objetivo principal de esta tesis doctoral y, de esta forma, analizar el efecto del apego parental en el apego fraterno a través de la calidad de las relaciones entre hermanos; así como un análisis del posible efecto de las variables estructurales de la fratría.

Finalmente, se presentarán unas conclusiones finales a los resultados obtenidos en los dos estudios de esta tesis doctoral y se reflexionará sobre las limitaciones y futuras líneas de investigación.

Fundamentación teórica

1. La fratría dentro del sistema familiar

1. LA FRATRÍA DENTRO DEL SISTEMA FAMILIAR

La familia representa el primer lugar y entorno en el que cada individuo se construye como persona y donde toda experiencia vivida deja una huella muy importante en la vida futura (Troupel, 2006). A pesar de que gran parte de la literatura se ha centrado en las relaciones entre padres e hijos, las relaciones entre hermanos también se presentan como una relación importante para la construcción de la persona y su desarrollo psicológico. De hecho, Minuchin (1983) describía a la fratría como un subsistema y la consideraba como el primer laboratorio social en el que los hermanos pueden entrenarse para las relaciones que mantienen con su misma generación. El vínculo fraterno constituye uno de los tres grandes vínculos que estructura a la familia junto con el vínculo conyugal y el vínculo parental, ejerciendo un papel muy importante dentro de la vida intrapsíquica, afectiva y social de las personas (Vinay y Jayle, 2011).

Sin embargo, aunque posee cualidades similares al resto de vínculos familiares, presenta unas características que le hacen ser único, ya que hay que señalar, por un lado, la naturaleza duradera de la relación entre hermanos (Cicirelli, 1982) y, por otro lado, su equivalencia e igualdad. Las relaciones fraternas son relaciones horizontales, al contrario que la dinámica padres-hijos que supone una relación vertical. Esto favorece que los niños desarrollen habilidades de negociación y resolución de conflictos (Dunn, 1993). Por último, otra de las cualidades únicas de las relaciones fraternas es su intensidad emocional, dados los altos niveles tanto de afecto como de conflicto (Sulloway, 1996).

Además de esto, la relación fraterna puede ser una fuente de compañerismo, ayuda y soporte emocional, adquiriendo al mismo tiempo habilidades sociales y cognitivas fundamentales para el desarrollo social del niño. Concretamente, los hermanos mayores

pueden servir como cuidadores, profesores o modelos, incluso pueden sustituir a padres ausentes o distantes (Furman y Buhrmester, 1985).

En definitiva, la relación fraterna ejerce un papel muy relevante en el desarrollo del niño y le acompañará a lo largo de su vida. Es por esto que se comenzará analizando la evolución de las relaciones fraternas a lo largo del ciclo vital y se presentarán las teorías que han estudiado el papel importante de esta relación familiar en la construcción de la personalidad y en el desarrollo psicológico del niño.

1.1. Evolución de las relaciones fraternas a lo largo del ciclo vital

La relación fraterna es la relación más larga en la vida de una persona (Cicirelli, 1982), y como toda relación, sufre varios cambios a lo largo del ciclo vital de las personas, en función de cada etapa evolutiva en la que los hermanos tienen necesidades propias que marcan su dinámica relacional.

Cuando se habla de las relaciones entre hermanos, aparece de forma espontánea la imagen de unos niños y parece que adquieren una ilusión de eterna juventud. Sin embargo, la vida de una fratría no acaba en la infancia, evoluciona a lo largo de los años transformándose, descubriéndose, alejándose y reencontrándose (Bourhaba, 2004). De hecho, el paso por la adolescencia, la emancipación de la familia, el comienzo de la actividad laboral, la pareja con la creación posterior de una familia y, por último, la vejez y muerte de los padres, afectan no sólo a cada hermano individualmente, sino que también repercuten en el vínculo entre los hermanos (Scelles, 2010).

Teniendo en cuenta que las relaciones fraternas van a ir modificándose a lo largo de la vida, se presenta a continuación un resumen de los cambios más significativos desde

que nace un hermano y se conforma la fratría, hasta que los hermanos llegan a la vejez, pasando por la infancia, adolescencia y edad adulta.

1.1.1. El destronamiento: El nacimiento del nuevo hermano

Uno de los acontecimientos más importantes que sufre el hijo primogénito es el destronamiento. Este hecho surge tras el nacimiento del nuevo hermano, después de haber existido un periodo de exclusividad relacional con los padres (Arranz, 1989).

Mientras que con el primer hijo se funda la familia, el nacimiento de un segundo hijo crea la fratría y se transforma el mundo del primogénito (Camdessus, 1998). A pesar de que cada nueva modificación de la fratría conlleve una frustración, el nacimiento del primer hermano va a provocar una frustración singular, ya que el primogénito pasa de ser el hijo único y el centro del afecto de los padres, a tener que aceptar a un nuevo miembro en la familia y a tener que tomar conciencia de que la madre no es sólo para él (Cahn, 1962).

Desde el modelo psicodinámico, Freud (1916/2011) explicaba que el nacimiento de un hermano provoca la emergencia de pulsiones de muerte hacia el recién llegado y sentimientos de abandono por parte de la madre. Por su parte, Lacan (1938/2012), dentro de la descripción que realizó de los complejos familiares, hablaba sobre el complejo de intrusión, mediante el cual explica que el hermano pequeño va a ser un intruso para el primogénito, lo que provocará que sus relaciones estén cargadas de rivalidad y agresividad. Dado que el hermano supone un obstáculo en la relación con las figuras parentales, especialmente con el padre del género opuesto, el primogénito se sentirá destronado, privado del seno materno (Adler, 1931/2000; Cahn, 1962) y su reacción dependerá de su desarrollo psíquico. Si la llegada del bebé reactiva el complejo del

destete, el niño hará una regresión, mientras que, si ha pasado por el complejo de Edipo, se identificará con sus padres y se sublimarán sus pulsiones agresivas en ternura hacia el hermano (Lacan, 1938/2012).

Además, Rufo (2002) ha subrayado la importancia de las reacciones de los padres ante los primeros signos de rivalidad del primogénito a causa del nacimiento del nuevo hermano. El psiquiatra defiende que, si los primeros gestos agresivos contra su hermano son reprimidos, sentirá confirmada la idea de que no es querido por sus padres y quedará invadido por los celos. Esto conlleva una doble frustración para el niño, ya que por un lado se ve privado de la exclusividad del amor de sus padres y, por otro lado, observa que no puede descargar la tensión que le genera esta situación.

Los estudios empíricos también se han interesado en estudiar este evento familiar, centrándose en las reacciones del primogénito ante la llegada del nuevo hermano, en los efectos en la calidad del vínculo madre-primogénito y en los factores de protección que ayudan a que este evento no sea vivido de forma tan traumática por el hijo mayor.

Las reacciones del niño ante la llegada de un nuevo miembro a la familia pueden ser de diversa naturaleza. Cahn (1962) ya apuntaba que un niño reacciona de forma diferente dependiendo de si es el primero, el segundo, el tercero, etc., pero será el nacimiento del primer hermano lo que le cause una especial frustración. En un estudio llevado a cabo por Dunn y Kendrick (1986) se recogieron datos al mes, a los 8 meses y a los 14 meses después del nacimiento del segundo hijo para observar las reacciones del primogénito. Estas autoras encontraron resultados que mostraban que en el 93% de los niños se dio un aumento de las travesuras y de la conducta caprichosa, y aparecieron trastornos del sueño en el 28% de los niños. Algunos de los que habían aprendido a ir al baño dejaron de hacerlo y otros mostraron síntomas de regresión. Cuando el segundo

mantenía alguna interacción con los padres y otros familiares como los abuelos, más del 50% de los niños adoptaba una actitud triste o hacían algún comentario. Sin embargo, por otro lado, según las madres, más de 50% de los niños había dado una respuesta de mayor independencia en la realización de ciertos hábitos. Según estas autoras, el momento más conflictivo se sitúa en el primer mes después del nacimiento, ya que el nivel de demanda de atención y de trastornos del sueño alcanza su punto más alto y también aparecen problemas del estado de ánimo, acompañados de miedos y conductas de rituales.

Con el fin de estudiar las consecuencias del nacimiento de un nuevo hermano en la relación entre la madre y el hijo primogénito, Teti et al. (1996) llevaron a cabo un estudio cuyos resultados reflejaban que los niños de edad preescolar mostraban una disminución significativa del apego seguro hacia la madre a la llegada del nuevo hermano. Parece importante la edad de 24 meses, ya que estos autores encontraron que los niños de más de 24 meses de edad mostraban unas disminuciones en sus puntuaciones de apego seguro más acusadas que los niños de menos de 24 meses. Touris et al. (1995) también encontraron que la llegada de un nuevo hermano afectaba a la relación madre-primogénito; sin embargo, observaron que la relación de apego podía cambiar en dos direcciones. En algunos casos, los niños cambiaban de un apego seguro a un apego inseguro y en otros casos a la inversa. Los autores señalaban como posible causa del cambio hacia un apego inseguro el estrés de la madre durante el embarazo, añadiendo que la ansiedad por la salud del bebé, la ansiedad por duplicar las responsabilidades y la pérdida de la autonomía inherente a los cuidados maternos que necesitará el nuevo hijo, pueden afectar negativamente a la relación con el primogénito. Por otra parte, explican que el paso de un apego inseguro a un apego seguro puede suceder cuando el temperamento del primogénito fue fácil y el temperamento del recién nacido es difícil, y

cuando la madre se estresa debido a la creciente responsabilidad de encargarse de dos niños con diferentes niveles de desarrollo.

En este sentido, Volling et al. (2014) afirmaban que las madres de niños clasificados como disruptivos revelaban que sus hijos tenían más problemas de atención y agresividad ante el nacimiento del hermano. Por otro lado, las madres de niños evitativos señalaban retraimiento, problemas de sueño y agresividad, y los padres resaltaban la reactividad emocional y los síntomas ansioso/depresivos. Por último, las madres de niños con apego ansioso/dependiente indicaban que estos tenían un excesivo interés o preocupación por las interacciones entre los padres y el nuevo hermano e intentaban buscar excesivamente la proximidad y el contacto con ellos.

En cuanto a los factores protectores que pueden mejorar el estado psicológico del primogénito durante este periodo, Kreppner et al. (1982) sugerían que el establecimiento de relaciones con otros cuidadores como, por ejemplo, las figuras paternas, podría ejercer como factor protector del ajuste y adaptación del niño a la nueva configuración familiar, lo que ayudaría a que el destronamiento fuera menos complicado. Recientemente, se han encontrado estudios que se han centrado en la coparentalidad. Teniendo en cuenta que la coparentalidad tiene implicaciones en el ajuste del niño (Teubert y Pinquart, 2010), se llevó a cabo un estudio para analizar la moderación de esta variable entre el temperamento del primogénito y los problemas de comportamiento posteriores al nacimiento del nuevo hermano. En este estudio, Kolak y Volling (2013) encontraron que la coparentalidad cooperativa actuaba como un factor protector, surgiendo más comportamientos externalizantes en los niños, cuando sus padres ejercían una coparentalidad menos cooperativa. Por otra parte, también se ha demostrado que la cooperación entre la madre y el primogénito, a la hora de ofrecer cuidados al bebé, favorece el ajuste del hijo mayor. Song y Volling (2015) indican que la habilidad para calmarse y para regular las

emociones, el temperamento del niño y la calidad de la coparentalidad ayudan a que el niño desarrolle una cooperación con la madre.

Finalmente, hay que destacar algunas aportaciones interesantes que han hecho algunos clínicos sobre esta cuestión. Winnicott (1964/2021) sugería que la experiencia del destronamiento tiene un valor en potencia para el niño, ya que le permite descubrir el odio. Por otro lado, Angel (2004) explicaba que la rivalidad permite al niño construir su propia identidad. Además, afirmaba que el niño vive sus primeras frustraciones con su hermano rival compitiendo por el amor materno, por lo que debe entonces elaborar la ambivalencia que siente hacia su madre. Las explicaciones de estos clínicos nos hacen pensar que la frustración causada por el destronamiento y los subsiguientes sentimientos de celos y rivalidad pueden tener al mismo tiempo unos beneficios positivos y constructivos en el desarrollo del niño, ya que, al enfrentarse a la situación de dejar de ser el único hijo para la madre, el niño tendrá que aceptar el alejamiento de ella en favor de su hermano. Por lo tanto, la elaboración de la ambivalencia hacia su madre le ayudará a desarrollar más su autonomía y su identidad, favoreciendo la separación con ella. En definitiva, le ayudará a aprender la ambivalencia de los objetos relacionales.

1.1.2. Las relaciones fraternas durante la infancia

Durante la infancia, las relaciones fraternas están marcadas por una serie de desigualdades naturales como las diferencias en el tamaño y desarrollo físico, y diferencias a nivel intelectual, motor y afectivo, lo que favorece la maduración en el desarrollo de los niños (Almodovar, 1981).

Widmer (1999) sugería una reflexión en torno al carácter obligatorio del vínculo fraterno, el cual viene impuesto tanto a los niños como a los adolescentes y no pueden

elegirlo. Mientras que en otras relaciones familiares o interpersonales se puede poner una distancia o se puede realizar una ruptura, durante este periodo de edad, los niños no pueden separarse del hermano y han de convivir el uno con el otro. Por este motivo, una de las características más importantes de las relaciones fraternas es que se vuelven emocionalmente intensas.

La mayoría de las interacciones fraternas durante la infancia son positivas, aunque suelen conllevar comportamientos afectivos muy diversos (Goetting, 1986). Al analizar las relaciones fraternas durante esta etapa, es importante tener en cuenta el desarrollo psicológico de cada hermano, ya que las competencias cognitivas y socio-emocionales en la infancia temprana no son las mismas que en la infancia tardía. Por esta razón, en el estudio del conflicto entre hermanos durante la infancia temprana se ha encontrado que los hermanos se involucran en comportamientos agresivos y resoluciones destructivas (Howe et al., 2002) y el 50% de sus conflictos giran en torno a las posesiones, propiedades personales y a la atención materna (Dunn y Munn, 1987).

Concretamente, Corman (1974) diferenciaba las expresiones de rivalidad y conflicto dependiendo de las fases del desarrollo del niño. Señalaba que cuando el niño tiene de 2 a 3 años y se encuentra en el estadio motor impulsivo, reacciona con mucha brutalidad mordiendo, escupiendo, lanzado objetos, pegando o empujando al hermano ante una situación vivida de forma conflictiva. Posteriormente, cuando el niño va creciendo y su motricidad está más evolucionada, su impulsividad se transforma en la premeditación, el cálculo y la astucia. Con la aparición del lenguaje, y más concretamente cuando se consigue un dominio del lenguaje, la agresividad se verbaliza y se expresa mediante amenazas, palabras de odio e insultos.

Pero, en definitiva, lo que caracteriza a las relaciones fraternas durante esta etapa es la intensidad de dicha relación. Troupel (2006), analizando cuatro tipologías de fraternía, encontró que un 62% de ellas eran clasificadas dentro del grupo de las fraternías contrastadas, es decir, que mostraban altos niveles de cooperación y oposición; un 27% eran fraternías consensuadas (alto nivel de cooperación y bajo nivel de oposición), 8% conflictivas y un 3% de ellas se encontraban en el grupo de las fraternías tranquilas, caracterizadas por un bajo nivel de cooperación y oposición. Estos resultados reflejarían esta idea de la intensidad de las relaciones fraternas como la característica principal durante la infancia. La autora señalaba que el bajo porcentaje obtenido en las fraternías conflictivas se debe a lo que ya apuntaban Buhrmester y Furman (1990) acerca de la disminución del conflicto a medida que los niños van creciendo y desarrollando sus habilidades y estrategias de resolución de conflictos. De hecho, en un estudio posterior, se encontró que, en la infancia tardía, los niños emplean habilidades de resolución más flexibles y muestran más estrategias de resolución de conflictos, lo que demuestra el desarrollo de sus capacidades cognitivas (DeHart et al., 2001, como se citó en Howe et al., 2002).

1.1.3. Las relaciones fraternas durante la adolescencia

Las relaciones entre hermanos sufren cambios significativos durante el periodo adolescente. La adolescencia supone una etapa del ciclo vital en la que el individuo busca más autonomía con el fin de desarrollar su propia identidad. A medida que los niños van creciendo y entrando en este periodo, desarrollan más competencias cognitivas y socio-emocionales, lo que permite que sus relaciones fraternas se vuelvan más igualitarias, menos asimétricas y menos intensas a diferencia de la infancia. Dado que durante la

adolescencia se disminuye el contacto entre hermanos en favor a pasar más tiempo con los iguales y con las relaciones de pareja, se invierte menos la relación fraterna, dando lugar a interacciones de menor intensidad, tanto negativas como positivas (Buhrmester y Furman, 1990).

Sin embargo, Widmer (1999) señalaba la importancia de hacer una diferenciación entre las edades de los hermanos, ya que en su estudio encontró diferencias en cuanto a los niveles de conflicto en las fratrías. Sus resultados indicaron que cuando el hermano tiene menos de 13 años, un 64% de las fratrías señalaba tener conflicto entre ellos. A partir de esta edad, se producen dos oscilaciones. Por un lado, entre los 13 y 15 años aumentaba a un 69% de fratrías conflictivas. En cambio, a medida que la edad avanza, el conflicto disminuye, apareciendo un 46% entre los 15 y 18 años, un 31% entre los 18 y 21 años y un 17% cuando el hermano tiene más de 21 años. Estos resultados se complementan con lo que encontraron Scharf et al. (2005), quienes afirman que a medida que los adolescentes van llegando a la edad adulta temprana, tienen más comunicación entre ellos, sienten más cercanía y los conflictos y sentimientos de rivalidad se vuelven menos intensos. Debido a que durante la adolescencia los hermanos aún conviven en la familia nuclear, pasan más tiempo juntos dando lugar a que haya más ocasiones de que se produzcan conflictos y desacuerdos. Sin embargo, estos van decreciendo a medida que los hermanos se independizan y buscan en el hermano intimidad, apoyo y consejos.

Posiblemente, una de las principales razones por las cuales las relaciones fraternas durante la adolescencia se vuelven menos intensas es la diferenciación entre hermanos o la “desidentificación”. El proceso de desidentificación surge cuando los hermanos divergen en su desarrollo al encontrar diferentes dominios en los que pueden desarrollar competencias e intereses diferentes, con el fin de crear identidades independientes o nichos separados y con el objetivo de conseguir una atención y amor parental compartidos

(Schachter et al., 1978). Esto les permite a su vez que exista menos competitividad y reduce la comparación parental entre ellos (Rohde et al., 2003).

En un estudio longitudinal llevado a cabo por McHale et al. (2001) encontraron que los hermanos mayores mostraban más niveles de desidentificación con los hermanos pequeños cambiando sus intereses de manera que les hiciera más diferentes de sus hermanos. Por el contrario, hallaron que los pequeños buscaban más similitudes a sus hermanos mayores en cuanto a los intereses o actividades cuando el hermano era del mismo género.

En definitiva, parece que en la adolescencia es más común que ocurra el proceso de desidentificación, ya que se trata de un periodo en el que los jóvenes buscan establecer una identidad personal única e independiente (McHale et al., 2001). Dados los resultados obtenidos por los autores mencionados, cabe estimar que, a causa de este proceso en el desarrollo de los adolescentes, las relaciones fraternas se vuelven menos intensas tanto en conflicto como en cercanía.

1.1.4. Las relaciones fraternas durante la edad adulta

En comparación con los estudios que han analizado las relaciones fraternas durante la infancia y adolescencia, la investigación centrada en la edad adulta ha sido más escasa. Durante este periodo del ciclo vital, además de que la relación entre hermanos adquiere un carácter de voluntariedad, las interacciones y comunicaciones giran en torno a los eventos comunes de esta etapa como el matrimonio, la parentalidad y los asuntos económicos (Goetting, 1986).

Al vivir fuera de la familia nuclear, los adultos tienen la opción de poder escoger la cantidad de contacto que desean mantener con sus hermanos, por lo que el conflicto puede ser evitado a causa de la distancia física y la falta de contacto. Sin embargo, a pesar de que pueden evitarlo, en una muestra de jóvenes adultos, Stocker et al. (1997) encontraron que algunos hermanos continuaban teniendo periodos conflictivos, así como calidez y rivalidad entre ellos. En cambio, sus relaciones se volvían más simétricas e igualitarias. Esto podría indicar que, aunque ya no exista una convivencia física entre ellos, los efectos residuales de las experiencias vividas durante la infancia pueden condicionar el mantenimiento de relaciones conflictivas y de rivalidad. De hecho, Martin et al. (2005) afirmaban que, durante la edad adulta, la decisión de comunicarse o no con los hermanos se decide en base a las experiencias pasadas, la percepción acerca de la personalidad de los hermanos y las circunstancias actuales. Sus resultados indicaban que cuando los adultos consideran a sus hermanos unas personas honestas, valoran la comunicación y la relación con los hermanos más positivamente, especialmente si también les perciben como cuidadores y sienten que se preocupan por ellos.

Cabe destacar que, a medida que los hermanos van pasando de la edad adulta temprana a la edad adulta media, los hermanos muestran menos comportamientos de apoyo y compañerismo (Lu, 2007). Sin embargo, puede reactivarse el vínculo entre ellos ante el proceso de envejecimiento o el fallecimiento de los padres, momento en el cual las relaciones fraternas adquieren un rol de apoyo socio-emocional (Goetting, 1986).

1.1.5. Las relaciones fraternas durante la vejez

En la literatura científica se ha manifestado un menor interés por el estudio de las relaciones fraternas durante la etapa de la vejez. Sin embargo, hay autores que han

estudiado la naturaleza de esta relación durante esta etapa. Goetting (1986) explicaba que la fratría puede desempeñar un rol importante de apoyo en la vejez, sobre todo ante la pérdida de otros familiares o amistades. Teniendo en cuenta que los hermanos a estas edades han compartido muchas experiencias de su biografía, suelen compartir recuerdos de eventos o relaciones del pasado, lo que les proporciona bienestar psicológico. Si ya a comienzos de la edad adulta temprana los hermanos sufren una separación debido a la creación de sus propias familias nucleares con sus respectivas parejas e hijos, en la vejez esta distancia también se mantiene, siendo los hijos y los nietos los que brindan más apoyo. Sin embargo, también existen apoyos entre los hermanos, aunque de forma más puntual, como en periodos de enfermedad, problemas económicos o situaciones críticas. Además, este periodo puede ser un momento en el que se resuelvan rivalidades y competiciones pasadas entre hermanos, dando lugar a relaciones más cercanas (Goetting, 1986; Shulman, 1999), dado que viven experiencias vitales similares como el crecimiento de los hijos y nietos y la muerte de la pareja o amigos (Shulman, 1999).

En definitiva, resultan evidentes la evolución y transformación de la relación entre hermanos a lo largo del ciclo vital, que acompañan a los cambios propios de cada etapa evolutiva. A su vez, se hace patente que la relación fraterna resulta muy importante para el desarrollo, especialmente en las etapas iniciales de la vida.

1.2. Teorías en el estudio de la configuración fraterna

Dado que muchos de los autores que han investigado las relaciones fraternas coinciden en el papel importante que ejercen en el desarrollo psicológico del niño, es relevante destacar dos de las principales teorías en las que se ha basado la literatura

científica para estudiar la influencia de las relaciones entre hermanos en la personalidad y en el desarrollo psicológico: la perspectiva estructural y la perspectiva interactiva.

1.2.1. La perspectiva estructural en el estudio de las relaciones fraternas

La perspectiva estructural se ha centrado en estudiar la influencia de las variables del estatus fraterno en la personalidad del niño y la calidad de las relaciones entre hermanos. Estas variables son: el orden de nacimiento, el tamaño de la fratría, el género y la diferencia de edad entre hermanos (Arranz, Olabarrieta et al., 2001; Arranz, Yenes et al., 2001).

En cuanto al orden de nacimiento, se establecieron cualidades comunes a la personalidad de los hijos primogénitos, a los medianos y a los pequeños. Adler (1928) ya apuntaba que los hijos primogénitos presentan un buen desarrollo de la vida anímica, debido a la mayor valoración que reciben en muchas sociedades como, por ejemplo, en las rurales. En estas sociedades, el primer hijo varón es el heredero del patrimonio paterno, además de ser el hijo en el que se confía la autoridad de los padres. Al tratarse del primer hijo de la pareja, el hermano mayor funda la familia y traza el camino a los demás (Angel, 1996), sin olvidar que experimenta la vida como hijo único durante algún tiempo, siendo el centro de atención para sus padres (Adler, 1928). En un estudio más reciente, Badger y Reddy (2009) encontraron que, a diferencia de los hermanos pequeños, los primogénitos puntuaban significativamente más alto en responsabilidad, concretamente en el sentido del deber. Por otro lado, en cuanto a los hijos medianos, Adler (1928) sugería que se caracterizan por el afán de dominio y superioridad, por la rivalidad y el deseo de destacar en otro campo diferente al del hermano mayor y por la actitud crítica ante los valores establecidos. Sin embargo, teniendo en cuenta que el hijo

mediano nace en una familia donde su hermano mayor rivaliza y compite con él, puede sufrir lo que Adler (1928) denominó como el *complejo del segundo*, caracterizado por un gran sentimiento de inferioridad. Por último, en cuanto a los hermanos pequeños, Widmer (1999) encontró que éstos se comparan más con sus hermanos mayores, lo que podría coincidir con lo que ya apuntaba Adler (1928) acerca del *complejo de inferioridad* de los pequeños, es decir, un sentimiento provocado por la tendencia de los padres y los hermanos mayores a protegerlos.

Sin embargo, también hay otros autores como Arranz (1989) quien, tras realizar una revisión de la literatura, resaltó los hallazgos poco consistentes y contradictorios, o Harris (1999), cuyo meta-análisis sobre esta cuestión le permitió concluir que el orden de nacimiento no ejerce ningún efecto en el desarrollo de la personalidad.

Respecto al tamaño de la fratría, son escasas las investigaciones que se han llevado a cabo en el campo de la Psicología. Sin embargo, hay que destacar que Bourguignon (1999) afirmó que las familias numerosas ofrecen más posibilidades en las relaciones dentro de la fratría: las comparaciones, las agrupaciones por edad, por género o por afinidad. Al igual que en las fratrías de dos hermanos, pueden imitar la relación padres-hijos, ejerciendo el hermano mayor un rol protector o dominante de los más pequeños. El nacimiento de un nuevo hermano supondrá para la fratría una renegociación de los respectivos lugares, territorios y posiciones.

Por otra parte, existen numerosos estudios que han analizado el efecto de otras variables estructurales (el género y la diferencia de edad) colocando su foco de interés en la calidad de las relaciones entre hermanos.

Respecto al género, la literatura ha estudiado la calidad de las relaciones entre hermanos teniendo en cuenta las fratrías de mismo género (femeninas o masculinas) y las

fratrías mixtas (fratrías formadas por un niño y una niña). Por un lado, en cuanto a las fratrías de mismo género, Dunn y Kendrick (1986) encontraron que, en muestras de bebés de 14 meses, estas fratrías mostraban más interacciones positivas, aunque no encontraron diferencias significativas en las interacciones negativas entre este tipo de fratrías y las de tipo mixto. Otros autores también señalaron que las fratrías de mismo género presentan mayores sentimientos de cercanía (Furman y Buhrmester, 1985; Dunn et al., 1994b). Concretamente, se ha encontrado que las fratrías femeninas están caracterizadas por presentar más intimidad (Buhrmester y Furman, 1990; Kretschmer y Pike, 2010), más compañerismo y más sentimientos de similitud y admiración (Buhrmester y Furman, 1990).

Por el contrario, otros autores encontraron resultados opuestos que indicaban que las fratrías de mismo género eran más conflictivas (Ripoll et al., 2009) y más competitivas (Kretschmer y Pike, 2010). Concretamente, las fratrías femeninas tenían más comportamientos negativos y las fratrías masculinas presentaban el mayor nivel de agresión (Minnett et al., 1983). En cuanto a la rivalidad, los resultados de Coldwell et al. (2008) indicaban que las madres tendían a ejercer un trato diferencial entre los hijos, en mayor medida cuando se trataba de fratrías de mismo género. Esta actitud podría fomentar la rivalidad en esta tipología de fratrías; por el contrario, Angel (1996) apuntaba que había menos rivalidad fraterna.

Siguiendo esta línea, hay otros estudios que indican mejores relaciones en las fratrías mixtas: menores niveles de conflicto (Stocker et al., 1997), más estrategias de resolución de conflictos (Raffaelli, 1992) y mayores intercambios de apego (Stewart, 1983). En concreto, las niñas parecen establecer más comportamientos de apego hacia sus hermanos pequeños varones y son ellas las que a su vez reciben más apego de sus hermanos mayores.

Por último, hay otros estudios que no han encontrado un efecto del género en la calidad de las relaciones entre hermanos (Kramer y Gottman, 1992; Kramer y Kowal, 2005), ni tampoco en los aspectos concretos de dicha relación como la calidez y cercanía (Teti y Ablard, 1989) o la rivalidad (Dunn et al., 1994b). Furman y Buhrmester (1985) señalaron que había una interacción entre el género del niño, el género del hermano y la diferencia de edad entre ambos. Concluyeron que la diferencia en los sentimientos de cercanía entre las fratrías de mismo género y las fratrías mixtas sólo era significativa para las díadas con una pequeña diferencia de edad, encontrando, por un lado, que las puntuaciones más bajas en la dimensión de Calidez/Cercanía aparecían en las fratrías mixtas con una diferencia de edad pequeña entre sí; y, por otro lado, que las diferencias en cuanto a las escalas de intimidad y compañerismo sólo eran significativas para las díadas con pequeña diferencia de edad.

Por lo tanto, los resultados de la investigación no parecen permitir obtener conclusiones definitivas respecto al papel del género en las relaciones entre hermanos.

En cuanto a la diferencia de edad entre hermanos, Angel (1996) subrayó su papel importante en la relación fraterna. De hecho, Furman y Buhrmester (1985) encontraron que la edad tenía un gran efecto en las percepciones de estatus y poder de los hermanos. Encontraron que los primogénitos mostraban mayores niveles de crianza y dominio sobre los hermanos pequeños y más rivalidad y percepción de parcialidad parental, ya que sentían que sus hermanos pequeños eran más favorecidos por sus padres. Además, encontraron que el tamaño de la diferencia de edad entre los hermanos influía en las percepciones de poder y estatus, señalando que cuando la diferencia de edad era de 4 años o más, los hermanos mayores mostraban niveles más altos de crianza y cuidado a los hermanos pequeños. También encontraron que cuando la diferencia de edad era menor, todos declaraban menos admiración hacia sus hermanos.

Respecto al efecto de la diferencia de edad en la rivalidad fraterna, se han encontrado resultados muy diferentes. Angel (1996) indicaba que cuando la diferencia es pequeña, los niños son más cercanos entre sí y tienen más actividades e intereses en común. Tendrán mayor complicidad, pero al mismo tiempo más rivalidad y celos. Sin embargo, en un estudio anterior, Stewart et al. (1987) encontraron que la edad del niño cuando nace su nuevo hermano no parece ejercer un rol importante como factor influyente en sus reacciones ante la llegada del nuevo hermano. A pesar de ello, Angel (1996) afirmaba que cuando el hermano pequeño nace uno o dos años después que el mayor, la rivalidad es importante y disminuye proporcionalmente con el aumento de la diferencia de edad.

En cuanto al conflicto entre hermanos, cuando la diferencia de edad es pequeña, el conflicto fraterno es mayor (Furman y Buhrmester, 1985; Ripoll et al., 2009). Concretamente, se han encontrado más disputas (Furman y Buhrmester, 1985, Buhrmester y Furman, 1990), más antagonismo (Buhrmester y Furman, 1990; Kramer y Kowal, 2005), más dominación (Buhrmester y Furman, 1990), más rivalidad y competición (Kramer y Kowal, 2005) y más comportamientos agresivos (Minnett, et al., 1983). Stocker et al. (1997) encontraron resultados complementarios al observar relaciones menos conflictivas en los hermanos con una amplia diferencia de edad. De hecho, otros autores han destacado que cuando la diferencia de edad entre hermanos es amplia, se producen relaciones fraternas más positivas caracterizadas por la crianza, comportamientos prosociales, afecto (Buhrmester y Furman, 1990; Minnett et al., 1983) y menos competición (Kretschmer y Pike, 2010).

Teniendo en cuenta los resultados que han encontrado estos autores, parece que la diferencia de edad entre hermanos es una variable que predice, mejor que el género de la

fratría, la calidad de las relaciones fraternas, aunque también los resultados que arroja son algo contradictorios.

Esto ha llevado a que Arranz, Yenes et al. (2001) defiendan que esta perspectiva de análisis resulte insuficiente para explicar las relaciones fraternas y las diferencias entre hermanos, apoyándose en el concepto de ambientes no compartidos. Es decir, remarcan que es importante tener en cuenta que los hermanos no viven en el mismo ambiente interactivo, no tienen las mismas experiencias en las interacciones intrafamiliares y es en ellas donde pueden explicarse las diferencias que presentan los hermanos en cuanto a su desarrollo cognitivo o a su personalidad. Como consecuencia, proponen la perspectiva interactiva como un análisis más adecuado para comprender y analizar el impacto de las relaciones fraternas en el desarrollo psicológico del niño.

1.2.2. La perspectiva interactiva en el estudio de las relaciones fraternas

La perspectiva interactiva se ha centrado en analizar la influencia de la interacción entre hermanos en el desarrollo psicológico de los niños, tanto a nivel cognitivo como a nivel socio-emocional (Arranz, Yenes et al., 2001).

Desde el punto de vista del desarrollo cognitivo, se han encontrado resultados que han demostrado los beneficios que otorga la relación e interacción fraternas al desarrollo del lenguaje y de la teoría de la mente, así como la influencia de la tutela entre hermanos en el desarrollo cognitivo del niño.

En cuanto al desarrollo del lenguaje, Oshima-Takane et al. (1996) encontraron que la presencia de hermanos mayores beneficia al aprendizaje del lenguaje de los hermanos pequeños, ya que en la familia se producen más interacciones comunicativas entre los

padres y los hijos mayores, lo que cambia el lenguaje escuchado por los hermanos pequeños en comparación con los hermanos mayores. Es decir, los hermanos pequeños tienen más oportunidades de oír palabras, expresiones, pronombres e intercambios comunicativos más maduros y complejos en las conversaciones entre los padres y los hermanos mayores, mientras que los primogénitos, en las interacciones diádicas, oyen el lenguaje que sus padres adaptan para impulsar su propio lenguaje. Según estos autores, a pesar de que no se encontraron diferencias en cuanto al desarrollo del lenguaje a la edad de 21 y 24 meses, sí se evidenció que los hermanos pequeños adquieren un desarrollo más rápido en la producción de pronombres, debido a que disfrutaban de las interacciones triádicas entre los padres, los hermanos mayores y ellos.

En cuanto al desarrollo de la *falsa creencia* y la *teoría de la mente*, hay estudios que demuestran que la interacción con el hermano mayor facilita su desarrollo en el hermano pequeño. Perner et al. (1994) encontraron que, en niños de 3 y 4 años, los que tenían dos hermanos tenían el doble de oportunidades de realizar con éxito una tarea de falsa creencia en comparación con los hijos únicos. De hecho, concluyeron que el factor que favorece el desarrollo de la comprensión de la falsa creencia era el número de hermanos que tiene el niño, más que la posición que ocupen en la fratría o la diferencia de edad que haya entre ellos. Estos resultados coinciden con los de Lewis et al. (1996), quienes defendían que la comprensión del estado mental se transfiere a través del contacto entre hermanos. Estos autores explicaban que el número de hermanos mayores predecía de forma significativa la comprensión de la falsa creencia e, incluso, concretaban que cuantos más hermanos mayores tenía un niño, más facilidades mostraba para completar tareas de falsa creencia. En un estudio más reciente, McAlister y Peterson (2013) han sugerido que el número de hermanos no sólo contribuye al desarrollo de una teoría de la mente, sino que también favorece el desarrollo de habilidades de la función ejecutiva que

controlan la función cognitiva y los resultados comportamentales, es decir, la conciencia y el control o autorregulación de los pensamientos y acciones. En definitiva, se observa que las relaciones fraternas pueden permitir que se produzca un tipo específico de aprendizaje que facilita la adquisición de un tipo concreto de conocimiento: la comprensión del pensamiento de otra persona (Jenkins y Astington, 1996).

En cuanto a la tutela fraterna, Azmitia y Hesser (1993) encontraron que cuando ésta se produce entre hermanos, adquiere una singularidad distinta a cuando se produce entre iguales. Los hermanos mayores son más directivos y ofrecen más explicaciones y feedback, mientras que los hermanos pequeños tienden a observar, imitar y solicitar más ayuda a sus hermanos cuando realizan tareas no estructuradas. Además, encontraron que los niños pequeños que fueron enseñados por sus hermanos obtenían mejores resultados en las tareas que los niños que eran ayudados por otros niños de su grupo de iguales.

Desde el punto de vista del desarrollo socio-emocional, cabe destacar que las relaciones entre hermanos están caracterizadas por la combinación de interacciones recíprocas y complementarias, es decir, integran aspectos igualitarios y jerárquicos que favorecen el desarrollo interpersonal e intrapersonal (Karos et al., 2007).

Dado que los hermanos pasan mucho tiempo entre ellos realizando diferentes actividades y que los hermanos mayores tienen diferentes niveles de competencia, la interacción fraterna se convierte en un contexto adecuado para desarrollar distintas habilidades (Azmitia y Hesser, 1993). Dentro de esta interacción, los hermanos pequeños también se benefician de las conversaciones que establecen con sus hermanos mayores favoreciendo el desarrollo de un lenguaje más complejo en cuanto a las emociones, sobre todo en situaciones en las que comparten juegos o expresan necesidades y deseos inmediatos (Brown y Dunn, 1992). Teniendo en cuenta que el juego contribuye al

desarrollo cognitivo y socio-emocional del niño (Hurwitz, 2002), Dunn et al. (1991) encontraron, además, que el juego cooperativo con los hermanos mayores favorecía el desarrollo socio-emocional y la comprensión del pensamiento del otro. Esto complementa los hallazgos ya descritos anteriormente, en los que se demostró que los niños que tienen hermanos realizaban mejor las tareas de falsa creencia que los hijos únicos (Perner et al., 1994).

En definitiva, estos resultados indican que las relaciones fraternas ejercen un importante rol en las diferentes áreas del desarrollo psicológico de los niños. La perspectiva interactiva parece ofrecer unos resultados más concluyentes que la perspectiva estructural. Sin embargo, no solo los psicólogos cognitivistas han investigado esta relación familiar. También encontramos autores de otras corrientes de estudio que han analizado las relaciones fraternas desde otras perspectivas que serán presentadas a continuación.

2. Las relaciones fraternas: Entre el amor y el odio

2. LAS RELACIONES FRATERNAS: ENTRE EL AMOR Y EL ODIO

Cuando la coexistencia se les hizo insostenible, dos hermanos muy competitivos llegaron a un acuerdo tácito pero inquebrantable: aquello en lo que uno de ellos triunfara, quedaría vedado para el otro; eso evitaría toda comparación entre ambos. Más que un alivio, el pacto resultó una condena.

Raúl Brasca. Microrrelato: Hermanos

2.1. La fraternía y lo fraternal: Análisis de la terminología

Para comenzar, antes de analizar los diferentes hallazgos de la literatura científica en el campo de las relaciones entre hermanos, resulta interesante reflexionar acerca de varios conceptos como la fraternía o la fraternidad y lo fraterno y fraternal; no sólo desde un punto de vista lingüístico, sino también desde su significado y su implicación en la comprensión de esta relación familiar.

Para ello, en primer lugar, se presentarán las definiciones de la R.A.E. y posteriormente, se expondrá el punto de vista del psicoanalista y terapeuta familiar Philippe Caillé. Desde un punto de vista lingüístico, en la Tabla 1 se muestran las definiciones que ofrece la R.A.E. de estos conceptos:

Tabla 1*Definiciones de la Real Academia Española (R.A.E.)*

Concepto	Etimología	Definición
Fratría	Del griego <i>φρατρία phratría</i>	(1) Entre los antiguos griegos, subdivisión de una tribu que tenía sacrificios y ritos propios. (2) En biología, conjunto de hijos de una misma pareja. (3) Sociedad íntima, hermandad, cofradía. (Poco usado)
Fraternidad	Del latín <i>fraternitas, -ātis</i>	(1) Amistad o afecto entre hermanos o entre quienes tratan como tales.
Fraterno, na	Del latín <i>fraternus</i>	(1) Perteneciente o relativo a los hermanos. (2) Corrección o reprensión áspera. <i>Corrección fraterna.</i>
Fraternal	Del latín medieval <i>fraternalis</i> y éste del latín <i>fraternus</i>	(1) Propio de hermanos. <i>Amor, caridad fraternal.</i>

Caillé (2004) considera importante diferenciar ciertos términos con el fin de comprender mejor las relaciones fraternas y aporta un nuevo término que engloba un estado de la relación entre hermanos. Defiende que no se debe asemejar el concepto de fraternidad al concepto de fraternía, ya que a pesar de que la fraternidad implica comportarse como hermanos, los términos pertenecen a dominios diferentes. La fraternía, concepto al que es inherente la existencia de un hermano y unos mismos padres, es un concepto utilizado, principalmente, por el campo de la psicología; mientras que la fraternidad es un concepto moral. Ser fraternal, es decir, practicar la fraternidad, no va unido necesariamente con el hecho de pertenecer a una misma fraternía. De hecho, señala que para

la fraternía supone una utopía alcanzar el aprendizaje de la fraternidad, ya que empleando la terminología kleiniana, en el ideal de la fraternidad el sujeto restaura el objeto bueno que anteriormente estaba cargado de pulsiones destructivas.

Una de las aportaciones interesantes de este autor es la propuesta de un nuevo término denominado *fratitud*², el cual lo define por el conjunto de condiciones características de la fraternía que hacen que “ser hermanos” se viva como algo que viene impuesto. A semeja el estado de *fratitud* a la idea de un doble-vínculo en la fraternía, inspirada en Girard (1972, como se citó en Caillé, 2004), que implica un espacio en el que conviven dos mandatos contradictorios: “imítame” y “no tienes derecho a copiarme”, lo que genera muchos sentimientos de frustración y violencia y provoca que cada hermano oscile entre la similitud y la alteridad, entre la identificación y la diferenciación. Para poder llegar a la fraternidad y superar el estado de *fratitud*, se deberán reconocer y utilizar de manera constructiva los potenciales de la diferenciación que existen en todos los conflictos, sin negarlos o evitarlos. Utilizando el juego para explicar su teoría, Caillé (2004) aclara que “si los jugadores juegan, no para ganar, sino para continuar el juego, éste se convertirá en algo evolutivo y conducirá poco a poco a la disolución de la fraternía como fraternía. Se pasará entonces de la *fratitud* a la fraternidad” (pp. 17).

Esta concepción que Caillé (2004) defiende sobre el estado de fraternidad como superación del estado de *fratitud*, podría estar relacionada con lo que plantean Vinay y Jayle (2011) sobre la idea de “hacer fraternía”, que implica abrirse a un mundo de descubrimientos constructivos (compartir, negociar), sentir muchos tipos de emociones (celos, amor, admiración, miedo) y experimentar la condición humana (proteger, respetar las diferencias, apreciar la complicidad, compartir una historia familiar común). Es en la

² Traducción del francés “*fratitudo*”.

fratría donde surgen procesos que favorecen la vivencia de un vínculo social, lo que servirá como modelo en la vida adulta.

2.2. La perspectiva vertical en el estudio de las relaciones fraternas

A continuación, se abordarán las diferentes aportaciones que han realizado la teoría psicoanalítica y la teoría del apego al estudio y análisis de las relaciones entre hermanos. Ambas líneas teóricas comparten la idea de que las relaciones fraternas son dependientes de la relación con las figuras parentales.

2.2.1. Las relaciones fraternas desde la teoría psicoanalítica

Los primeros que se interesaron por el estudio de las relaciones fraternas fueron los teóricos de orientación psicoanalítica. A lo largo de los años, el psicoanálisis ha pasado de considerar que la fratría debía estudiarse a través de las relaciones entre padres e hijos, a otorgarle un lugar de estudio independiente. A continuación, se exponen las aportaciones que han hecho los principales teóricos psicoanalíticos, presentando conceptos que han sido estudiados, en mayor medida, por esta teoría: el complejo fraterno, el vínculo fraterno y la rivalidad fraterna.

2.2.1.1. El complejo fraterno y el vínculo fraterno

La teoría psicoanalítica comenzó en sus inicios otorgando un valor muy importante al complejo de Edipo y al eje vertical de las relaciones familiares entre padres

e hijos, eclipsando a otros complejos que también desempeñaban una función estructurante en la personalidad del sujeto (Kaës, 2003).

Como apunta Kaës (2008), ambos complejos se pueden representar en dos ejes de la estructuración psíquica. Por un lado, en el eje vertical se encuentra el complejo de Edipo, cuyas diferentes formas varían del amor al odio hacia los padres, instalándose en una dimensión transgeneracional. Por otro lado, en el eje horizontal se encuentra el complejo fraterno, que hace variar también las diferentes formas del amor y del odio. Sin embargo, en este caso, es hacia su semejante, el cual es vivido como intruso, familiar, un otro con el que se establecerán relaciones diferentes a las que se mantienen con los padres.

A pesar de que Freud (1916/2011) no trata otro complejo diferente al edípico, Lacan sí analiza diferentes complejos familiares, entre los que se encuentra el complejo fraterno, el cual defiende por su valor en el desarrollo psíquico del niño, otorgándole una existencia y dinámica propias. El complejo fraterno es, junto con el complejo de destete, el complejo de intrusión y el complejo de Edipo, los complejos familiares descritos por Lacan (1938/2012), los cuales están relacionados entre sí, puesto que los complejos de destete y de intrusión marcan el desarrollo del complejo fraterno. Éste tiene su origen en la intrusión del hermano pequeño en la relación entre el primogénito y sus padres, momento que resulta traumático para él, ya que el narcisismo infantil le lleva a exigir y contemplar únicamente la exclusividad en la relación con sus padres. En efecto, este complejo difiere según a la edad que suceda la intrusión y según el nivel de madurez afectiva del primogénito, dando lugar a una regresión si el nacimiento tiene lugar en la angustia por el destete, o a una identificación con los padres y a una sublimación de sus sentimientos hacia el hermano, si el niño ha superado el complejo de Edipo. Finalmente, Lacan (1938/2012) subraya los efectos de la represión parental de las pulsiones agresivas

del primogénito, la cual provoca miedo a ser castigado y culpabilidad; y es la culpa, remanente del complejo fraterno, la que lo suprime y la que lo reprime en el inconsciente.

Otro de los autores importantes que han reflexionado sobre el complejo fraterno es Kaës (2003), quien lo explica como una organización fundamental de los deseos amorosos, narcisistas y objetales, del odio y la agresividad respecto a un otro, donde el sujeto se reconoce como hermano. Esta definición no implica necesariamente la existencia real de un hermano, sino que existe independientemente de ello, por lo que también corresponde a los hijos únicos, aunque sea con hermanos imaginarios (Kaës, 2003).

Por su parte, Kancyper (1995) también le otorgó una especificidad independiente, señalando que no se trata de una mera consecuencia ni ramificación del complejo de Edipo, ya que tiene su propia importancia estructural. El complejo fraterno tiene cuatro funciones fundamentales (Kancyper, 2004):

- Sustitutiva. Sirve como alternativa para reemplazar y compensar funciones parentales fallidas. Al mismo tiempo, también puede actuar como función elaborativa del complejo de Edipo y del narcisismo, o como función defensiva de angustias y sentimientos hostiles relacionados con los progenitores, pero desplazados sobre los hermanos.
- Defensiva. Sirve para encubrir situaciones conflictivas edípicas y/o narcisistas no resueltas.
- Elaborativa. Sirve para elaborar y superar los remanentes normales y patológicos del narcisismo y de la dinámica edípica que se presentan a lo largo de toda la vida.
- Estructurante. Ejerce un papel estructurante y un carácter fundador en la organización de la vida anímica del individuo, de los pueblos y de la cultura.

Participa además en la estructuración de las dimensiones intrasubjetiva, intersubjetiva y transubjetiva, en la constitución del superyó y del ideal del yo, y en la elección del objeto de amor.

Por otro lado, otro concepto que ha sido estudiado por la teoría psicoanalítica ha sido el vínculo fraterno, el cual actúa como elemento que favorece la construcción de la identidad y ayuda a que el niño, a través de la experiencia fraterna, (a) se conozca mejor conociendo al otro, (b) se construya a sí mismo y su subjetividad, es decir, se convierta en sujeto y (c) reestructure los vínculos a lo largo de toda la vida, sobre todo en el cambio a la parentalidad (Metz y Thévenot, 2007). De hecho, Braconnier (1999), en esta misma línea, también señala la construcción de la personalidad como una de las tres funciones de la experiencia fraterna, añadiendo la descarga pulsional y la anaclisis (entendida como una relación dependiente libidinal). Por otra parte, Brunori (1999) remarca que los hermanos ofrecen, como la figura materna, una posibilidad de identificación y de proyección jugando un rol transicional entre los padres y lo extrafamiliar.

La fratría favorece el surgimiento de diferentes sentimientos como la rabia, los celos, la pasión, el odio, la nostalgia, la complicidad o la decepción (Angel, 2004). Sin embargo, uno de los aspectos que más caracteriza a la relación fraterna es el compartir (Neuburger, 2003). Este aspecto, inherente a la fratría, hace que nazca el sentimiento de injusticia provocado por el deseo de ser hijo único y, con ello, el deseo fratricida. Será a través de un tercero, en este caso la madre, cuando se disuelva ese deseo, dada la culpabilidad que provocará en el niño no respetar la autoridad materna (Jeammet, 2000). De hecho, el papel de los padres tiene repercusión en la relación fraterna. Por un lado, teniendo en cuenta que la fratría se basa en la vivencia común de sentimientos compartidos de impotencia u odio hacia el padre, se refuerza la cohesión entre ellos (Arnaud, 2003). Por otro lado, la relación y el vínculo que mantienen los hijos con los

padres determinan la construcción de la relación entre hermanos, influenciada por la relación que los padres mantienen con cada uno de ellos (Vinay y Jayle, 2011).

En el origen del sentimiento fraterno se encuentra el sentimiento de pertenencia a la familia, una similitud biológica y experiencias vitales. El vínculo fraterno constituye uno de los tres grandes vínculos que estructuran la familia, junto con el vínculo conyugal y parental, jugando un rol muy importante en la vida intrapsíquica, afectiva y social del sujeto (Vinay y Jayle, 2011). Compartir una misma historia y unas mismas emociones refuerza el apego y es así como se crea el vínculo fraterno, a pesar de que no haya vínculos de sangre como se puede observar en familias con hijos adoptados o en familias de acogida (Angel, 2004). De hecho, es en situaciones muy traumáticas como la separación de la familia, el ingreso en instituciones de acogida o en familias adoptivas, cuando el vínculo fraterno demuestra su importancia, ya que se convierte en el único resto del apego primario y favorece la continuidad del grupo familiar. Incluso, favorece la resiliencia generando una gran resistencia a las vicisitudes psicológicas que puedan suceder, basada en la necesidad de la transmisión generacional por haber compartido unos mismos orígenes y unos mismos objetos de amor (Arnaud, 2003). Bourhaba (2004) también subraya que cuando la función parental o conyugal están desorganizadas, es el vínculo fraterno el que ofrece a los hijos una estabilidad y una permanencia que preserva a la unidad familiar.

Finalmente, según Tsoukatou (2005), el vínculo fraterno supone un ir y venir entre el amor y el odio, la envidia y la ternura, la identificación y la diferenciación. Sin embargo, es importante tener en cuenta que cuando el psicoanálisis habla del vínculo fraterno, no se refiere a la relación fraterna. De hecho, el psicoanálisis rechaza las representaciones del vínculo fraterno como el amor, el odio o el respeto recíproco, ya que sugiere que la base de este vínculo se sitúa en la construcción de la alteridad. El vínculo

fraterno no habla de la relación entre los hermanos, sino que se origina en los vínculos de filiación y se construye en el seno de las alianzas inconscientes donde se alternan culpabilidad, ambigüedad y deseo (Arnaud, 2003).

2.2.1.2. La rivalidad fraterna

La rivalidad fraterna es “una constante de la existencia infantil” (Corman, 1974). Las relaciones fraternas están gobernadas por actitudes de envidia, celos y competición por el amor exclusivo de los padres; pero la rivalidad no sólo concierne al amor de los padres, sino también a la propiedad y al espacio (Lechartier-Atlan, 1997). A pesar de que está considerada como algo natural de la vida entre hermanos, si se vuelve muy severa, puede causar numerosos problemas dentro de la familia (Badger y Reddy, 2009).

Es importante hacer una distinción entre dos conceptos importantes que conforman este constructo: la envidia y los celos. Klein (1957/1988) planteaba que la envidia “es el sentimiento enojoso contra otra persona que posee o goza de algo deseable, siendo el impulso envidioso el de quitárselo o dañarlo. Además, la envidia implica la relación del sujeto con una sola persona y se remonta a la relación más temprana y exclusiva con la madre” (pp.186). Por el contrario, esta autora señala que los celos “están basados sobre la envidia, pero comprenden una relación de por lo menos dos personas y conciernen principalmente al amor que el sujeto siente que le es debido y le ha sido quitado, o que está en peligro de serlo, por su rival” (pp.186). En la envidia, el sujeto considera que no tiene nada, mientras que, en los celos, el sujeto tuvo algo y se lo quitaron o imagina que se lo pueden quitar.

Desde el psicoanálisis se centraron tradicionalmente en el niño (en singular), en su desarrollo, en sus relaciones duales con la madre y en las relaciones triangulares que

surgen en la situación del Edipo, no prestando demasiada atención a los niños (en plural) y sus relaciones. Sin embargo, Corman (1974), en su libro *Psicopatología de la Rivalidad Fraternal*, haciendo referencia a Dolto (1947), Düss (1950) y Baudouin (1954), señaló algunas excepciones donde ya empezaron a estudiarse las reacciones de los celos infantiles, se creó la fábula del cordero en las Fábulas de Düss para estudiar la rivalidad fraterna y se reflexionó en torno a ella bajo el complejo de Caín, otorgando una especial importancia al mecanismo de regresión.

Anteriormente Freud (1916/2011) ya señaló que, para comprender las relaciones fraternas, es necesario analizarlas a través de la relación con los padres. Sus aportaciones se centran en concebir la rivalidad entre hermanos como una defensa contra la realidad edípica, señalando incluso que puede darse un mecanismo de desplazamiento de los sentimientos edípicos hacia la fratría por su carácter reparador, ya que supone algo más tolerable para el niño tener pulsiones agresivas hacia el hermano que hacia la figura parental correspondiente. Además, defiende que, para los niños, sus hermanos suponen unos antagonistas, provocando no sólo que aparezcan en los sueños deseos de muerte de los hermanos (Freud, 1900/2018), sino que también tengan una primera reacción hacia ellos de carácter hostil, cargada de pulsiones de muerte y de sentimientos de abandono frente a la madre, a pesar de que más adelante esta hostilidad se vea transformada y cubierta por una actitud más tierna y cariñosa (Freud, 1916/2011). Años más tarde, Cahn (1962) también subrayaba la vivencia de frustración como algo inherente a la relación fraterna, pues el niño sufre su primera frustración cuando pasa de hijo único a hijo mayor. Según esta autora, esta experiencia afectiva da lugar a la hostilidad o, en forma reactiva, a una actitud tierna hacia el recién llegado, probablemente debido a la identificación que hace con la madre.

Según Corman (1974), existen dos tipos de manifestaciones de rivalidad, éstas son la rivalidad manifiesta o explícita y la rivalidad enmascarada. Dentro de la rivalidad manifiesta o explícita se encuentran otros dos tipos, la rivalidad del cuerpo a cuerpo y la rivalidad del rechazo.

En cuanto a la rivalidad del cuerpo a cuerpo, cuando el niño tiene de 2 a 3 años, se encuentra en una etapa caracterizada como *estadio motor impulsivo*, en la que, ante una situación amenazante, reacciona con mucha brutalidad como, por ejemplo, morder al rival, escupir, lanzar objetos, pegar, empujar, etc. Posteriormente, cuando el niño ha crecido y su motricidad está más evolucionada, esa impulsividad da lugar a un combate en el que los golpes son premeditados y aparecen el cálculo y la astucia. Ante este escenario, cabe destacar el papel importante que ejerce la fuerza. Esto puede generar que el más fuerte pueda imponerse sin una brutalidad excesiva, dosificando sus golpes al rival, y que el más débil opte por ejercer la violencia o adopte una conducta indirecta agresiva basada en las burlas y provocaciones. Por el contrario, la rivalidad del rechazo supone la negación de la existencia del rival. Mientras que la rivalidad del cuerpo a cuerpo tiene aspectos fraternales, en cuanto a que tras la pelea llega la reconciliación entre los hermanos, la rivalidad del rechazo tiene un aspecto muy distinto. Supone la ruptura de contacto con el rival (Corman, 1974).

Cuando aparece el lenguaje en el niño, la agresividad se verbaliza y se expresa mediante amenazas, palabras de odio e insultos. Estas verbalizaciones estarían relacionadas con la rivalidad del cuerpo a cuerpo. Sin embargo, en hermanos con rivalidad del rechazo se recurre a estrategias más sutiles como utilizar la depreciación del rival, intentar minimizar la importancia del intruso, negarse a reconocer al rival como hijo de los mismos padres o emplear críticas morales hacia él (Corman, 1974).

Es importante destacar la relevancia de variables como la edad y el género en estos dos tipos de rivalidades. Por un lado, cuando existe una diferencia de edad muy pequeña, la rivalidad del cuerpo a cuerpo es más intensa, pero al mismo tiempo, también suele resolverse con compromisos de unión entre los hermanos, ya que existen intereses y aficiones comunes con las que disfrutaban juntos. Cuando la diferencia de edad es mayor, la rivalidad suele manifestarse con el rechazo, incluso en fratrías de tres hermanos, los dos hermanos mayores con una diferencia de edad más pequeña pueden aliarse contra el tercero. Pero a pesar de estas diferencias, los celos entre hermanos existen independientemente de la diferencia de edad que exista entre ellos (Daloz, 2003). Por otro lado, el género puede provocar dos escenarios, ya que a veces puede ejercer como un factor de división que hace que los hermanos estén separados; y otras veces actúa como un factor de unión (Corman, 1974).

La rivalidad no se expresa siempre de la misma forma, puede estar sublimada, reprimida (Angel, 2004). En la práctica clínica, niños con un motivo de consulta relacionado con la inestabilidad emocional, los trastornos del sueño, enfermedades somáticas, fracaso escolar o problemas que perturban el ambiente familiar pueden esconder una forma de expresión de los celos fraternos (Daloz, 2003). También pueden llegar a consulta ciertos niños agresivos, indóciles o niños que adoptan un comportamiento regresivo caracterizado por la succión o la pérdida del control de esfínteres. A veces, puede observarse una actitud hostil enmascarada por una ternura excesiva hacia el hermano, probablemente a través de la identificación con la madre (Vinay y Jayle, 2011). Estas manifestaciones patológicas y enmascaradas de la rivalidad fraterna requerirán una detección rápida y un tratamiento urgente (Cahn, 1962).

Cuando aparece en el niño la instancia superyoica y se produce una respuesta de los padres ante las conductas celotípicas, el niño adapta la agresión convirtiéndola en un

sentimiento de rivalidad. Es aquí donde se producen las manifestaciones de la rivalidad enmascarada que explica Corman (1974):

- 1) Mecanismo de desplazamiento. La agresividad del niño se dirige hacia otros objetos que provocan menos angustia y menos castigo. Cuanto más fuerte es la prohibición sobre la conducta agresiva, más diferente va a ser el objeto sustitutivo sobre el que el niño descargue la tensión.
- 2) Represión inconsciente de las pulsiones y formaciones reactivas del Yo. Cuando las pulsiones agresivas son muy fuertes el Yo experimenta mucha angustia. Para suprimir esta angustia, el Yo reprime en el inconsciente dichas pulsiones, provocando que la agresividad no se manifieste en los actos y desaparezca de la conciencia del sujeto. Para silenciar esta angustia y mantener las pulsiones en el inconsciente, el Yo desarrolla en el consciente las tendencias contrarias a aquellas ya reprimidas. En el caso de la rivalidad fraterna, esto va a manifestarse con un afecto hacia el hermano, desprovisto de toda agresividad y una gran docilidad hacia los padres. Cuando esta transformación en lo contrario afecta a todo el ámbito pulsional, se habla de formaciones reactivas del Yo. Así, se genera un carácter reactivo que sustituye al carácter natural del niño. Concretamente, estos mecanismos pueden manifestarse de las siguientes formas:
 - a. Niño inhibido y “demasiado sensato”
 - b. Pseudoagresividad. Este término fue descrito por Bergler (1959), el cual alude a las manifestaciones de agresividad repentinas que se producen en personas cuyo comportamiento no es agresivo. Se trata de un impulso inconsciente, que se despliega de manera desproporcionada a la provocación, muy común en las personas

inhibidas. Ante la prohibición de la agresividad por parte del súper-yo, el sujeto desarrolla una formación reactiva (inhibición), de la cual vuelve a defenderse, en determinadas ocasiones, desde una nueva forma reactiva denominada pseudoagresividad. Es decir, los niños inhibidos (formación reactiva) que tienden a reprimir la agresividad, expresan sus manifestaciones agresivas a través de estallidos desproporcionados repentinos.

- c. Volverse extremadamente diligente y preocupado por el bebé como formación reactiva.
- 3) Vuelta contra sí mismo y humor depresivo. Se produce un cambio en la orientación de la agresividad, en este caso, hacia sí mismo. El súper-yo impone al Yo infligirse lo que haría al hermano. En muchos casos de rivalidad fraterna, se observan sentimientos de inferioridad y un síndrome menor de melancolía, caracterizado por un cuadro clínico de ansiedad, culpabilidad y humor depresivo.
 - 4) Defensa por regresión: Es una de las respuestas más comunes. La regresión supone apaciguar la angustia actual remitiendo a una edad en la que aún no existía el hermano, es decir, el conflicto. De esta manera, desaparecen los celos y angustia de culpabilidad. Puede presentarse de distintas formas:
 - a. El deseo de ser o de volver a ser un bebé
 - b. Cambio de roles con el hermano pequeño
 - c. Identificación con el rival recién nacido, dando lugar a comportamientos más infantilizados como la succión del pulgar, pedir que se les dé de comer, enuresis, etc.

- d. Síndrome regresivo. Se caracteriza por el gran contraste entre la edad del niño y su comportamiento de bebé. Se manifiesta con la pasividad, indolencia, falta de iniciativa, reacciones impulsivas, oposición infantil y juegos infantiles.
- 5) Identificación con el rival. Existen dos tipos:
- a. Identificación progresiva. Se trata de un proceso inverso a la identificación regresiva. Se caracteriza por el deseo de ser mayor y más fuerte.
 - b. Identificación con el otro sexo. Por un lado, busca la defensa contra la agresividad de frustración y, por otro lado, disfrutar de las ventajas del otro que es preferido por los padres.
- 6) Repliegue narcisista y aislamiento. De menor incidencia. Se produce una ruptura de contacto con el hermano, entendiéndose por contacto tanto la agresividad como la ternura. En esta ocasión se niega la existencia del rival, se aísla, es decir, produce un repliegue narcisista, y así sus pulsiones no pueden alcanzar al rival.

Pero no solo se interesaron por este constructo los autores psicoanalíticos. Los psicólogos cognitivistas también investigaron sobre este aspecto de las relaciones fraternas, concretamente, haciendo mención a la edad de los 18 meses. Según Piaget (1936/2014), alrededor de esta edad aparece la inteligencia representativa y el desarrollo de la función simbólica. Esto supone un importante desarrollo en el Yo del niño, ya que pasa de un egocentrismo sensoriomotor, a situarse en un egocentrismo preoperatorio, gracias al cual, el niño va aprendiendo a hacer una diferenciación entre el Yo y los objetos. Este egocentrismo cognitivo supone un factor clave que relaciona el desarrollo cognitivo y las interacciones entre hermanos (Arranz, 1989). Bowlby ya señaló en 1969 que la

capacidad de realizar apreciaciones no egocéntricas, es decir, la capacidad de descentración que implica considerar otros puntos de vista ayuda a que el niño desarrolle habilidades para actuar como una figura de apego subsidiaria. Generalmente, estas habilidades serán desarrolladas por el hermano mayor.

Según Arranz (1989), estos hallazgos pueden sugerir que la superación del egocentrismo cognitivo puede ayudar a que disminuyan las conductas celotípicas y de envidia. Sin embargo, también reconoce que estas conductas pueden darse en un contexto egocéntrico. De hecho, Dunn y Kendrick (1986) señalaron que la superación del egocentrismo cognitivo puede implicar que el hermano mayor, al ponerse en el punto de vista del hermano pequeño, conozca sus puntos débiles y elabore agresiones más sutiles contra él. Desde el punto de vista cognitivo, el niño con 18 meses de edad puede darse cuenta de que la madre tiene otros afectos y otras relaciones, razón por la cual aparece a esa edad la conducta celotípica y es muy inusual observarla en edades más tempranas.

En definitiva, los investigadores de esta corriente afirman que cuando existen unas condiciones objetivas que lo justifican, aparecen los celos. Sin embargo, cuando la conducta celotípica prevalece sin que haya unas condiciones que la justifiquen, habría que hablar de una inmadurez de desarrollo que provocará una mala adaptación al medio por parte del niño.

Por otro lado, otro de los principales focos de interés de esta corriente ha sido la percepción de parcialidad parental y cómo influye en las relaciones fraternas. Autores como Ross y Milgram (1982) clasifican las influencias que fomentan la rivalidad fraterna en dos tipos: la iniciada por los adultos y la generada por los hermanos. En cuanto a la primera, ésta puede dividirse a su vez en dos subtipos: manifiesta y encubierta. La rivalidad manifiesta iniciada por los adultos implica la comparación que se realiza entre

los hermanos, mientras que la rivalidad encubierta incluiría comparaciones sutiles. Por otra parte, la rivalidad generada por los hermanos supone intentar ganar la atención parental y aumentar el propio estatus dentro de la fratría.

Dentro de las posibles influencias que pueden intervenir en la rivalidad entre hermanos se encuentran el conflicto parental, la realización de las mismas actividades y hobbies por parte de los hermanos, y los favoritismos parentales en los que se incrementa la rivalidad del niño “menos amado” y se genera culpabilidad en el niño “amado” (Siegler, 2007, como se citó en Badger y Reddy, 2009). De ahí que muchos estudios hayan estudiado la rivalidad fraterna desde el punto de vista de la parcialidad parental, pues la calidad de las relaciones entre cada hijo y cada padre también repercute en la relación fraterna. Uno de estos estudios es el realizado por Furman y Buhrmester (1985) en el que obtuvieron resultados que asociaban la parcialidad parental con sentimientos de competición y conflicto. En estudios anteriores, se encontró que los padres que son receptivos y atienden a las necesidades de los niños, fomentan comportamientos prosociales entre ellos (Bryant y Crockenberg, 1980). Asimismo, Rauer y Volling (2007) señalaron que las personas que tienen el sentimiento de haber recibido la misma calidad de afecto parental que sus hermanos, tienen estilos de apego más seguros, en comparación con las personas que han experimentado celos.

En definitiva, la rivalidad fraterna es una de las características de la fratría más estudiadas. Si bien la teoría psicoanalítica inició el análisis de este constructo en profundidad, la psicología cognitiva también ha realizado aportaciones teóricas y empíricas.

2.2.2. Las relaciones fraternas desde la teoría del apego

La teoría del apego también adopta una perspectiva vertical en el estudio de las relaciones fraternas y ha centrado algunas de sus investigaciones en analizar el efecto del apego parental en la calidad de las relaciones entre hermanos.

En un principio, Bowlby (1969) y Bretherton (1985) ya sugerían que el apego seguro hacia los padres favorecía en los niños el desarrollo de modelos operativos internos tanto de sus padres (como cariñosos y sensibles), como de ellos mismos (como merecedores del amor y del cuidado). Estos modelos operativos internos del sí mismo y del otro organizan y modelan las relaciones posteriores.

El primer estudio realizado con el objetivo de analizar el vínculo entre el apego materno y las relaciones fraternas fue llevado a cabo por Bosso (1985), quien obtuvo resultados que afirmaban que los hermanos mayores de 18 a 32 meses de edad con apego seguro hacia la madre dirigían comportamientos más prosociales hacia el hermano recién nacido que los niños con apego inseguro. Estos hallazgos aparecían más claros en las niñas, las cuales mostraban más interés en la interacción con sus hermanos pequeños independientemente del grupo de apego en el que fueran clasificadas.

Unos años más tarde, Teti y Ablard (1989) quisieron ampliar la investigación de Bosso (1985) examinando la relación entre la calidad afectiva de las relaciones fraternas y el tipo de apego de ambos hermanos con su madre. El estudio, realizado a través de la observación en laboratorio, se llevó a cabo con fratrías en las que los hermanos mayores tenían entre 2 y 7 años y los pequeños entre 1 y 2 años. Los resultados indicaron que los niños con apego seguro hacia la madre se sentían menos amenazados que los niños con apego inseguro cuando la madre prestaba más atención a uno de ellos, ya que probablemente los niños seguros tenían mayor seguridad y confianza en la disponibilidad

emocional de la madre. Cuando ambos niños presentaban un apego inseguro hacia la madre, el mayor tenía más comportamientos hostiles hacia el pequeño. Cabe destacar que el hecho de que ambos hermanos tengan apego inseguro puede deberse a haber recibido una crianza de pocos cuidados, por lo que recrean aspectos de esa figura poco cuidadora en su relación fraterna. Por otro lado, los autores encontraron que los comportamientos de apego de los hermanos pequeños hacia los mayores sólo tenían lugar cuando los mayores tenían un apego seguro con la madre, no encontrando una moderación del tipo de apego de los pequeños, el género o la edad. En los casos en los que los hermanos mayores tenían un apego menos seguro, mostraron capacidad para apoyar y cuidar a los pequeños sólo en circunstancias extremas. Este hallazgo apoya la hipótesis de que la capacidad del hermano mayor para actuar como figura subsidiaria de apego se intensifica cuando tiene un apego seguro con la figura primaria.

Posteriormente, Volling y Belsky (1992) llevaron a cabo un estudio longitudinal en el que no sólo analizaron el impacto de la relación de apego madre-hijo en las relaciones fraternas, sino que también prestaron atención a la relación padre-hijo. El estudio se realizó con fratrías en las que los hermanos mayores tenían entre 65 y 79 meses de edad y los pequeños entre 21 y 56 meses. En sus resultados descubrieron qué aspectos de la relación madre-hijo predecían el conflicto entre hermanos, mientras que la relación padre-hijo estaba relacionada con comportamientos prosociales entre los hermanos. Concretamente, encontraron que el conflicto y la agresión entre hermanos estaban relacionados con un apego inseguro del primogénito hacia la madre, con comportamientos intrusivos y sobreprotectores de la madre a los 3 años de edad y altos niveles de conflicto entre la madre y los dos hijos a los 6 años de edad. En cuanto al papel del padre, no se encontró un efecto significativo del apego que predijera la calidad de la interacción fraterna; sin embargo, los resultados indicaron que la interacción prosocial

entre hermanos a los 6 años de edad tiende a ser más frecuente si el padre se muestra afectuoso en la relación con el primogénito a los 3 años de edad.

En la misma línea que Bosso (1985) y Teti y Ablard (1989), Coutu et al. (1996) analizaron el vínculo entre ambas relaciones familiares, encontrando que el apego seguro madre-hijo mayor estaba asociado positivamente con comportamientos prosociales hacia el hermano y el apego seguro madre-hijo pequeño estaba asociado negativamente con comportamientos conflictivos. Sin embargo, los autores advierten que los resultados no deben considerarse como una prueba de que existe un vínculo causal entre ambas relaciones familiares, ya que no se han tenido en cuenta otras variables que pueden estar influenciando en ese vínculo como, por ejemplo, el temperamento del niño. Además, añaden que debe estudiarse el vínculo entre ambas relaciones intrafamiliares de forma diferente teniendo en cuenta si es el hermano mayor o el pequeño.

Estos resultados demuestran que la investigación sobre la calidad de las interacciones entre hermanos debe seguir estando enfocada hacia las relaciones de apego con las figuras parentales, ya que las variables estructurales parecen ocupar un papel secundario y revelan poca información del contexto familiar en el que se desarrollan las relaciones en la fratría (Teti y Ablard, 1989).

2.3. La perspectiva horizontal en el estudio de las relaciones fraternas

Los estudios que corresponden a esta perspectiva horizontal de las relaciones entre hermanos están representados en mayor medida por los psicólogos evolutivos o del desarrollo, quienes coinciden en subrayar el carácter ambivalente de esta relación.

La relación entre hermanos es única, ya que se trata de la relación más larga en la vida de una persona y tiene el poder de constituir una relación continua, intensa y emocional (Cicirelli, 1982). Como ya mencionaba Minuchin (1983), el subsistema fraterno supone el primer laboratorio social donde los niños se entrenan para las relaciones con los iguales y aprenden a mostrar apoyo, aislarse, negociar, competir o cooperar. Se trata de un laboratorio que le ofrece situaciones de rivalidad, de identificación, de oposición, de amor, de odio, etc. Un espacio donde puede experimentar afectos muy diferentes, donde puede detestar a otro y unirse con él ante la adversidad (Meynckens-Fourez, 2004).

Scelles (2004) añade que en la fratría surgen movimientos de amor y de odio y sentimientos a raíz del hecho de ser elegido o de tener que elegir, o de ser rechazado o rechazar. Esto ayuda al niño a conocerse, a conocer al otro, a gestionar los conflictos, a socializarse con los demás y a huir de ellos si suponen una amenaza, ya que como señala la autora, la fratría es el lugar donde el niño no sólo aprende a gestionar los afectos agresivos, sino que también descubre su capacidad de elegir a quién amar u odiar y aprende a soportar ser más amado o menos. Además, surge un sentimiento muy importante que es la complicidad, la cual implica un límite que se establece entre los hermanos y el exterior, ya sean los padres u otras personas extrafamiliares.

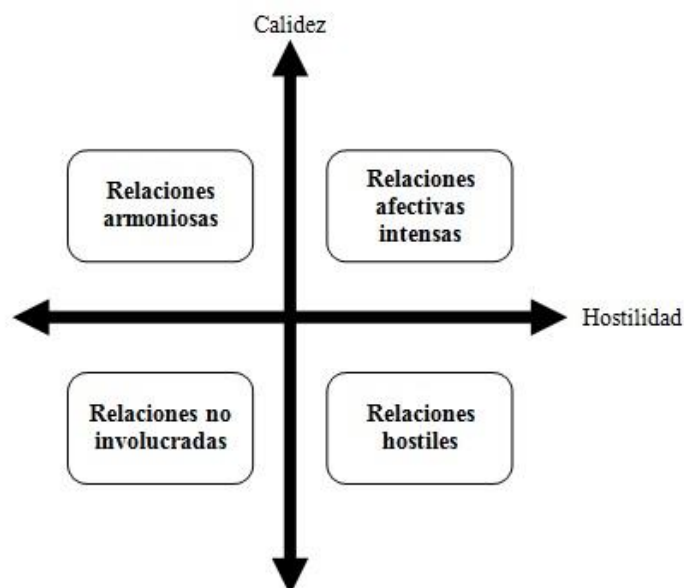
Furman y Buhrmester (1985), en un estudio cualitativo previo a la elaboración del cuestionario SRQ (*Sibling Relationship Questionnaire*), analizaron las cualidades más representativas de las relaciones fraternas dando como resultado una lista de 15 cualidades. Entre las cualidades positivas, era más común en los niños mencionar el compañerismo (93%), la admiración hacia el hermano (81%), el comportamiento prosocial (77%) y el afecto (65%). Por el contrario, entre las categorías negativas más mencionadas se encontraban el antagonismo (91%) y la disputa (79%). Los autores se

sorprendieron de que tanto la competición como la parcialidad parental no tuvieran un mayor porcentaje de aparición en las entrevistas, tenían un 20% y 10% respectivamente. Probablemente, explicaban, los niños fueron reacios a hablar sobre esas cualidades, prefiriendo centrarse en otros aspectos negativos de sus relaciones fraternas.

A pesar de que la relación fraterna, al igual que otras relaciones intrafamiliares, está marcada por una gran ambivalencia, McGuire et al. (1996) describieron cuatro tipologías de relaciones fraternas en función de la prevalencia de las variables de afecto y hostilidad, las cuales eran consideradas por estos autores como unos de los factores más importantes para describir esta relación.

Figura 1

Las cuatro tipologías de relaciones fraternas según McGuire et al. (1996)



- Relaciones afectivas-intensas, caracterizadas por altos niveles de calidez y hostilidad.
- Relaciones hostiles, caracterizadas por una alta hostilidad y una baja calidez.

- Relaciones armoniosas, caracterizadas por un bajo nivel de hostilidad y un alto nivel de calidez.
- Relaciones no-involucradas, caracterizadas por bajos niveles de hostilidad y calidez.

Al revisar la literatura científica sobre las relaciones fraternas, no se encuentra un gran número de estudios que haya evaluado la calidad de la relación entre hermanos desde el nacimiento de un hermano hasta la adolescencia. Sin embargo, existe cierta evidencia de que las relaciones fraternas son generalmente consistentes a lo largo de gran parte de la infancia cuando no suceden cambios significativos en la vida (Slomkowski y Manke, 2004). Siguiendo esta idea, Buhrmester (1992) señala que es en la adolescencia cuando los hermanos tienden a establecer relaciones menos íntimas entre ellos. Esto puede deberse al proceso denominado “desidentificación”, a través del cual los hermanos divergen en su desarrollo, encontrando diferentes dominios en los que pueden desplegar intereses o competencias con el fin de crear nichos separados e identidades independientes, consiguiendo al mismo tiempo una atención y amor parental compartidos (Schachter et al., 1978). En un estudio longitudinal llevado a cabo por McHale et al. (2001), se encontró que mientras que los hermanos pequeños se vuelven más similares a los hermanos mayores, los hermanos mayores adolescentes demuestran un patrón de desidentificación, volviéndose más diferentes de sus hermanos pequeños. Este proceso permite que exista menos competitividad entre ellos reduciendo la comparación parental (Sulloyay, 1996) y al mismo tiempo favorece que los jóvenes busquen establecer una identidad personal única (McHale et al., 2001).

A pesar de que estos procesos naturales influyen en la calidad de las relaciones fraternas, también existen factores o causas externas que provocan cambios en la naturaleza de esta relación. Por un lado, los eventos estresantes como los problemas

conyugales de los padres, la separación o el divorcio, pueden afectar negativamente a las relaciones fraternas de los hijos (Dunn et al., 1994a). A pesar de ello, otros autores señalaron que, con el fin de compensar situaciones familiares adversas, los hermanos podían desarrollar entre sí relaciones más cercanas y protectoras (Jenkins, 1992) e, incluso, ante la separación de los padres, su falta de disponibilidad reforzaba el vínculo y la lealtad entre los hermanos, provocando que los mayores adoptaran más comportamientos de protección y cuidado (Almodovar, 1996). Posteriormente, Merino (2014) aclaró que, en situaciones de conflicto más moderado o cotidiano, se produce una generalización del conflicto afectando negativamente a las relaciones fraternas; mientras que, en los casos de contextos familiares más adversos, las relaciones fraternas aparecen como factores protectores que compensan y amortiguan el conflicto y el malestar de los hijos. Por otro lado, respecto a otros estresores como las dificultades económicas, se encontró que pueden tener un efecto indirecto en las relaciones fraternas, ya que como afectan a la crianza de los hijos, pueden contribuir a peores interacciones entre ellos (Conger y Conger, 1996).

Asimismo, Meynckens-Fourez (2004) planteó tres tipos de situaciones intrafamiliares que pueden afectar a la fratría:

1. Dejar a uno de los hijos fuera del subsistema fraterno. Este hijo puede encontrarse dentro de una alianza con otro miembro, incluso en una coalición con uno de los padres, tener un rol parentalizado, presentar una dificultad o minusvalía o ser colocado en una institución.
2. No respetar el rango de nacimiento. Generalmente, las adopciones, las acogidas familiares o las familias reconstituidas pueden alterar el orden cronológico de la fratría, aunque a veces el propio funcionamiento familiar provoca la modificación del rango de nacimiento de los hijos.

3. Gobernar bajo el mito de la no diferencia entre los hijos. Este mito se construye normalmente debido al sufrimiento vivido en la relación fraterna de la anterior generación, es decir, de los padres actuales. Buscando reparar las injusticias vividas en el pasado, algunos padres no reconocen ninguna diferencia entre sus hijos, con el fin de que parezca que no se están repitiendo los esquemas familiares anteriores que les provocaron tanto sufrimiento.

Finalmente, dentro de esta perspectiva horizontal en el estudio de las relaciones fraternas, se encuentran las aportaciones de Meynckens-Fourez (1999), quien explicó las funciones que ejercen. En primer lugar, las relaciones entre hermanos tienen la función de ofrecer un espacio para el aprendizaje de los roles sociales, ya que dentro de la fratría surgen movimientos de amor y de odio (McGuire et al., 1996) que favorecen el autoconocimiento y el conocimiento del otro, la gestión de conflictos, la socialización y el descubrimiento de la complicidad (Espiau y Beaumatin, 2003; Meynckens-Fourez, 1999; Scelles, 2004). En segundo lugar, tienen la función de la sustitución parental. Benghozi (2000) señaló a la fratría como un grupo que ofrece apoyo en el vínculo transgeneracional en las terapias familiares y como un microsistema autónomo donde se mantienen sus propias leyes. Por último, las relaciones fraternas tienen la función de apego y de seguridad donde hay que subrayar las aportaciones de la teoría del apego. En efecto, esta teoría no solo ofreció aportaciones a la perspectiva vertical del estudio de las relaciones entre hermanos, sino que, a lo largo de la evolución en sus estudios, descartó la monotropía del apego y contempló el apego fraterno como otro tipo de apego familiar. Dado que resulta de interés conocer en profundidad las aportaciones de la teoría del apego, se explicarán en el siguiente apartado de la fundamentación teórica de esta tesis doctoral.

3. Evolución en el estudio del apego: Del apego parental al apego fraterno

3. EVOLUCIÓN EN EL ESTUDIO DEL APEGO: DEL APEGO PARENTAL AL APEGO FRATERO

3.1. Los inicios de la teoría del apego

Las primeras formulaciones teóricas sobre el apego fueron publicadas por Bowlby (1958), quien posteriormente desarrolló su teoría definitiva publicándola en sus tres principales obras (1969, 1973, 1980). Es importante tener en cuenta su trayectoria previa, la cual comenzó desde un enfoque psicoanalítico estudiando las consecuencias de la privación temprana (Bowlby, 1944). De hecho, a pesar de que finalmente se desligó del psicoanálisis, existen algunas semejanzas entre ambas teorías.

Hay que señalar que los dos enfoques valoran la importancia del ambiente social del niño en el desarrollo de la personalidad, ya que consideran que la percepción social y la experiencia social se distorsionan por las expectativas conscientes e inconscientes. Además, subrayan el valor de las primeras etapas de la vida del individuo en el desarrollo de la personalidad, comparten un interés por la influencia de la sensibilidad materna en la calidad de las relaciones de objeto y entienden que la relación entre el niño y el cuidador no se basa en necesidades físicas, sino en la necesidad de relacionarse (Fonagy, 2004).

De hecho, Bowlby (1973) señalaba que los seres humanos tienen la necesidad innata de interactuar socialmente, especialmente en la primera infancia, al precisar de la protección y el apoyo de otros. El apego es el producto de los comportamientos que tienen como objetivo la búsqueda y el mantenimiento de la proximidad hacia una persona, convirtiéndose en una necesidad social primaria e innata para poder establecer una relación con el otro (Bowlby, 1969). Supone un lazo afectivo que une psicológicamente a dos individuos (Bowlby, 1973, 1980). Su modelo se basa en la existencia de cuatro sistemas de conducta: el sistema de apego, el sistema de miedo, el sistema afiliativo y el

sistema de exploración (Bowlby, 1969). Tanto el sistema de conducta de apego, como el sistema de miedo, dan como resultado el acercamiento y la proximidad por parte del niño con el cuidador, buscando la seguridad y la calma. Por su parte, el sistema afiliativo favorece la interacción social y el sistema de exploración activa comportamientos que favorecen el aprendizaje; sin embargo, ambos sistemas no aparecen hasta que el niño establece un apego seguro con el cuidador.

En el primer volumen de la conocida trilogía de Bowlby (1969), el autor ya describía cómo la conducta del bebé se va adaptando para complementarse con la del cuidador, que deberá responder de forma contingente y apropiada a sus señales para lograr que el bebé se apegue a él, utilizándolo como base segura para explorar el ambiente, o representando para él la figura a la que acudir en caso de peligro.

Los teóricos tradicionales del apego emplean el término de “cuidador principal” para explicar la existencia de una jerarquía de figuras de apego, a través de las cuales el niño tiene una preferencia por una de esas figuras ante situaciones estresantes y acude a las otras cuando no está disponible la principal (Cantón y Cortés, 2000). Según Bowlby (1969), la primera persona a la que generalmente el bebé dirige sus comportamientos de apego es la madre. Sin embargo, Schaffer y Emerson (1964) realizaron un estudio en el que demostraron que a pesar de que la madre era la figura más importante, el 30% de los niños desde el primer año de vida ya tenían varias figuras de apego como el padre, los abuelos, los hermanos o alguna persona fuera del sistema familiar como los cuidadores de la guardería.

Otra de las autoras importantes en el desarrollo de la teoría del apego es Mary Ainsworth, quien contribuyó de manera decisiva en la concepción de la figura de apego como base segura, aportando la conceptualización de la sensibilidad materna y su papel

en el desarrollo de diferentes tipos de apego (Cantón y Cortés, 2000). Ainsworth et al. (1978) sostienen que el apego varía con la naturaleza de las interacciones, dando como resultado en una de las tres diferentes estrategias de apego que estos autores establecieron gracias al procedimiento de la Situación Extraña: apego seguro (B), apego inseguro ambivalente (C) y apego inseguro evitativo (A). Posteriormente, Main y Solomon (1986) defendieron la presencia de un nuevo modelo de apego al que denominaron desorganizado (D).

Los niños con un apego seguro (B) tienen un comportamiento más positivo hacia su madre y muestran una interacción más armoniosa con ella. Estos niños utilizan a su madre como una base segura para explorar el ambiente y crean unas expectativas de su accesibilidad y sensibilidad debido a que ella ha sabido mostrarlas ante las necesidades del niño. En el procedimiento de la Situación Extraña, cuando la madre regresa tras su ausencia, estos niños buscaban la proximidad y el contacto corporal con la madre, y si el niño había llorado en su ausencia, paraba de llorar cuando volvía la madre, es decir, que eran capaces de calmarse con el contacto de la madre y podían continuar con la exploración del ambiente (Ainsworth et al., 1978, Cantón y Cortés, 2000, Solomon y George, 1999).

Los niños con un apego inseguro ambivalente (C) muestran ansiedad en su apego con la madre. Ante la marcha de la madre en el procedimiento de la Situación Extraña, lloraban y manifestaban ansiedad por separación, dando la impresión de que no tenían confianza en la accesibilidad y sensibilidad de su madre, por lo que no la podían tomar como base segura que les ayudara a explorar el ambiente. En el reencuentro con ella, estos niños alternaban muestras de contacto con signos de enfado, rechazo y rabietas; incluso aparecían casos en los que adoptaban una actitud pasiva con ella. Por lo tanto, las observaciones indicaron que mantenían una conducta ambivalente de aproximación y

rechazo y, en consecuencia, no eran capaces de encontrar en la madre una figura de calma y consuelo (Ainsworth et al., 1978, Cantón y Cortés, 2000, Solomon y George, 1999).

En cuanto a los niños con un apego inseguro evitativo (A), encontraron que las madres rechazaban el contacto físico con ellos. En el procedimiento de la Situación Extraña, ante la marcha de la madre, respondían mínimamente y mostraban bajos niveles de estrés. En el regreso de la madre, ignoraban su presencia a pesar de los esfuerzos de ella por llamar su atención y buscar el acercamiento físico, y miraban hacia otro lado, la rechazaban activamente o se centraban en los juguetes (Ainsworth et al., 1978, Cantón y Cortés, 2000, Solomon y George, 1999).

Por último, Main y Solomon (1990) encontraron que había otro grupo de niños que mostraba comportamientos contradictorios, estereotipias, inhibición, rigidez, miedo o aprensión hacia los padres, así como confusión, desorientación y afectos depresivos. Parecían reflejar la vivencia de conflictos, miedos o confusiones con la figura de apego y no eran capaces de establecer una estrategia coherente y eficaz de apego. En años posteriores, una de las autoras que más se centró en estudiar el apego desorganizado fue Lyons-Ruth et al. (1999), quien defendió su relación con estados mentales no resueltos respecto a pérdidas o traumas, y la relación con el cuidador como asustado-asustador. Sostuvo que este tipo de apego surgía en función de dos parámetros: la severidad del trauma y la calidad de las relaciones de apego, dando lugar a que la conducta desorganizada pudiera surgir cuando el nivel de protección fuera deficitario, a pesar de que no hubiera experiencias traumáticas. Además, defendió que el apego desorganizado estaba relacionado con la comunicación disruptiva de los padres que incluía cinco principales aspectos en cuanto a sus respuestas: (a) respuestas de retirada, (b) intrusivas, (c) confusas, (d) desorientadas, y (e) conjunto de respuestas denominado como errores de la comunicación afectiva que corresponden tanto a la emisión de señales conflictivas por

parte de la madre como a sus fallos en responder a las señales afectivas del hijo (Lyons-Ruth et al., 2006).

Una de las variables a la que la teoría del apego ha prestado mucha atención es la sensibilidad materna, que comenzó a generar mucho interés desde los estudios de Ainsworth et al. (1978), analizando su relación con la calidad del apego del niño. Algunos estudios han encontrado una relación moderada entre la sensibilidad del cuidador y el apego del niño (Bakermans-Kranenburg et al., 2003, De Wolff y Van IJzendoorn, 1997, Susman-Stillman et al., 1996) y otros autores han demostrado una alta correlación significativa entre el apego seguro del niño y la contingencia vocal de la madre, y una correlación moderada con la habilidad de la madre para facilitar el juego dentro de la atención compartida (Bigelow et al., 2010). La razón por la que no se han encontrado relaciones más fuertes se debe a que se han confundido dos procesos psíquicos diferentes. Por un lado, la actitud y comportamiento de la madre, caracterizados por sentimientos positivos hacia el niño; y, por otro lado, su habilidad para tratar al hijo como un ser pensante, una persona con intenciones, sentimientos y deseos. Estos procesos construyen las bases de la capacidad materna para contener mentalmente la angustia del niño, comprenderle y reaccionar adecuadamente a sus necesidades. Sin embargo, el segundo requiere que la madre reflexione sobre el estado mental del niño, por lo que va más allá de una conducta de afecto y preocupación. En definitiva, la mentalización es crucial para el desarrollo del apego seguro (Fonagy et al., 1994; Fonagy y Target, 1997; y Meins et al., 2001).

Por su parte, Leerkes (2011), continuando el estudio de la sensibilidad materna, remarcó el papel que juega el contexto en la relación entre la sensibilidad materna y la calidad de apego del niño, argumentando que puede variar dependiendo del estrés de la madre y de sus niveles depresivos. Sin embargo, Tuttle et al. (2012) indicaron que no sólo

hay que contemplar el proceso unilateral del cuidador hacia el niño, sino que también es necesario tener en cuenta el papel activo que juega el niño en esta díada. Por último, Kennedy et al. (2014) señalaron que la literatura científica se ha centrado en el estudio del papel de la sensibilidad de la madre obviando las posibles contribuciones de otros miembros de la familia como los hermanos.

3.2. Los Modelos Operativos Internos

Según Bowlby (1969), gracias a las interacciones con sus figuras de referencia, el niño puede construir modelos de relación que, una vez establecidos, le permiten comprender e interpretar el comportamiento de los otros, anticipar las reacciones de los demás y, por tanto, adaptar su comportamiento. En función de la interacción que establezca, va a ir creando un modelo sobre la figura de apego basado en las expectativas que tiene sobre cómo responderá la figura de apego a sus necesidades. De esta forma, podrá crearse una representación mental de esa figura como fuente de protección o de amenaza.

Bowlby (1969, 1973, 1980) los denominó “Modelos Operativos Internos” de apego (MOI, *Internal Working Models, IWM*) y su desarrollo dependerá de la interacción con el adulto cuidador. Los MOI son las representaciones mentales de uno mismo, de los demás y de las relaciones interpersonales construidas en función de las expectativas de vinculación y de las emociones asociadas a esas experiencias. Implican componentes cognitivos y emocionales (Crittenden, 1990, Main et al., 1985) y configuran su conducta en sus posteriores relaciones sociales (Pierrehumbert, 2003). Se trata, por tanto, de la construcción de unos modelos cognitivos y emocionales de sus primeras relaciones que influyen en el comportamiento del niño y le guían en sus relaciones con los otros.

Bowlby (1973), interesado en el trabajo de Piaget sobre la permanencia de objeto, indica que estos modelos se forman desde el comienzo del primer año del niño, cuando es capaz de reconocer y buscar un objeto perdido; y especifica que el niño con un cuidador sensible a sus necesidades tiene mayor capacidad de representación que un niño cuyas figuras de referencia no han sido tan cuidadoras. Según Main (1998), estos modelos se van consolidando a lo largo del desarrollo, lo que muestra la estabilidad del patrón de apego y la influencia de las primeras relaciones en el desarrollo del niño. Cuando la figura de referencia está emocionalmente disponible, favorece la exploración del entorno y es sensible a las necesidades del niño, éste desarrolla un modelo de la realidad y de las relaciones como seguras y sensibles y, a su vez, un modelo de sí mismo como valioso y competente. Por el contrario, cuando la figura de referencia ignora, rechaza, no permite la exploración y no es sensible a las necesidades del niño, éste desarrolla un modelo de la realidad como un lugar impredecible y amenazante, provocando la desconfianza en los adultos y un modelo de sí mismos como incompetentes e indignos de afecto (Crittenden, 1990, Howe, 2005). En definitiva, la conducta de apego y los MOI están íntimamente relacionados, ya que en función de las representaciones mentales de los adultos que desarrolle el niño, se regularán sus conductas de apego hacia el cuidador (Román, 2011).

Para terminar, resulta interesante señalar que, mientras que para evaluar la conducta de apego los investigadores han utilizado a lo largo de los años instrumentos de observación de conducta, la medición de los MOI ha requerido el desarrollo de otro tipo de instrumentos. Además, el enfoque metodológico de estos constructos ha dependido también del momento evolutivo de la población estudiada. En los niños pequeños, la activación del sistema de apego provoca una reacción conductual inmediata, pero a medida que el niño crece, esa respuesta conductual deja de ser tan explícita y las representaciones mentales adquieren un papel central. Sin embargo, dado que aún existen

unas capacidades cognitivas rudimentarias que dificultan la capacidad autorreflexiva (presentes en los adolescentes y los adultos), los investigadores han optado por diseñar pruebas basadas en historias incompletas, ilustraciones y dibujos para la exploración de las representaciones mentales del apego infantil (Román, 2011).

3.3. La descentración de la monotropía del apego

Desde los inicios, la teoría del apego defendía que el niño establecía vínculos afectivos con una figura principal que generalmente era la madre. Esta comprensión de la relación de apego provenía de la influencia de la tradición psicoanalítica considerando que el vínculo madre-hijo era diferente al que el niño mantenía con otras figuras. A pesar de que Bowlby (1969) reconocía la posibilidad de una vinculación con distintas personas, inicialmente defendía una monotropía del apego. Esta monotropía, entendida como la consideración de la madre como la única persona con la cual el niño establece una relación de apego, fue rechazada posteriormente por Bowlby (1980). Aunque en la literatura científica se haya enfatizado la presencia de una monotropía, los estudios han ido dirigiendo su foco de interés a otros miembros del sistema familiar como la figura del padre y los hermanos (Troupel y Zaouche-Gaudron, 2006a). A continuación, se exponen los principales hallazgos sobre el apego paterno y el apego fraterno.

3.3.1. El apego paterno

Con el paso de los años, la teoría del apego puso su foco de interés en la figura paterna con el objetivo de investigar si el padre también podía actuar como figura de apego y proporcionar la misma seguridad que la madre. Gracias al estudio que llevaron a

cabo Schaffer y Emerson (1964), se comenzó a considerar al padre como una figura de apego. Entrevistando a las madres, estos autores encontraron un cambio en la dirección de los comportamientos de apego en dos etapas del desarrollo de los niños. A la edad de 6 meses, el 65% de los niños sólo consideran a la madre como única figura de apego, sin embargo, a los 18 meses, el porcentaje se reduce a sólo un 5% de los niños y un 75% se apega al padre. Además, señalaron que otras personas también pueden constituir unas figuras de apego, pero suele ser poco común, exceptuando el caso de los abuelos a los cuales se apegan un 45% de los casos. Resultados similares encontró Lamb (1977a, 1977b), indicando que cuando los dos padres están presentes, los niños de 12 a 18 meses prefieren a la madre como figura de seguridad, mientras que los de 18 a 24 meses no muestran ninguna preferencia. Como señalaría posteriormente Lamb (1997), resulta evidente que la jerarquía de apego sólo tiene lugar durante un breve periodo de tiempo, en contraposición a lo que Ainsworth (1967) defendía sobre la presencia de una jerarquía en las figuras de apego.

Posteriormente, Grossmann y Grossmann (1998) realizaron un estudio observacional de juego entre niños de 2 años y sus padres, en el que descubrieron una gran característica de la figura del padre durante el juego, a la que denominaron “incitación sensible”. Esta actitud incluye no sólo cierta sensibilidad, sino también retos y desafíos que permiten al niño crear comportamientos constructivos como la exploración del entorno. Encontraron, además, que esta sensibilidad del padre se asemejaba a la de la madre en la Situación Extraña, pero sugiriendo que, posiblemente, ambos se focalizan en diferentes secciones de un continuum apego-exploración. De esta forma, la manera con la que el padre incita al hijo durante el juego, es igual de predictiva del apego del hijo que la calidad de apego de la madre. Sin embargo, al igual que otros autores, Grossmann y Grossmann (1998) también consideraron necesario otro método distinto a la Situación

Extraña para evaluar el apego paterno (Grossmann et al., 2002, Volling y Belsky, 1992). En esta misma línea, Troupel (2006) indicó que la perspectiva del apego paterno debía tener en cuenta dos aspectos. Por un lado, debía contemplar la existencia de una bipolaridad parental debido a que la madre y el padre no son intercambiables; y, por otro lado, debía reconocer la bipolaridad de las necesidades del niño, que oscilan entre el apego y la exploración.

De hecho, varios autores han precisado que el apego paterno debe denominarse de otro modo, con el fin de diferenciar las diversas características de esta relación. Por este motivo, esta relación de apego ha sido denominada como “agente de socialización” (Le Camus, 2000), “exploración segura” (Grossmann et al., 2002), “relación de activación”, ya que este vínculo permite al niño tomar riesgos y explorar en la medida en que se sienta protegido (Paquette, 2004) y “puente social” entre el niño y el entorno (Zaouche-Gaudron, 2010).

Como señalaron Pierrehumbert et al. (1999), ambos padres participan en la construcción de una autobiografía del sí mismo del niño, pero lo hacen en dos niveles diferentes: la madre favorece la formación de un sí mismo autobiográfico a nivel de organización emocional y el padre a nivel de organización semántica, colaborando en el desarrollo de un sí mismo episódico y afiliativo respectivamente. Paquette (2004) añadió que, teniendo en cuenta las aportaciones de los estudios realizados, era preciso considerar que la madre y el padre ejercen roles diferentes, pero complementarios en la relación de apego con los hijos, ya que mientras que la madre supone una base segura ofreciendo calma y consuelo al niño cuando presenta angustia, el padre favorece la exploración permitiéndole investigar el entorno cuando no presenta angustia. Por esta razón, podemos hablar del padre como un papel importante en el desarrollo de la autonomía del niño y en su apertura al mundo exterior (Zaouche-Gaudron, 2010).

3.3.2. *El apego fraterno*

La descentración del apego materno-filial no sólo ha llevado a estudiar la relación padre-hijo, sino que también ha hecho que algunos autores hayan investigado el apego fraterno, entendido como la capacidad del hermano mayor para ejercer como figura subsidiaria de apego ante la ausencia de las figuras parentales. Sin embargo, parece que esta relación de apego es un campo poco explorado desde un punto de vista teórico y metodológico.

Es importante tener en cuenta que el apego fraterno difiere de la inversión de roles de los hijos parentalizados. El apego fraterno supone ofrecer consuelo y apoyo al hermano en situación de angustia, compensando la ausencia de la figura principal de apego, mientras que, en la inversión de roles, el niño cuidador no tuvo previamente figuras de apego disponibles y necesita cuidar al hermano, aunque el adulto protector esté presente y disponible (Farnfield, 2009).

En unos inicios, Sutton-Smith y Rosenberg (1970) destacaron la figura del hermano mayor como rol favorecedor de la socialización del hermano pequeño e, incluso, Samuels (1980) observó que el mayor actuaba como estimulador de la exploración psicomotora del pequeño. Por su parte, Minuchin (1983) habló de la capacidad de los hermanos mayores para ejercer como cuidadores y apoyos afectivos para sus hermanos pequeños. Este hallazgo fue demostrado por Weisner y Gallimore (1977), quienes encontraron que algo más de la mitad de la muestra actuó como cuidador principal para los más pequeños.

Posteriormente, Lamb (1978) encontró resultados opuestos en un estudio con bebés de 18 meses y sus hermanos mayores de edad preescolar. Se observó que el hermano mayor ejercía un rol instrumental para el hermano pequeño, siendo un modelo

de referencia en cuanto al aprendizaje del entorno, sobre todo en el juego, pero no desempeñaba un rol de cuidador ni una base de seguridad para el pequeño. Sin embargo, Stewart (1983) añadía que estos resultados debían ser interpretados con cautela, ya que el procedimiento que había llevado a cabo Lamb (1978) permitía al hermano pequeño escoger una interacción entre una figura parental y el hermano mayor. De esta forma, afirmaba que no se podía concluir si el hermano mayor actuaba como figura subsidiaria de apego, ya que la teoría del apego defiende que las figuras subsidiarias sólo cumplen su función en ausencia de la figura principal de apego o cuando no hay acceso a ella (Ainsworth, 1989, Bowlby, 1969).

Stewart (1983) presentó lo que hoy podemos denominar como el primer estudio sobre la figura del hermano mayor como base de seguridad para el pequeño y marcó los estudios posteriores que se llevaron a cabo sobre este constructo. La mayor parte de ellos se centraron en el análisis observacional de la conducta de apego fraterno, a excepción de escasos estudios que estudiaron la representación mental del apego fraterno. En la Tabla 2 se pueden observar los principales estudios sobre este constructo cuyos resultados y conclusiones serán explicados a continuación.

Tabla 2*Revisión de los principales estudios centrados en el apego fraterno*

Autores y año	Método	Variable estudio	Edad población	Posición fratría estudiada
Stewart (1983)	Observación y Adaptación del procedimiento de la Situación Extraña de Ainsworth y Witting (1969)	Conducta de apego	Hermano mayor: 30-58 meses Hermano pequeño: 10-20 meses	Ambas posiciones
Stewart y Marvin (1984)	Observación	Conducta de apego	Hermano mayor: 36-60 meses Hermano pequeño: 10-24 meses	Ambas posiciones
Garner et al. (1994)	Observación	Conducta de cuidado	Hermano mayor: 36-66 meses Hermano pequeño: 12-24 meses	Hermanos mayores
Caya (2001)	Adaptación del Attachment Story Completion Task (Bretherton et al., 1990)	Representación mental de apego	Hermanos de varias composiciones fraternas: 8-9 años	Hermanos pequeños
Maldonado y Carrillo (2002)	Observación y Adaptación de Q Sort de apego (Waters, 1987)	Conducta de apego	Hermano mayor: 40-72 meses Hermano pequeño: 14-37 meses	Ambas posiciones
Howe y Rinaldi (2004)	Observación	Conducta de cuidado	Hermano mayor: 3-4 años Hermano pequeño: 14 meses	Hermanos mayores
Volling et al. (2004)	Observación	Conducta de apego	Hermano mayor: 50 meses Hermano pequeño 16 meses	Hermanos mayores
Troupel (2006)	Adaptación del Attachment Story Completion Task (Bretherton et al., 1990)	Representación mental de apego	Hermano mayor: 4-9 años Hermano pequeño: 3-4 años	Hermanos pequeños

En primer lugar, en cuanto al estudio de la conducta de apego fraterno, Stewart (1983) encontró diferencias en cuanto al género, ya que las hermanas mayores realizaban más conductas de apego hacia sus hermanos pequeños y las hermanas pequeñas recibían más muestras de apego (Stewart, 1983; Stewart y Marvin, 1984), concluyendo también que las fratrías mixtas mantenían más intercambios de conductas de apego fraterno que las fratrías de mismo género. Incluso, los resultados mostraron que las conductas de apego cambiaban según el género del hermano mayor, observando que los niños emitían conductas similares a las del padre y las niñas utilizaban conductas de cuidado parecidas a las de la madre. De manera general, Stewart (1983) encontró que solo el 52% de los hermanos mayores actuaban como figura subsidiaria calmando y ofreciendo consuelo al hermano pequeño ante la marcha de la madre, en respuesta a la ansiedad que observaban en ellos. Resultados muy similares encontraron posteriormente Maldonado y Carrillo (2002) en población colombiana. Para entender este porcentaje tan bajo, Stewart y Marvin (1984) desarrollaron un estudio teniendo en cuenta el modelo teórico propuesto por Bowlby (1969) y desarrollado por Marvin (1977). Este modelo se centra en la atenuación del comportamiento de apego madre-hijo gracias al desarrollo de la habilidad para hacer inferencias no egocéntricas sobre el punto de vista de la madre (Bowlby, 1969). Desde este marco, los autores, Stewart y Marvin (1984), partieron de la hipótesis de que los cambios a nivel del desarrollo cognitivo-emocional de los hermanos mayores, en concreto, el desarrollo de la toma de perspectiva, podían ejercer un papel importante en la capacidad para actuar como una figura subsidiaria de apego para sus hermanos menores. Esto se debe a que, por un lado, esta capacidad permite poder inferir las emociones del otro y, por otro lado, cuando la madre observa esta capacidad en el mayor, establece con él un vínculo de compañerismo solicitándole ayuda en el cuidado del pequeño. Los resultados del estudio mostraron que un 51% de los hermanos mayores eran

cuidadores del hermano pequeño, de los cuales un 72% tenían la capacidad de tomar perspectiva. Por el contrario, un 64% del 49% que no fue clasificado como cuidador del hermano pequeño no mostraba habilidades en la toma de perspectiva. Por otra parte, se encontró que había una relación entre la capacidad de toma de perspectiva del hijo mayor y la solicitud de ayuda en el cuidado por parte de la madre. Concretamente, un 65% de las madres solicitó dicha ayuda, de las cuales un 81% correspondía al grupo de niños con toma de perspectiva.

Estudios posteriores rechazaron estos resultados señalando que el cuidado fraterno no estaba relacionado con la toma de perspectiva, sino con la toma de roles emocionales (Garner et al., 1994) y con el discurso de los estados internos que proporcionan las madres (Howe y Rinaldi, 2004). El desarrollo de la capacidad para el cuidado fraterno depende de las habilidades emocionales de los niños para entender las necesidades emocionales de los hermanos pequeños. Asimismo, el discurso de los estados internos maternos y los comentarios sobre el cuidado de los pequeños que proporcionan las madres, ayudan al hermano mayor a comprender y a anticipar las necesidades que pueda tener el pequeño ante la ausencia parental (Garner et al., 1994; Howe y Rinaldi, 2004). Otros autores estudiaron el temperamento de los niños como predictor del cuidado fraterno, encontrando que los hermanos mayores socialmente temerosos, intentaban más estrategias de cuidado para calmar el estrés de sus hermanos pequeños, dado que eran más sensibles a los afectos negativos de los otros. En contraposición, los niños con temperamento más propenso a la ira, además de no proporcionar cuidado, escapaban de la situación. Del mismo modo, el temperamento de los hermanos pequeños también parece ser significativo, puesto que, como señalan Volling et al. (2004), los niños con temperamento difícil de calmar y marcado por la ira, provocaban en sus hermanos mayores el uso de múltiples estrategias de cuidado.

En resumen, los estudios que han analizado el apego fraterno desde la conducta de apego observaron la existencia de este constructo en la dinámica de la interacción fraterna, aunque no encontraron resultados concluyentes acerca de los factores que determinan su desarrollo. La población a la que fueron dirigidos tenía entre 10 meses y 6 años. Como se observa en la Tabla 2, algunos lo estudiaron en ambas posiciones en la fratría y otros lo estudiaron observando la conducta del hermano mayor.

Sin embargo, aunque fueron muy escasos, hay estudios que se centraron en analizar el apego fraterno desde la representación mental del apego, cuyos métodos y resultados se exponen a continuación. En la Tabla 2 se puede observar que estos dos estudios estuvieron dirigidos a niños de entre 3 a 9 años y ambos estudiaron el apego fraterno únicamente desde la perspectiva del hermano pequeño.

Por un lado, Caya (2001) propuso una adaptación de las “Historias de apego a completar” (ASCT, Bretherton et al.,1990) para medir el apego fraterno en niños de 8 a 9 años. Su adaptación estaba formada por cuatro historias, de las cuales, las dos primeras medían específicamente la calidad de la relación fraterna y las otras dos evaluaban el potencial del hermano mayor para ser usado como figura de apego cuando los padres no estaban accesibles o no podían satisfacer las necesidades del niño. Se emplearon categorías de respuesta para evaluar las historias, dando como resultado dos clasificaciones finales de apego seguro e inseguro. En su estudio, el 67.2% de los hermanos pequeños fueron clasificados como apego seguro fraterno, mientras que el resto fue catalogado como apego inseguro. Al analizar el apego fraterno y la calidad de las relaciones entre hermanos, la autora encontró que los niños que mostraban una relación fraterna de apoyo representaban su relación con el hermano mayor como segura en las historias de apego.

Por otro lado, Troupel y Zaouche-Gaudron (2005) realizaron un estudio piloto en una muestra muy pequeña con el objetivo de construir una adaptación de las “Historias de apego a completar” de Bretherton et al. (1990). Gracias a ella, determinaron que en el apego fraterno también existen diferentes tipos en la línea con el modelo de Miljkovitch et al. (2003): apego seguro, apego desactivado o evitativo, apego ansioso o hiperactivado, apego desorganizado. Este estudio permitió que posteriormente, Troupel (2006) utilizara la prueba en una muestra más amplia donde los hermanos mayores tenían de 4 a 9 años y los pequeños de 3 a 4 años. Sus resultados indicaron que un 69% de los hermanos pequeños tenía un apego seguro con su hermano mayor y un 31% presentaba apego inseguro, de los cuales el 18% era hiperactivado, el 10% era desactivado y el 3% era desorganizado. Encontró diferencias en cuanto al género, observando que las fratrías mixtas presentaban más apego seguro (64%) que las fratrías de mismo género (36%). Concretamente, la configuración fraterna que reflejaba más apego seguro fue la fratría mixta compuesta por una hermana mayor y un hermano pequeño (40%). En cuanto a la diferencia de edad, las fratrías con una diferencia de 2 a 4 años fueron las que reflejaron más apego seguro (64%). En su estudio, la autora no encontró relaciones significativas entre el apego fraterno y las relaciones fraternas.

En conclusión, a pesar de que Caya (2001) observó que los hermanos con una relación marcada por el apoyo mostraban más apego fraterno seguro, los resultados de Troupel (2006) no pudieron concluir una relación entre ambos constructos. Por lo tanto, aunque podemos afirmar la existencia del apego fraterno, ya que todos los estudios han demostrado la existencia de hermanos mayores que son capaces de consolar, calmar y apoyar a los pequeños y actuar como base de seguridad permitiéndoles explorar el entorno, aún no se ha podido concluir qué aspectos determinan el desarrollo de un apego fraterno. Además, la escasez de instrumentos y el hecho de que los que miden la

representación del apego fraterno estén dirigidos solamente a la perspectiva del hermano pequeño, hacen que se evidencie la necesidad de construir un instrumento para niños mayores que tenga en cuenta ambas posiciones de la fratría.

4. Conclusiones teóricas y objetivos de la tesis doctoral

4. CONCLUSIONES TEÓRICAS Y OBJETIVOS DE LA TESIS DOCTORAL

Teniendo en cuenta todo lo que se ha expuesto en la primera parte de la tesis doctoral sobre la fundamentación teórica, se evidencia el rol importante que ejerce la relación fraterna en el desarrollo del niño. Son numerosos los estudios que se han llevado a cabo para analizar esta relación familiar y para estudiar los factores que marcan su naturaleza ambivalente.

A lo largo de esta primera parte, se han presentado las diferentes perspectivas de estudio de las relaciones fraternas. Se han presentado, en primer lugar, las aportaciones de la perspectiva estructural, la cual se centró en analizar el efecto de las variables estructurales sobre la personalidad del niño y sobre la calidad de las relaciones entre hermanos. Dado que sus resultados no fueron concluyentes y, en la mayoría de los casos, incluso fueron contradictorios, la investigación sobre las relaciones fraternas puso su foco de interés en la perspectiva interactiva que centró sus estudios en analizar el efecto de las relaciones fraternas en el desarrollo psicológico del niño encontrando diversos resultados que confirman el importante rol que ejercen los hermanos.

De manera más global y general, nos encontramos con otra corriente de estudio de las relaciones entre hermanos cuyo objetivo es comprender y describir las relaciones fraternas. Por ello, posteriormente se han abordado las diferentes aportaciones que han realizado las perspectivas vertical y horizontal respectivamente. En cuanto a la perspectiva vertical, se observa que, por un lado, los autores psicoanalíticos subrayan que la fratría marca su relación a través de la relación con las figuras parentales, señalando que las relaciones fraternas son dependientes de las relaciones parento-filiales. Como ya se ha mencionado, abordan algunos conceptos como el complejo fraterno, el vínculo fraterno y la rivalidad fraterna. Por otro lado, la teoría del apego continúa esta línea de

pensamiento aportando que el apego seguro impacta positivamente en las relaciones que mantienen los hijos, aunque solo han encontrado dicho efecto en la figura de la madre.

A pesar de que esta teoría aporta sus hallazgos a esta perspectiva vertical, se ha observado que junto con los psicólogos evolutivos o del desarrollo, también ha analizado las relaciones fraternas desde la perspectiva horizontal. Desde esta perspectiva, los diferentes autores han descrito las relaciones entre hermanos como una relación muy ambivalente donde aparecen diferentes sentimientos muy opuestos dentro de una relación marcada, al mismo tiempo, por una gran intensidad afectiva. Además, han señalado varias funciones dentro de la fratría como la del aprendizaje de los roles sociales, la sustitución parental y la del apego. Y es aquí donde la teoría del apego, la cual ha sufrido una evolución con el paso de los años, también contribuye al análisis desde la perspectiva horizontal, señalando la presencia de un tipo de apego denominado apego fraterno. Este constructo, poco abordado a nivel teórico y metodológico, ha sido estudiado tanto desde su conducta a través de estudios observacionales, como desde su representación mental. Observando que no todos los niños tienen la capacidad de actuar como figura subsidiaria de apego y mantener un apego fraterno con su hermano, los diferentes estudios han intentado comprender este constructo encontrando varios posibles factores que explicarían la presencia de un apego fraterno solo en algunos de ellos: la toma de perspectiva, las habilidades sociales y el discurso de los estados internos que ofrecen las madres a los hijos que permiten anticipar las necesidades de los hermanos y ajustarse a ellas. Por otro lado, en los escasos estudios que han abordado el apego fraterno desde la representación mental del apego, han puesto su foco de interés en analizar el efecto de las relaciones fraternas sobre el apego fraterno. A pesar de que se encontró que las relaciones de apoyo entre ellos favorecían un apego fraterno seguro, no se hallaron más resultados

que pudieran confirmar un efecto más global de las relaciones fraternas sobre este constructo.

En definitiva, a pesar de que se han obtenido resultados interesantes que explican este constructo, aún son escasos y es necesario continuar estudiándolo para comprender mejor su naturaleza y los factores que marcan su presencia y desarrollo. Dado que el apego parental no ha sido estudiado en relación al apego fraterno y teniendo en cuenta el modelo de Bowlby (1973) sobre los MOI, cabe esperar que el apego parental pueda desempeñar un efecto en este constructo. Por ello, el objetivo de esta tesis doctoral es analizar el efecto del apego parental en el apego fraterno a través de la calidad de las relaciones fraternas y, a su vez, analizar el posible efecto de variables estructurales de la fratría.

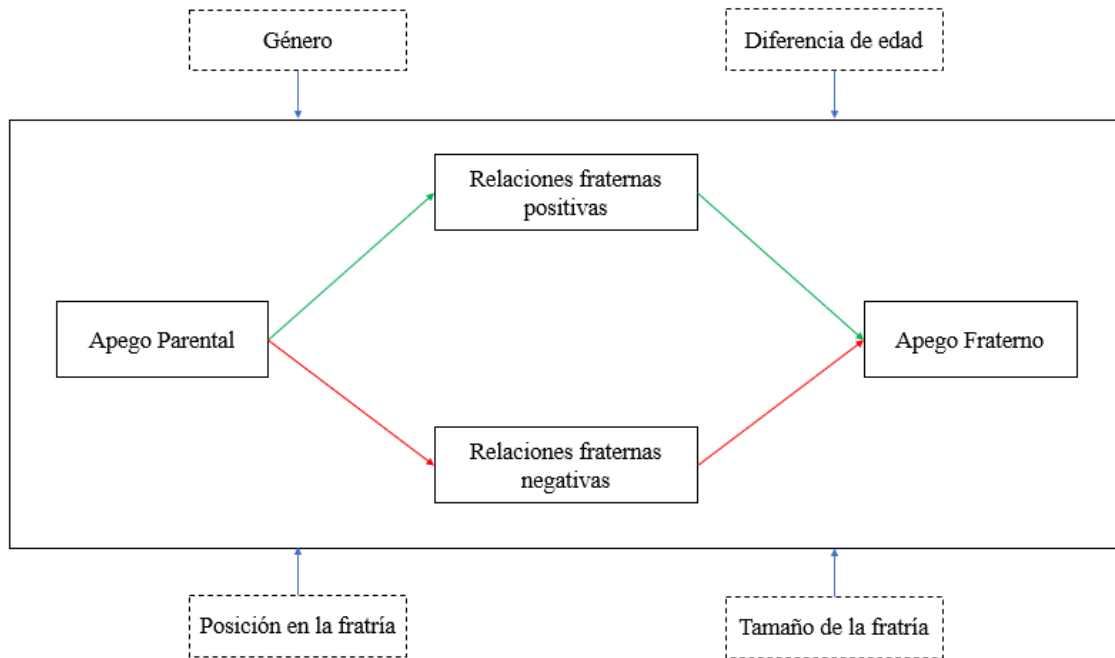
Por otro lado, dado que los estudios que han analizado la representación mental del apego se han centrado únicamente en la perspectiva del hermano pequeño y puesto que esta tesis doctoral pretende abordar estos objetivos en niños mayores de 10 a 12 años y en ambas posiciones de la fratría, se llevará a cabo un primer estudio con el objetivo de construir y validar una prueba para medir el apego fraterno en dicha población. A estas edades, las reacciones conductuales de apego dejan de manifestarse tan explícitamente como en etapas anteriores y las representaciones mentales de apego adquieren un papel central en la regulación emocional, por lo que es necesario emplear la metodología más utilizada para ello: las historias incompletas (Román, 2011). Por lo tanto, se propone un instrumento que continúe el trabajo iniciado por Troupel (2006) teniendo en cuenta, a su vez, la metodología de las Fábulas de Düss. Esto implica la construcción y validación de una prueba narrativa, de tipo proyectivo. La prueba será denominada Narrativas de Apego Fraterno (NAF). En este primer estudio, se propone un modelo explicativo del apego fraterno formado por cuatro dimensiones: Seguridad, Calma, Exploración y Protección.

Se espera encontrar que estas cuatro dimensiones estén relacionadas entre sí. Con el fin de hallar evidencias de la validez de criterio de este test, se espera encontrar relaciones entre las dimensiones del apego fraterno, el apego parental y la calidad de las relaciones fraternas: (1) relaciones positivas entre el apego fraterno y el apego parental, (2) relaciones positivas entre el apego fraterno y las relaciones fraternas marcadas por comportamientos positivos, y (3) relaciones negativas entre el apego fraterno y las relaciones fraternas marcadas por comportamientos negativos.

Finalmente, mediante el NAF, podrá llevarse a cabo el segundo estudio de esta tesis doctoral donde abordar el objetivo principal de la tesis, centrado en analizar el efecto del apego parental en el apego fraterno a través de la calidad de las relaciones fraternas y, a su vez, analizar el posible efecto de variables estructurales de la fratría. Se espera encontrar: (1) una relación positiva entre el apego parental y el apego fraterno a través de unas relaciones fraternas marcadas por comportamientos positivos; (2) una relación negativa entre el apego parental y el apego fraterno a través de unas relaciones fraternas marcadas por comportamientos negativos; y (3), al mismo tiempo, se espera encontrar un efecto moderador de las variables estructurales de la fratría en el modelo (género de la fratría, diferencia de edad entre hermanos, posición en la fratría y tamaño de la fratría). A continuación, se muestra, en resumen, el modelo propuesto con las hipótesis en la Figura 2.

Figura 2

Modelo hipotetizado en el Estudio 2



Nota: Las relaciones positivas esperadas se marcan en color verde, mientras que las relaciones negativas esperadas se marcan en color rojo. En color azul se muestra el posible efecto de las variables estructurales de la fraternidad sobre el modelo.

Estudios empíricos

Estudio 1:
Construcción y validación del test
Narrativas de Apego Fraterno (NAF)
para niños mayores

RESUMEN

El apego fraterno supone la capacidad del hermano mayor para actuar como figura subsidiaria de apego ante la ausencia de las figuras principales de apego. Se trata de un constructo poco abordado desde un punto de vista teórico y empírico. Este estudio tiene como objetivo construir y validar un instrumento de evaluación del apego fraterno a través de historias a completar al que se ha denominado Narrativas de Apego Fraternal (NAF), dirigido a niños de 10 a 12 años y a ambas posiciones de la fratría. El test se ha construido a través de dos fases: la primera, de tipo cualitativo, mediante la técnica Delphi y la fiabilidad interjueces; y la segunda, de tipo empírico, llevando a cabo un AFC y analizando la validez de criterio. El AFC arrojó una estructura significativa de dos dimensiones: Seguridad y Exploración. Si bien ambas dimensiones mostraron una fiabilidad y una validez de constructo adecuadas, la validez de criterio solo se consiguió en la dimensión de Seguridad, mostrando relaciones significativas con las variables de Confianza con la Madre y variables de la calidad de las relaciones entre hermanos. Es conveniente continuar el análisis de la dimensión de Exploración contemplando otros instrumentos que midan las variables de apego parental y relaciones entre hermanos, así como contemplar la posibilidad de incluir otras dimensiones que expliquen el apego fraterno.

Palabras clave: apego fraterno, evaluación del apego, relaciones fraternas, evaluación proyectiva, evaluación narrativa

Estudio 2:
Análisis de la mediación de las relaciones fraternas entre el apego parental y el apego fraterno

RESUMEN

A lo largo de los años, varias teorías han abordado los factores que influyen en la calidad de las relaciones fraternas. Desde la teoría del apego, se estudió el efecto del apego parental sobre ellas. Sin embargo, aunque se produjo una descentración de la monotropía del apego y se consideró a los hermanos como figuras subsidiarias de apego, hasta la fecha no se ha investigado el efecto del apego parental sobre el apego fraterno. Este estudio tiene como objetivo analizar la relación entre estos dos tipos de apego a través de la calidad de las relaciones fraternas y, al mismo tiempo, valorar el efecto moderador de variables estructurales en dicha relación. Para ello, se contó con 195 niños a los que se administraron pruebas que medían el apego fraterno (NAF), la seguridad parental (KSS) y la calidad de las relaciones fraternas (SRQ). Se encontraron diferencias significativas en la calidad de las relaciones entre hermanos y en el apego fraterno según la posición en la fratría y el tamaño de la fratría. La bondad de ajuste del modelo propuesto fue adecuada. El path analysis confirmó una relación entre la seguridad materna y el apego fraterno a través de unas relaciones cálidas entre hermanos. A través de los análisis multigrupo, teniendo en cuenta las variables estructurales, se halló que el modelo era invariante excepto en el caso de la diferencia de edad entre hermanos. Futuras investigaciones podrán ampliar el conocimiento en esta área analizando la figura del padre para comprender mejor su papel en las relaciones entre hermanos, así como continuar el estudio del apego fraterno.

Palabras clave: apego fraterno, apego parental, relaciones fraternas

Conclusiones finales

CONCLUSIONES FINALES

El objetivo principal de esta tesis doctoral ha sido estudiar el apego fraterno. Observando la escasez de estudios que han abordado este constructo desde un punto de vista teórico y metodológico, se decidió centrar la tesis en continuar su análisis teniendo en cuenta una variable que, hasta el momento, no había sido considerada: el apego parental. De esta forma, se planteó analizar la relación entre los dos tipos de apego: apego parental y apego fraterno. Para ello, se desarrollaron dos estudios: un primer estudio dirigido a construir y validar una prueba para medir la representación mental del apego fraterno en niños mayores, ya fueran hermanos mayores o pequeños; y un segundo estudio donde analizar la relación entre el apego parental y el apego fraterno, mediada por la calidad de las relaciones entre hermanos, así como valorar el posible efecto moderador de las variables estructurales de la fratría en dicha relación.

En el Estudio 1 se desarrolló y validó el test Narrativas de Apego Fraterno (NAF) a través de un análisis cualitativo, un acuerdo interjueces y un análisis cuantitativo posterior para obtener su validez. A modo de resumen, este estudio confirmó la presencia de dos dimensiones del apego fraterno: Seguridad y Exploración. En un inicio, se contempló incluir una tercera dimensión centrada en la Protección, pero tuvo que rechazarse por no obtener resultados psicométricos adecuados. A pesar de que los estudios clásicos sobre el apego parental siempre han señalado dos únicas dimensiones del apego: seguridad y exploración (Bowlby, 1969; Guedeney et al., 2021; Pierrehumbert, 2003; Román, 2010), la inclusión de la dimensión de Protección podría haber arrojado nuevos resultados interesantes de cara a comprender el apego fraterno en situaciones de peligro, conflicto o amenaza en contextos de exploración social, algo común entre las vivencias fraternas en el ámbito social. Sin embargo, es interesante observar algunas respuestas de los participantes donde encontramos que ante la historia que activaba esta

dimensión, pocos hermanos pequeños buscaban la protección en su hermano mayor. Algunos ejemplos fueron *“decirle a su hermano mayor que venga a ayudarlo con ese niño”*, *“pedirle a su hermano que le defienda”*. Por el contrario, la mayoría buscaba la protección en los padres, los cuales no están presentes en la escena conflictiva, pero sí aparecen en un segundo plano de la ilustración; o incluso buscaban la protección en otros adultos que no aparecen en la ilustración o en la historia, como observamos en uno de los casos. Algunos ejemplos fueron *“irá donde sus padres a decírselo”*, *“irá a la cafetería y les contará a sus padres todo lo ocurrido”*, *“decírselo a sus amigos e ir todos a decírselo a los padres para que lo solucionen”*, *“decírselo al encargado”*. Y, al mismo tiempo, la mayoría de los hermanos mayores mostraron en sus respuestas que, ante esta escena, en vez de ofrecer protección, también buscaban la ayuda de los padres o construían narrativas de protección basadas en el ataque físico hacia la amenaza, no ofreciendo de esa manera una protección adecuada hacia el hermano pequeño. Algunos ejemplos fueron *“dirá a los padres que un niño se burla de su hermana pequeña”*, *“llevará a su hermana pequeña donde sus padres y les contará lo que ha pasado”*, *“le dirá a ese niño que se pare y le dará una paliza”*. A pesar de esto, algunos hermanos mayores sí mostraron en sus respuestas la idea de proteger y defender, incluso observamos que un sujeto de los participantes nombró la idea de “solucionar” el problema. Algunos ejemplos fueron *“el hermano mayor defenderá a su hermana para que el niño no le haga daño”*, *“le dirá que ni se le ocurra volver a meterse con su hermana”*, *“le dirá que no haga lo que no le gustaría que le hicieran a él”*, *“defenderá a su hermana y le plantará cara a ese niño”*, *“intentará solucionarlo”*. En resumen, esto parece indicar que la protección está más depositada en la figura de los adultos y parece poco sustituible. Además, podríamos hipotetizar que los hermanos mayores, a estas edades, pueden tener dificultades para ofrecer una protección adecuada y tranquila, o incluso verse poco capaces de ello; y los

hermanos pequeños pueden no contemplarla en sus hermanos mayores, ya que perciben las dificultades de éstos y colocan el rol protector en los adultos.

En general, tanto los hermanos mayores como los pequeños han mostrado más apego fraterno en las escenas que miden la ayuda, el consuelo, el acompañamiento y la regulación emocional. Algunos ejemplos de los hermanos mayores ante la Historia 1, que muestra el miedo de la hermana pequeña ante un ruido oído antes de dormirse, fueron: *“mirará el armario y la consolará para que esté tranquila y se duerma”*, *“tranquilizará a su hermana pequeña diciéndole que no hay nada dentro del armario”*. Incluso también aparecen respuestas que repiten y emulan la manera de hacer de los padres, con el fin de calmar la angustia del pequeño *“le dirá que no hay nada en el armario y le contará un cuento para que se duerma”*, *“le dirá que los monstruos no existen y si la hermana pequeña aún tiene miedo, le abrirá el armario para que no se asuste y se tranquilice”*, *“le leerá un cuento para que se sienta mejor y ya no tenga miedo”*. En cuanto a los hermanos pequeños, algunos ejemplos de sus respuestas fueron: *“pedirle ayuda a su hermana mayor, porque tiene miedo y así ella puede ayudarla a superarlo”*, *“se tapará con la manta y le pedirá a su hermana que mire dentro para estar tranquila”*, *“irá a abrazar a su hermana mayor porque tiene miedo”*. En la Historia 2, que muestra la llegada a un nuevo colegio y el llanto del hermano pequeño por separarse de su hermano mayor, algunas de las respuestas que muestran apego fraterno desde la perspectiva del mayor fueron: *“acompañará a su hermano pequeño a su clase y le limpiará la cara”*, *“hará todo lo posible para consolar a su hermano pequeño para que no esté triste”*, *“decirle a su hermano pequeño que se verán a la hora de comer o cuando terminen las clases, que en unas horas volverán a estar juntos”*, *“le acompañará a su aula para que no tenga miedo y deje de llorar”*. También encontramos algunas respuestas de hermanos mayores que animan al hermano pequeño a socializar y a explorar, con el deseo de calmar la angustia

de éste: *“le dirá que va a hacer muchos amigos en clase y que no se preocupe porque se lo va a pasar muy bien”*. Por último, en cuanto a los hermanos pequeños, algunos ejemplos de sus respuestas fueron: *“pedirle a su hermano mayor que le acompañe hasta la puerta”*, *“se agarrará fuerte de la mano de su hermano mayor y le pedirá que le acompañe hasta su clase”*, *“abrazará a su hermano”*. Por lo tanto, esto parece indicar que, efectivamente, el hermano mayor, a estas edades, no parece ser capaz de sustituir la función de apego de las figuras parentales en situaciones de necesidad de protección; sin embargo, en algunos casos sí parece mostrarla en situaciones de ayuda, de consuelo y de regulación emocional.

En cuanto al análisis del NAF, a pesar de que ambas dimensiones (Seguridad y Exploración) mantuvieron un nivel de fiabilidad y una validez de constructo adecuados, la validez concurrente, es decir, su relación con el resto de variables del estudio (Seguridad Parental y Calidad de las Relaciones Fraternas), solo se mantuvo en el caso de la Seguridad Fraterna. Si bien es cierto, al igual que los estudios de Stewart (1983) y Troupel (2006), en nuestra muestra, los niños mostraron mayor activación del sistema de exploración en comparación al sistema de seguridad.

Por todo ello, este primer estudio proporcionó un instrumento con características apropiadas y novedosas para medir el constructo de apego fraterno. Sin embargo, deben continuarse los estudios con esta prueba. Se trata del primer instrumento que mide la representación mental del apego fraterno contemplando las dos posiciones de la fratría y las dos dimensiones del apego para niños con estas edades. Además, al tratarse de un test proyectivo, ofrece unos resultados de respuestas más libres y más propias de cada uno de los participantes, lo cual sería más difícil de obtener a través de instrumentos de autoinforme que ofrecen únicamente respuestas cerradas y cuantitativas. No obstante, es necesario continuar su investigación para ampliar mayores datos acerca de la dimensión

de Exploración. Si bien el estudio demostró la fuerza de la dimensión de Seguridad, la Exploración no parece tener efecto en el resto de las variables estudiadas. Hay que tener en cuenta que esas variables son cualitativamente distintas y que los instrumentos que se utilizaron para analizar la validez de criterio no ofrecen información respecto al sistema de exploración, sino que miden aspectos de las relaciones parento-filiales y de las relaciones fraternas más cercanas a la dimensión de Seguridad del apego fraterno. Además, podríamos hipotetizar que la Exploración puede estar actuando de manera indirecta sobre la Seguridad, puesto que ambas dimensiones del NAF están relacionadas. Por lo tanto, serán necesarios futuros estudios que puedan continuar su análisis e incluso contemplar la posibilidad de identificar otras dimensiones relevantes en el apego fraterno.

En el Estudio 2, nuestro interés residió en analizar la relación entre el apego parental y el apego fraterno, estudiando, por un lado, el efecto mediador de la calidad de las relaciones fraternas; y, por otro lado, el efecto moderador de variables estructurales. El modelo analizado y los resultados obtenidos ofrecieron importantes conclusiones que han contribuido a una mayor comprensión del apego fraterno y el papel que ejercen los padres y madres en su desarrollo.

Los resultados identificaron dos conclusiones relevantes que apoyan las ideas señaladas por la perspectiva vertical en el estudio de las relaciones entre hermanos: por un lado, el modelo muestra que la madre activa la Seguridad Fraterna en los hijos, a través de unas relaciones cálidas entre hermanos, y a su vez, predice la calidad de las relaciones fraternas provocando que sean más cuidadoras y menos conflictivas, tal y como ya se había señalado en estudios anteriores. Por otro lado, el modelo subraya la relación entre la Seguridad con la madre y la Seguridad con el padre, mostrando que se trata de dos aspectos interdependientes del apego parental para los niños. Es decir, la seguridad hacia la madre depende de la seguridad desarrollada hacia el padre y viceversa. Este dato es

importante a tener en cuenta, ya que, aunque la seguridad con el padre no parece activar directamente el apego fraterno o la calidad de las relaciones entre hermanos, tal y como muestran los resultados de nuestro modelo obtenido, sí parece actuar de manera indirecta o subsidiaria con la seguridad hacia la madre.

Posteriormente, se estudió el papel que ejercen las variables estructurales sobre el apego fraterno y la calidad de las relaciones entre hermanos. Nuestros resultados indicaron que, en general, salvo escasas excepciones, el género y la diferencia de edad entre hermanos no determina la presencia de apego fraterno. Por contraposición, tanto la posición en la fratría, como el tamaño de la fratría, mostraron un efecto sobre el apego fraterno y en menor medida sobre la calidad de las relaciones entre hermanos. Los resultados indicaron que los hermanos mayores presentaban más Seguridad Fraternal que los pequeños y percibían relaciones más cálidas y cercanas. Por su parte, los niños que tienen solo un hermano también presentaban más Seguridad Fraternal que los niños que pertenecen a fratrias más amplias. Aunque estos resultados no siguieron la línea de Stewart (1983) y Troupel (2006), resulta difícil contrastarlos, ya que la edad de los participantes y las técnicas de evaluación empleadas fueron diferentes.

Siguiendo el análisis de las variables estructurales, nos interesamos por su efecto moderador en el modelo explicativo que habíamos obtenido. Los resultados solo mostraron variabilidad en el caso de la diferencia de edad, indicando que la Seguridad con el Padre aumenta cuando hay un alto Conflicto entre hermanos solo cuando hay una diferencia mediana de edad (de 3 a 5 años). Estos resultados no coinciden con estudios anteriores, por lo que deben ser interpretados con cautela. No obstante, podemos reflexionar sobre ellos teniendo en cuenta la teoría psicoanalítica. Hay que tener en cuenta que estos niños fueron destronados (en el caso de los mayores) o nacieron (en el caso de los pequeños) en plena etapa edípica del mayor. Por ello, hay que contemplar lo que ya

señaló Freud (1916/2011) acerca del desplazamiento del complejo de Edipo a la rivalidad fraterna. Este movimiento supone una forma de reparar y buscar otros objetos hacia los que poder proyectar pulsiones agresivas, siendo algo más tolerable para el niño y menos punitivo que el Edipo. Por lo tanto, podríamos hipotetizar que cabe la posibilidad de que muchos niños desplacen su rivalidad edípica hacia una relación conflictiva con los hermanos, reparando así la relación con su padre. Por otro lado, los resultados del modelo también mostraron que el Conflicto entre hermanos y la Seguridad Fraterna están positivamente relacionados cuando hay una diferencia mediana de edad (de 3 a 5 años). Todo parece indicar que los hermanos que tienen esta diferencia de edad mantienen relaciones muy ambivalentes y muy intensas, tanto en calidez como en hostilidad. Retomando lo aportado por Freud (1916/2011) y señalando de nuevo en qué momento evolutivo nace la fratría, es comprensible que dichas relaciones sean más complejas.

Gracias a este segundo estudio, podemos concluir que la percepción de seguridad hacia la madre predice un apego fraterno a través de unas relaciones cálidas y cercanas entre hermanos. Sin embargo, los resultados también indican que, al igual que los hallazgos sobre el apego paterno, el apego fraterno supone un tipo de apego subsidiario al apego con la figura materna. Supone un apego complementario, sustituto y temporal, que actúa cuando la figura de referencia no está disponible o cuando los hermanos no presentan una excesiva angustia. En los análisis cualitativos del NAF ya observamos que algunos niños podían representar un hermano mayor como figura subsidiaria de apego que calma, protege o consuela; pero otros muchos no lo hicieron y lo depositaron en las figuras adultas. Por lo tanto, estos resultados seguirían apoyando los hallazgos clásicos de las jerarquías en el apego (Ainsworth et al., 1978; Cantón y Cortés, 2000). La figura del padre, en concreto, parece no ser tan relevante en este estudio, en cuanto a su efecto directo sobre la fratría. Sin embargo, teniendo en cuenta lo reflexionado por autores

anteriores (Paquette, 2004; Zaouche-Gaudron, 2010), sería conveniente evaluarlo desde una perspectiva diferente a la madre, ya que no son unas figuras equivalentes en el apego, ni actúan de la misma manera sobre los hijos.

Es necesario mencionar que esta tesis tiene varias limitaciones que deben tenerse en cuenta para estas conclusiones y para futuras investigaciones. En primer lugar, convendría incrementar el número de participantes, contemplando otras poblaciones y otras realidades sociales que repercuten directamente en la realidad familiar de los niños como, por ejemplo, aumentar la participación de hermanos procedentes de familias separadas, viudas, con menores niveles económicos o en exclusión social. De esta forma, podrá estudiarse el papel del apego fraterno en situaciones estresantes y así poder comprobar si supone un factor de protección para la situación psicológica y familiar de los niños.

En segundo lugar, es importante tener en cuenta que los resultados que se han encontrado en esta tesis sobre la Rivalidad deben ser interpretados con cautela. La dimensión de Rivalidad del SRQ de Furman y Buhrmester (1985, validada en muestra española por Merino, 2014) mide la percepción que tienen los niños sobre la parcialidad parental en cuanto a la cantidad de atención recibida, el trato recibido o el favoritismo percibido, es decir, en cuanto a la percepción del tratamiento diferencial por parte de los padres. Es cierto que son aspectos relacionados con el constructo de rivalidad; sin embargo, consideramos que la Rivalidad es algo más complejo y que despierta aspectos emocionales que no pueden ser reflejados fácilmente desde la percepción o desde el plano consciente. Por este motivo, sería interesante utilizar test proyectivos como el test Pata Negra (Corman, 1981) que aportan datos desde el plano inconsciente y que permiten conocer la presencia de una rivalidad fraterna encubierta que difícilmente aparecería en instrumentos de autoinforme.

Por último, en tercer lugar, hay que tener en cuenta que los instrumentos que se han empleado en esta tesis para medir las diferentes variables activan diferentes estados de la conciencia del sujeto que responde. Por un lado, para medir el apego parental y la calidad de las relaciones entre hermanos, se han utilizado instrumentos de autoinforme a los que se responde desde el plano consciente; mientras que para el apego fraterno se ha desarrollado un instrumento proyectivo que activa respuestas inconscientes a través de la proyección del sujeto. Sería conveniente que futuras líneas de investigación puedan estudiar también el apego parental a través de pruebas narrativas o proyectivas para observar cómo actúa la representación mental de la madre y del padre sobre la representación mental del apego fraterno. El empleo de estas pruebas permitirá obtener información de los MOI y, de esta forma, se podrán analizar las variables, no tanto desde la percepción o desde la conducta, sino desde la representación mental, accediendo al mismo tiempo a respuestas inconscientes que este tipo de pruebas puede ofrecer y que enriquecen los resultados obtenidos. De esta forma, quizás podría comprenderse mejor cómo actúa el padre y qué papel tiene sobre la fraternidad.

De manera más específica en cuanto al estudio de las relaciones fraternas y el apego fraterno, podría resultar interesante incluir, en futuros estudios, fraternidades completas, es decir, estudiar a todos los hermanos de una misma fraternidad. Sería interesante contrastar los resultados de esta tesis con futuras investigaciones que estudien a los hermanos de una misma familia para poder entender mejor cómo actúa el apego fraterno según la perspectiva desde dónde se mida. No es lo mismo ofrecer ayuda y ofrecer consuelo, que tener la expectativa de poder ser calmado o incluso de conseguir ser calmado. Además, sería interesante observar si estas perspectivas son interdependientes. A priori, parece esperable que los hermanos pequeños puedan tener la expectativa de ser calmados por sus hermanos mayores en ausencia de sus padres, si los mayores pueden ejercer como figura

subsidiaria de apego. De igual modo, los hermanos mayores podrán ejercer como dicha figura si los pequeños se lo permiten y si esperan ser calmados o consolados por ellos. En cualquier caso, esto permitiría acercarnos más a la realidad y a la dinámica familiar para poder comprender mejor las relaciones entre los diferentes tipos de apegos familiares.

Finalmente, esta tesis subraya el papel relevante de los padres en la construcción de la relación fraterna. Por lo tanto, también sería interesante que los padres pudieran participar en estos estudios con el fin de contemplar otras variables parentales que puedan arrojar más información al papel que ejercen en la fratría. Esto supone continuar apoyando la perspectiva vertical en el estudio de las relaciones entre hermanos, que ya señalaba la teoría psicoanalítica. A pesar de la naturaleza ambivalente de las relaciones fraternas, algo inherente a la fratría, los padres determinan la calidad de las relaciones entre los hijos. Gracias a este estudio, podemos concluir, de forma muy concreta, que la seguridad materna es una de las variables que predice la calidad de las relaciones fraternas. Sin embargo, es muy probable que haya muchas más variables parentales que jueguen un papel decisivo en la fratría. Si durante el periodo perinatal del primogénito, los padres ya realizan un movimiento regresivo reviviendo su pasado y sus relaciones precoces con sus propios padres (Nanzer y Palacio Espasa, 2012), cabe esperar que vuelva a suceder este movimiento en ellos con la llegada del segundo hijo. De hecho, durante las diferentes etapas del desarrollo del niño cuando crece (etapa edípica, latencia, adolescencia), se reactivan en los padres elementos intrapsíquicos insuficientemente elaborados de sus relaciones durante estas etapas (Nanzer y Palacio Espasa, 2012). Por lo tanto, es probable que, ante la llegada del segundo hijo, y, por ende, ante el nacimiento de la fratría, se reactiven en los padres sentimientos de sí mismos como hijos y como hermanos, o vivencias fraternas en relación con sus propios padres que proyecten inconscientemente en sus hijos afectando a su relación fraterna.

Por todo ello, resulta interesante continuar el estudio de las relaciones fraternas, por su papel en el desarrollo psicológico y social de los niños, y del apego fraterno, por tratarse de un constructo poco investigado y que amplía el conocimiento sobre las relaciones entre hermanos. Pero adicionalmente, resultaría relevante continuar este estudio, incorporando el papel de los padres sobre la fratría, con sus proyecciones y con los roles diferentes que ejercen en la crianza, con el fin de comprender mejor la dinámica compleja de las relaciones en la familia.

Referencias

REFERENCIAS

- Adler, A. (1928). Characteristics of the first, second and third child. *Children*, 3, 14.
- Adler, A. (2000). *El sentido de la vida*. Ahimsa (Obra publicada en 1931).
- Adler, A. (1984). *El conocimiento del hombre*. Espasa (Obra publicada en 1927).
- Ainsworth, M. D. S. (1967). *Infancy in Uganda: infant care and the growth of love*. Johns Hopkins Press.
- Ainsworth, M. D. S. (1989). Entretien sur la théorie de l'attachement. *Les cahiers de CERFEE*, 2, 7-27.
- Ainsworth, M. D. S., Blehar, M. C., Waters, E. y Wall, S. (1978). *Patterns of attachment: A psychological study of the strange situation*. Lawrence Erlbaum Associates.
- Ainsworth, M. D. S. y Witting, B. A. (1969). Attachment and exploratory behavior of one-year olds in a strange situation. En B. M. Foss (Ed.), *Determinants of infant behavior* (Vol. 4). Wiley.
- Almodovar, J. P. (1981). Les expériences fraternelles dans le développement de l'enfant. En M. Soulé (Ed.), *Frères et soeurs* (pp. 29-43). ESF.
- Almodovar, J. P. (1996). Les expériences fraternelles, un champ conceptuel à investir. *Génération*, 8, 14-34.
- Angel, S. (1996). *Des frères et des soeurs: les liens complexes de la fraternité*. Dunod.
- Angel, S. (2004). La fratrie, des liens indestructibles. *Cahiers Critiques de Thérapie Familiale et de Pratiques de Réseaux*, 32(1), 35-48.
- Arbuckle, J. L. (2014). Amos (Version 23.0) [Computer Program]. IBM SPSS.

- Arnaud, M. (2003). Forme de résilience dans le groupe fraternel. *Le Divan Familial*, 10(1), 123-131. DOI: 10.3917/difa.010.0123.
- Arranz, E. (1989). *Psicología de las relaciones fraternas*. Herder.
- Arranz, E., Olabarrieta, F., Yenes, F. y Martín, J. L. (2001). Percepciones de las relaciones entre hermanos/as en niños/as de ocho y once años. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 54(3), 425-441.
- Arranz, E., Yenes, F., Olabarrieta, F. y Martín, J. L. (2001). Relaciones entre hermanos/as y desarrollo psicológico en escolares. *Infancia y Aprendizaje*, 24(3), 361-377.
- Azmitia, M. y Hesser, J. (1993). Why siblings are important agents of cognitive development: A comparison of siblings and peers. *Child Development*, 64, 430-444.
- Bachs, J. (1995). *El test Patanegra: Teoría, Técnica y Clínica*. Comunicación en el XIV Congreso Internacional de Rorschach y Métodos Proyectivos. Lisboa, Portugal.
- Baudouin, C. (1954). *L'âme enfantine et la psychanalyse*. Delachaux et Niestlé.
- Bakermans-Kranenburg, M. J., van IJzendoorn, M. H. y Juffer, F. (2003). Less is more: Meta-analyses of sensitivity and attachment interventions in early childhood. *Psychological Bulletin*, 129(2), 195–215. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.129.2.195>.
- Badger, J. y Reddy, P. (2009). The effects of birth order on personality traits and feelings of academic sibling rivalry. *Psychology Teaching Review*, 15(1), 45-54.
- Bergler, E. (1959). *La neurosis básica: La regresión oral y el masoquismo psíquico*. Hormé.

- Benghozi, P. (2000). L'intérêt clinique du lien de fratrie, ou le contenant fratrie comme étayage du lien généalogique. *Dialogue*, 150, 105-121.
- Bigelow, A. E., MacLean, K., Proctor, J., Myatt, T., Gillis, R. y Power, M. (2010). Maternal sensitivity throughout infancy: Continuity and relation to attachment security. *Infant Behavior and Development*, 33, 50-60.
- Bollen, K. A. (1989). *Structural equations with latent variables*. John Wiley & Sons. <https://doi.org/10.1002/9781118619179>.
- Bosso, R. (1985). *Attachment quality and sibling relations: Responses of anxiously/avoidant and securely attached 18-to 32-months-old firstborns toward their second-born siblings*. [Tesis doctoral]. University of Toronto.
- Bourguignon, O. (1999). Le fraternel. En O. Bourguignon (Ed), *Le fraternel* (pp. 7-80). Dunod.
- Bourhaba, S. (2004). Singularité et multiplicité des relations fraternelles. Voyage en terre fraternelle. *Cahiers Critiques de Thérapie Familiale et de Pratiques de Réseaux*, 32(1), 23-33.
- Bowlby, J. (1944). Forty-four juvenile thieves: their characters and home-life. *The International Journal of Psychoanalysis*, 25, 19–53.
- Bowlby, J. (1958). The nature of the child's tie to his mother. *International Journal of Psycho-Analysis*, 39, 350-373.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and Loss: Vol. 1: Attachment*. Basic Books.
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and loss. Vol. 2: Separation: Anxiety and anger*. Basic Books.

- Bowlby, J. (1980). *Attachment and Loss. Vol. 3: Loss, Sadness and Depression*. Basic Books.
- Braconnier, A. (1999). Ma soeur est anorexique. *Enfance et Psy*, 9, 102-111.
- Bretherton, I. (1985). Attachment theory: Retrospect and prospect. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 50(1-2), 3-35. Doi: 10.2307/3333824
- Bretherton, I., Ridgeway, D. y Cassidy, J. (1990). Assessing internal working models of the attachment relationship: An attachment story completion task for 3-year-olds. En M. T. Greenberg, D. Cicchetti y E. M. Cummings (Eds.), *Attachment in the preschool years: Theory, research, and intervention* (pp. 273-308). University of Chicago Press.
- Brown, J. R. y Dunn, J. (1992). Talk with your mother or your sibling? Developmental changes in early family conversations about feelings. *Child Development*, 63, 336-349.
- Brunori, L. (1999). Le groupe fraternel. *Enfance et Psy*, 9, 16-23.
- Bryant, B. K. y Crockenberg, S. B. (1980). Correlates and dimensions of prosocial behavior: A study of female siblings with their mothers. *Child Development*, 51, 529-544.
- Buhrmester, D. (1992). The developmental courses of sibling and peer relationships. En F. Boer y Dunn (Eds.), *Children's sibling relationships: Developmental and clinical issues*. Erlbaum.
- Buhrmester, D., y Furman, W. (1990). Perceptions of sibling relationships during middle childhood and adolescence. *Child Development*, 61, 1387-1398.

- Cahn, P. (1962). *La relation fraternelle chez l'enfant*. PUF.
- Caillé, P. (2004). Fratries sans fraternité. *Cahiers Critiques de Thérapie Familiale et de Pratiques de Réseaux*, 32(1), 11-22.
- Camdessus, B. (1998). *La fratrie méconnue: Liens du sang, liens du coeur*. ESF.
- Cantón, J. y Cortés, M. R. (2000). *El apego del niño a sus cuidadores*. Alianza Editorial.
- Caya, M. L. (2001). *Sibling support and sibling attachment: Promoting the adjustment of children in high-conflict families*. [Tesis doctoral]. University of Massachusetts.
- Cicirelli, V. G. (1982). Sibling influence throughout the lifespan. En M. E. Lamb y B. Sutton-Smith (Eds.), *Sibling relationships: Their nature and significance across the lifespan* (pp. 267-284). Lawrence Erlbaum Associates.
- Cohen, J. (1998). *Statistical power analysis for the behavioral sciences*. (2ª ed.). Erlbaum Hillsdale.
- Coldwell, J., Pike, A. y Dunn, J. (2008). Maternal differential treatment and child adjustment: A multi-informant approach. *Social Development*, 17(3), 596-612.
- Conger, K. J. y Conger, R. D. (1996). Sibling relationships. En R. Simons (Ed.), *Understanding differences between divorced and intact families*. Sage.
- Corman, L. (1981). *El Test PN. Manual Primero*. Herder.
- Corman, L. (1974). *Psicopatología de la rivalidad fraterna*. Herder.
- Coutu, S., Provost, M. y Pelletier, D. (1996). Relation mère-enfant et qualité des interactions fraternelles chez des enfants d'âge préscolaire. *Revue Canadienne des Sciences du Comportement*, 28(1), 1-11.

- Crittenden, P. M. (1990). Internal representational models of attachment relationships. *Infant Mental Health Journal*, 11(3), 259–277. [https://doi.org/10.1002/1097-0355\(199023\)11:3<259::AID-IMHJ2280110308>3.0.CO;2-J](https://doi.org/10.1002/1097-0355(199023)11:3<259::AID-IMHJ2280110308>3.0.CO;2-J)
- Dalloz, D. (2003). *Los celos*. Ediciones Internacionales Universitarias.
- De Wolff, M. y van IJzendoorn, M. H. (1997). Sensitivity and attachment: A meta-analysis on parental antecedents of infant attachment. *Child Development*, 68(4), 571–591. <https://doi.org/10.2307/1132107>
- DiStefano, C., Liu, J., Jiang, N. y Shi, D. (2018). Examination of the weighted root mean square residual: Evidence for trustworthiness? *Structural Equation Modeling*, 25(3), 453–466.
- Dolto, F. (1947). Hypothèse nouvelle concernant les réactions dites de jalousie à la naissance d'un puîné. *Psyché – Revue Internationale de Psychanalyse et des Sciences de l'Homme*, 7, 524-530.
- Dunn, J. (1993). *Young children's close relationships: Beyond attachment*. Sage.
- Dunn, J., Brown, J., Slomkowski, C., Tesla, C. y Youngblade, L. (1991). Young children's understanding of other people's feelings and beliefs: Individual differences and their antecedents. *Child Development*, 62, 1352-1366.
- Dunn, J. y Kendrick, C. (1986). *Hermanos y hermanas: Amor, envidia y comprensión*. Alianza-Psicología.
- Dunn, J. y Munn, P. (1987). Development of justification in disputes with mother and sibling. *Developmental Psychology*, 23(6), 791–798.

- Dunn, J., Slomkowski, C. y Beardsall, L. (1994a). Sibling relationships from the preschool period through childhood and early adolescence. *Developmental Psychology*, 30(3), 315-324.
- Dunn, J., Slomkowski, C., Beardsall, L. y Rende, R. (1994b). Adjustment in middle childhood and early adolescence: Links with earlier and contemporary sibling relationships. *Child Psychology and Psychiatry and Allied Disciplines*, 35(3), 491-504.
- Espiau, G. y Beaumatin, A. (2003). Rôle de la fratrie dans la socialisation de l'enfant. En M. de Léonardis, H. Féchant, Y. Prêteur, V. Rouyer, C. Zaouche-Gaudron (Dirs.). *L'enfant dans le lien social* (pp. 113-117). Erès. <https://doi.org/10.3917/eres.zaouc.2003.01.0113>
- Farnfield, S. (2009). A modified Strange Situation Procedure for use in assessing sibling relationships and their attachment to carers. *Adoption and Fostering*, 33(1), 4-17.
- Fonagy, P. (2004). *Teoría del apego y psicoanálisis*. Espaxs.
- Fonagy, P., Steele, M., Steele, H., Higgitt, A. y Target, M. (1994). Theory and practice of resilience. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 35, 231-257.
- Fonagy, P. y Target, M. (1997). Attachment and reflective function: Their role in self-organization. *Development and Psychopathology*, 9(4), 679-700. <https://doi.org/10.1017/S0954579497001399>
- Freiberg Hoffmann, A., Stover, J. B., De la Iglesia, G. y Fernández Liporace, M. (2013). Correlaciones policóricas y tetracóricas en estudios factoriales exploratorios y confirmatorios. *Ciencias Psicológicas*, 7(2), 151-164.

- Freud, S. (2018). *La interpretación de los sueños* (vol. 1). Amorrortu. (Obra publicada en 1900)
- Freud, S. (2011). *Introducción al Psicoanálisis*. Alianza. (Obra publicada en 1916).
- Furman, W. y Buhrmester, D. (1985). Children's perceptions of the qualities of sibling relationships. *Child Development*, 56, 448-461.
- Garner, P. W., Jones, D. C. y Palmer, D. J. (1994). Social cognitive correlates of preschool children's sibling caregiving behavior. *Developmental Psychology*, 30(6), 905–911. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.30.6.905>
- Goetting, A. (1986). The developmental tasks of siblingship over the life cycle. *Journal of Marriage and Family*, 48(4), 703-714.
- Grossmann, K. E. y Grossmann, K. (1998). Développement de l'attachement et adaptation psychologique du berceau au tombeau. *Enfance*, 3, 3-12.
- Grossmann, K., Grossmann, K. E., Fremmer-Bombik, E., Kindler, H., Scheurer-Englich, H. y Zimmermann, P. (2002). The uniqueness of the child-father attachment relationship: fathers' sensitive and challenging play as a pivotal variable in a 16-year longitudinal study. *Social Development*, 11(3), 3-12.
- Guedeney, A., Guedeney, N., y Tereno, S. (2021). *L'attachement: approche théorique et évaluation*. Elsevier Masson.
- Guest, G., Bunce, A., y Johnson, L. (2006). How many interviews are enough? An experiment with data saturation and variability. *Field Methods*, 18(1), 59-82.
- Hair, J., Black, W., Babin, B. y Anderson, R. (2014). *Multivariate data analysis*. Pearson Education Limited.

- Harris, J. R. (1999). *El mito de la educación. Por qué los padres pueden influir muy poco en sus hijos*. Grijalbo.
- Harter, S. (1982). The perceived competence scale for children. *Child Development*, 53(1),87–97.
- Howe, D. (2005). *Child abuse and neglect: Attachment, development, and intervention*. Palgrave Macmillan.
- Howe, N. y Rinaldi, C. M. (2004). “You be the big sister”: Maternal-preschooler internal state discourse, perspective-taking and sibling caretaking. *Infant and Child Development*, 13, 217-234.
- Howe, N., Rinaldi, C. M., Jennings, M. y Petrakos, H. (2002). “No! The lambs can stay out because they got cozies”: Constructive and destructive sibling conflict, pretend play, and social understanding. *Child Development*, 73(5), 1460-1473.
- Hu, L. T. y Bentler, P. M. (1999). Cutoff criteria for fit indexes in covariance structure analysis: Conventional criteria versus new alternatives. *Structural Equation Modeling*, 6(1), 1–55.
- Hurwitz, S. C. (2002). To be successful--let them play! (For Parents Particularly). *Childhood Education*, 79(2), 101-103.
- Jeammet, N. (2000). Échecs et reprises du projet fraternal dans la Genèse. *Journal de la Psychanalyse de l'Enfant*, 27, 27-45.
- Jenkins, J. (1992). Sibling relationships in disharmonious homes: Potential difficulties and protective effects. En F. Boer y J. Dunn (Eds.), *Children's sibling relationships: Developmental and clinical issues*. Erlbaum.

- Jenkins, J. M. y Astington, J. W. (1996). Cognitive factors and family structure associated with theory of mind development in young children. *Developmental Psychology*, 32(1), 70-78.
- Jenkins, J., Rasbash, J., Leckie, G., Gass, K. y Dunn, J. (2012). The role of maternal factors in sibling relationship quality: A multilevel study of multiple dyads per family. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 53(6), 622-629.
- Kaës, R. (2003). Le complexe et le lien fraternel. *Le Divan Familial*, 10(1), 11-17.
- Kaës, R. (2008). *Le complexe fraternel*. Dunod.
- Kancyper, L. (1995). Complejo fraterno y complejo de Edipo. *Revista de Psicoanálisis*, 52(3), 675-690.
- Kancyper, L. (2004). *El complejo fraterno*. Lumen.
- Karos, L. K., Howe, N. y Aquan-Assee, J. (2007). Reciprocal and complementary sibling interactions, relationship quality and socio-emotional problem solving. *Infant and Child Development*, 16, 577-596.
- Kennedy, M., Betts, L. R. y Underwood, J. D. M. (2014). Moving beyond the mother-child dyad: Exploring the link between maternal sensitivity and siblings' attachment styles. *The Journal of Genetic Psychology: Research and Theory on Human Development*, 175(4), 287-300.
<https://doi.org/10.1080/00221325.2014.885879>
- Kerns, K. A., Klepac, L., y Cole, A. (1996). Peer relationships and preadolescents' perceptions of security in the child-mother relationship. *Developmental Psychology*, 32(3), 457.

- Klein, M. (1988). *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Paidós (Obra publicada en 1957).
- Kline, R. B. (2005). *Principles and practice of structural equation modeling* (2nd Ed.). Guilford Press.
- Kolak, A. M. y Volling, B. L. (2013). Coparenting moderates the association between firstborn children's temperament and problem behavior across the transition to siblinghood. *Journal of Family Psychology*, 27(3), 355-364.
- Kramer, L. y Gottman, J. M. (1992). Becoming a sibling: "With a Little help from my Friends". *Developmental Psychology*, 28(4), 685-699.
- Kramer, L. y Kowal, A. K. (2005). Sibling relationship quality from birth to adolescence: The enduring contributions of friends. *Journal of Family Psychology*, 19(4), 503-511.
- Kreppner, K., Paulsen, S. y Schuetze, Y. (1982). Infant and family development: From triads to tetrads. *Human Development*, 25(6), 373-391.
- Kretschmer, T. y Pike, A. (2010). Associations between adolescent siblings' relationship quality and similarity and differences in values. *Journal of Family Psychology*, 24(4), 411-418.
- Kuzel, A. (1992) Sampling in qualitative inquiry. En B. Crabtree, B. y W. Miller (Eds.), *Doing Qualitative Research*. Sage.
- Lacan, J. (2012). *Los complejos familiares en la formación del individuo*. Otros escritos: Paidós (Obra publicada en 1938).
- Lamb, M. E. (1977a). Father-Infant and Mother-Infant Interaction in the First Year of Life. *Child Development*, 48(1), 167-181.

- Lamb, M. E. (1977b). The Development of Mother-Infant and Father-Infant Attachments in the Second Year of Life. *Developmental Psychology*, 13(6), 637-648.
- Lamb, M. E. (1978). Interactions between eighteen-month-olds and their preschool aged siblings. *Child Development*, 49, 51-59.
- Lamb, M. E. (1997). L'influence du père sur le développement de l'enfant. *Enfance*, 3, 337-349.
- Lamb, M. E. (2002). Infant-father attachments and their impact on child development. En C.S. Tamis-LeMonda y N. Cabrera (Eds.), *Handbook of Father involvement: Multidisciplinary Perspectives* (pp. 93-117). LEA.
- Langevin, A. (1998). Frères et sœurs, les négligés du roman familial. En B. Camdessus (Dir.), *La fratrie méconnue. Liens du sang, liens du cœur*. ESF.
- Le Camus, J. (2000). *Le vrai rôle du père*. Paris: Odile Jacob.
- Lechartier-Atlan, C. (1997). Un traumatisme si banal, quelques réflexions sur la jalousie fraternelle précoce. *Revue Française de Psychanalyse*, 61(1), 57-66.
- Leerkes, E. M. (2011). Maternal sensitivity during distressing tasks: A unique predictor of attachment security. *Infant Behavior and Development*, 34(3), 443-446.
<https://doi.org/10.1016/j.infbeh.2011.04.006>
- Lewis, C., Freeman, N. H., Kyriakidou, C., Maridaki-Kassotaki, K. y Berridge, D. M. (1996). Social influences on false belief access: specific sibling influences or general apprenticeship? *Children Development*, 67(6), 2930-2947.
- Lu, P. C. (2007). Sibling relationships in adulthood and old age: A case study of Taiwan. *Current Sociology*, 55(4), 621-637.

- Lyons-Ruth, K. Bronfman, E. y Atwood, G. (1999). A relational diathesis model of hostile-helpless states of mind: Expressions in mother-infant interaction. In J. Solomon y C. George (Eds.), *Attachment disorganization* (pp. 33-70). Guilford Press.
- Lyons-Ruth, K., Dutra, L., Schuder, M. R. y Bianchi, I. (2006). From infant attachment disorganization to adult dissociation: Relational adaptations or traumatic experiences? *Psychiatric Clinics of North America*, 29(1), 63–86. <https://doi.org/10.1016/j.psc.2005.10.011>
- Main, M. (1998). Discours, prédictions et études récentes sur l’attachement : implications pour la psychanalyse. En A. Braconnier y J. Sipos, *Le bébé et les interactions précoces* (pp. 79-88). PUF.
- Main, M., Kaplan, N. y Cassidy, J. (1985). Security in infancy, childhood, and adulthood: A move to the level of representation. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 50(1-2), 66–104. <https://doi.org/10.2307/3333827>
- Main, M. y Solomon, J. (1986). Discovery of an insecure-disorganized/disoriented attachment pattern. En T. B. Brazelton y M. W. Yogman (Eds.), *Affective development in infancy* (pp. 95–124). Ablex.
- Main, M. y Solomon, J. (1990). Procedures for identifying infants as disorganized/disoriented during the Ainsworth Strange Situation. En M. T. Greenberg, D. Cicchetti y E. M. Cummings (Eds.), *Attachment in the preschool years: Theory, research, and intervention* (pp. 121–160). The University of Chicago Press.

- Maldonado, C. y Carrillo, S. (2002). El vínculo de apego entre hermanos. Un estudio exploratorio con niños colombianos de estrato bajo. *Suma Psicológica*, 9(1), 107-132.
- Martin, M. M., Anderson, C. M. y Rocca, K. (2005). Perceptions of the adult sibling relationship. *North American Journal of Psychology*, 7(1), 107-116.
- Marvin, R. S. (1977). An ethological-cognitive model for the attenuation of mother-child attachment behavior. En T. Alloway, P. Pliner y L. Krames (Eds.), *Advances in the study of communication and affect* (Vol. 3). Plenum.
- McAlister, A. R. y Peterson, C. C. (2013). Siblings, theory of mind, and executive functioning in children aged 3-6 years: New longitudinal evidence. *Child Development*, 84(4), 1442-1458.
- McGuire, S., McHale, S. y Updegraff, K. (1996). Children's perceptions of the sibling relationship in middle childhood: Connections within and between family relationships. *Personal Relationships*, 3, 229-239.
- McHale, S. M., Updegraff, K. A., Helms-Erikson, H. y Crouter, A. C. (2001). Sibling influences on gender development in middle childhood and early adolescence: A longitudinal study. *Developmental Psychology*, 37(1), 115-125. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.37.1.115>
- Meins, E., Fernyhough, C., Fradley, E. y Tuckey, M. (2001). Rethinking maternal sensitivity: Mothers' comments on infants' mental processes predict security of attachment at 12 months. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 42(5), 637-648. <https://doi.org/10.1111/1469-7610.00759>

- Merino, L. (2014). *Impacto de los contextos de adversidad familiar en la adaptación de los/as hijos/as: el papel de las relaciones fraternales*. [Tesis doctoral]. Universidad de Deusto.
- Metz, C. y Thévenot, A. (2007). Mon enfant, ma soeur... travail du fraternel dans le processus de construction de la parenté. *Dialogue*, 177(3), 101-113.
- Meynckens-Fourez, M. (1999). La fratrie, le point de vue éco-systémique. En E. Tilmans-Ostyn y M. Meynckens-Fourez (Dir.). *Les ressources de la fratrie* (pp. 37-68). Erès.
- Meynckens-Fourez, M. (2004). Frères et soeurs: entre disputes et complicités, entre amour et haine: Réflexions thérapeutiques. *Cahiers Critiques de Thérapie Familiale et de Pratiques de Réseaux*, 32(1), 67-89. <https://doi.org/10.3917/ctf.032.0067>
- Miljkovitch, R., Pierrehumbert, B., Karmaniola, A y Halfon, O. (2003). Les représentations d'attachement du jeune enfant. Développement d'un système de codage pour les histoires à compléter. *Devenir*, 15(2). 143-177.
- Miljkovitch, R., Pierrehumbert, B., Turganti, G. y Halfon, O. (1998). La contribution distincte du père et de la mère dans la construction des représentations d'attachement du jeune enfant. *Enfance*, 3, 103-116.
- Miljkovitch, R., Moss, E., Bernier, A., Pascuzzo, K. y Emmanuel, S. (2015). Refining the assessment of internal working models: the Attachment Multiple Model Interview. *Attachment & Human Development*, 17(5), 492-521. DOI: 10.1080/14616734.2015.1075561.

- Minnett, A. M., Vandell, D. L. y Santrock, J. W. (1983). The effects of sibling status on sibling interaction: Influence of birth order, age spacing, sex of child, and sex of sibling. *Child Development*, 54, 1064-1072.
- Minuchin, S. (1983). *Families and Family Therapy*. Harvard University Press.
- Muthén, L. K. y Muthén, B. O. (1998-2011). *MPlus User's Guide. Sixth Edition*. Muthén & Muthén.
- Nanzer, N. y Palacio Espasa, F. (2012). Les maux de la parentalité. En N. Nanzer (Cord.), *Manuel de psychothérapie centrée sur la parentalité* (pp. 15-29). PUF
- Neuburger, R. (2003). Relations et appartenances. *Thérapie Familiale*, 24(2), 169-178.
DOI: 10.3917/ctf.032.0169.
- Oshima-Takane, Y., Goodz, E. y Derevensky, J. L. (1996). Birth order effects on early language development: Do secondborn children learn from overheard speech? *Child Development*, 67, 621-634.
- Paquette, D. (2004). Le rôle du père dans la capacité du garçon à gérer son agressivité. *Revue de la Psychoéducation*, 33(1), 61-73.
- Perner, J., Ruffman, T. y Leekam, S. R. (1994). Theory of mind is contagious: You catch it from your sibs. *Child Development*, 65, 1228-1238.
- Piaget, J. (2014). *El nacimiento de la inteligencia en el niño*. Crítica (Obra publicada en 1936).
- Pierrehumbert, B. (2003). *Le premier lien: théorie de l'attachement*. Odile Jacob.

- Pierrehumbert B., Miljkovitch R. y Halfon O. (1999). Théorie de l'attachement et parentalité. En M. Dugnat (Ed.). *Devenir père, devenir mère. Naissance et parentalité* (p. 35-52). Érès.
- Pinel-Jacquemin, S., Zaouche-Gaudron, C. y Troupel-Cremel, O. (2009). Attachement père-cadet et qualité des relations fraternelles cadet-aîné. *Psychologie Française*, 54, 307-322.
- Raffaelli, M. (1992). Sibling conflict in early adolescent. *Journal of Marriage and the Family*, 54, 652-663.
- Rauer, A. J. y Volling, B. L. (2007). Differential parenting and sibling jealousy: Developmental correlates of young adults' romantic relationships. *Personal Relationships*, 14(4), 495-511. DOI: 10.1111/j.1475-6811.2007.00168.x.
- Ripoll, K., Carrillo, S. y Castro, J. A. (2009). Relación entre hermanos y ajuste psicológico en adolescentes: Los efectos de la calidad de la relación padres-hijos. *Avances en Psicología Latinoamericana/Bogotá (Colombia)*, 27(1), 125-142.
- Rohde, P. A., Atzwanger, K., Butovskayad, M., Lampert, A., Mysterud, I., Sanchez-Andres, A. y Sulloway, F. J. (2003). Perceived parental favoritism, closeness to kin, and the rebel of the family: The effects of birth order and sex. *Evolution and Human Behavior*, 24(4), 261–276. [https://doi.org/10.1016/S1090-5138\(03\)00033-3](https://doi.org/10.1016/S1090-5138(03)00033-3)
- Román, M. (2010). *El apego en niños y niñas adoptados: Modelos internos, conductas y trastornos del apego*. [Tesis doctoral]. Universidad de Sevilla.

- Román, M. (2011). Metodologías para la evaluación del apego infantil: De la observación de conductas a la exploración de las representaciones mentales. *Acción Psicológica*, 8(2), 27-38.
- Román, M., Hodges, J., Palacios, J., Moreno, C. y Hillman, S. (2018). Evaluación de las representaciones mentales de apego a través de las historias incompletas: Aplicación española de Story Stem Assessment Profile (SSAP). *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación-e Avaliação Psicológica*, 1(46), 5-19. <https://doi.org/10.21865/RIDEP46.1.01>
- Ross, H. G. y Milgram, J. I. (1982). Important variables in adult sibling relationships: A qualitative study. En M. E. Lamb y B. Sutton-Smith (Eds.), *Sibling relationships: Their significance across the lifespan*. Erlbaum.
- Rufo, M. (2002). *Frères et soeurs, une maladie d'amour*. Fayard.
- Samuels, H. R. (1980). The effect of an older sibling on infant locomotor exploration of a new environment. *Child Development*, 51, 607-609.
- Scelles, R. (2004). La fratrie comme ressource. *Cahiers Critiques de Thérapie Familiale et de Pratiques de Réseaux*, 32(1), 105-123. DOI: 10.3917/ctf.032.0105.
- Scelles, R. (2010). *Liens fraternels et handicap: De l'enfance à l'âge adulte, souffrances et ressources*. Érès.
- Schachter, F. F., Gilutz, G., Shore, E. y Adler, M. (1978). Sibling deidentification judged by mothers: Cross-validation and developmental studies. *Child Development*, 49(2), 543-546. <https://doi.org/10.2307/1128728>.

- Schaffer, R. y Emerson, P. E. (1964). The development of social attachments in infancy. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 29(3), 1-77.
- Scharf, M., Shulman, S. y Avigad-Spitz, L. (2005). Sibling relationships in emerging adulthood and in adolescence. *Journal of Adolescence Research*, 20(1), 64-90.
- Schulman, G. L. (1999). Siblings revisited: Old conflicts and new opportunities in later life. *Journal of Marital and Family Therapy*, 25(4), 517-524.
- Sebele-Mpofu, F.Y. (2020). Saturation controversy in qualitative research: Complexities and underlying assumptions. A literature review. *Cogent Social Sciences*, 6(1), 1838706.
- Sherman, L.J., Rice, K., y Cassidy, J. (2015). Infant capacities related to building internal working models of attachment figures: A theoretical and empirical review. *Developmental Review*, 37, 109-141.
- Slomkowski, C. y Manke, B. (2004). Sibling relationships during childhood: Multiple perceptions from multiple observers. En R.D. Conger, F.O. Lorenz y K.A.S. Wickrama (Eds.), *Continuity and change in family relations: Theory, methods and empirical findings*. Erlbaum.
- Solomon, J. y George, C. (1999). The measurement of attachment security in infancy and childhood. En J. Cassidy y P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of attachment: Theory, research and clinical applications*. Guilford Press.
- Song, J-H. y Volling, B. L. (2015). Coparenting and children's temperament predict firstborns' cooperation in the care of an infant sibling. *Journal of Family Psychology*, 29(1), 130-135.

- Stewart, R. B. (1983). Sibling attachment relationships: Child-infant interactions in the Strange Situation. *Developmental Psychology, 19*(2), 192-199.
- Stewart, R. B. y Marvin, R. S. (1984). Sibling Relations: The role of conceptual perspective-taking in the ontogeny of sibling caregiving. *Child Development, 55*, 1322-1332.
- Stewart, R. B., Mobley, L. A., Van Tuyl, S. S. y Salvador, M. A. (1987). The firstborn's adjustment to the birth of a sibling: A longitudinal assessment. *Child Development, 58*, 341-355.
- Stocker, C. M., Lanthier, R. P. y Furman, W. (1997). Sibling relationships in early Adulthood. *Journal of Family Psychology, 11*(2), 210-221.
- Sulloway, F. J. (1996). *Born to rebel: Birth order, family dynamics, and creative lives*. Pantheon Books.
- Suhr, D. D. (2006). *Exploratory or Confirmatory Factor Analysis?* SAS Users Group International Conference (SUGI31). San Francisco, CA.
- Susman-Stillman, A., Kalkose, M., Egeland, B. y Waldman, I. (1996). Infant temperament and maternal sensitivity as predictors of attachment security. *Infant Behavior and Development, 19*(1), 33-47. [https://doi.org/10.1016/S0163-6383\(96\)90042-9](https://doi.org/10.1016/S0163-6383(96)90042-9)
- Sutton-Smith, B. y Rosenberg, B. G. (1970). *The sibling*. Holt, Rinehart and Winston.
- Tabachnick, B. G. y Fidell, L. S. (2001) *Using Multivariate Statistics* (4th Ed). Allyn and Bacon.

- Teti, D. M. y Ablard, K. E. (1989). Security of attachment and infant-sibling relationships: A laboratory study. *Child Development*, 60, 1519-1528.
- Teti, D. M., Sakin, J. W., Kucera, E., Corns, K. M. y Eiden, R. D. (1996). And baby makes four: Predictors of attachment security among preschool-age firstborns during the transition to siblinghood. *Child Development*, 67, 579-596.
- Teubert, D. y Pinquart, M. (2010). The association between coparenting and child adjustment: A meta-analysis. *Parenting: Science and Practice*, 10(4), 286–307.
- Touris, M., Kromelow, S. y Harding, C. (1995). Mother-firstborn attachment and the birth of a sibling. *American Journal of Orthopsychiatric*, 65(2), 293-297.
- Troupel, O. (2006). *Attachement fraternel, styles de relations et des interactions de tutelle au sein des fratries de jeunes enfants: effet modulateur de la représentation des relations fraternelles de l'aîné* [Tesis doctoral]. Université de Toulouse-Le Mirail.
- Troupel, O. y Zaouche-Gaudron, C. (2005). Le lien d'attachement fraternel: l'utilisation des histoires à compléter. *Revue Internationale d'Education Familiale*, 8(2), 27-38.
- Troupel, O. y Zaouche-Gaudron, C. (2006a). De l'attachement mère-enfant à l'attachement fraternel: Évolution des paradigms de recherche. *Psychologie Française*, 51(2), 205-215.
- Troupel, O. y Zaouche-Gaudron, C. (2006b). Les relations d'attachement fraternel: évolution des études de 1984 à 2004. En B. Schneider (Ed.) *Enfant en développement, famille et hándicaps* (pp. 35-39). Érès.

- Tsoukatou, A. (2005). Lien fraternel, de la psychanalyse aux mythes et aux systèmes. *Thérapie Familiale*, 26(1), 55-65.
- Tuttle, A. R., Knudson-Martin, C. y Kim, L. (2012). Parenting as relationship: A framework for assessment and practice. *Family Process*, 51(1), 73–89. <https://doi.org/10.1111/j.1545-5300.2012.01383.x>
- Vinay, A. y Jayle, S. (2011). Faire fratrie: réflexions autour du lien fraternel. *Neuropsychiatrie de l'Enfance et de l'Adolescence*, 59, 342-347.
- Volling, B. L. y Belsky, J. (1992). The contribution of mother-child and father-child relationships to the quality of sibling interaction: A longitudinal study. *Child Development*, 63, 1209-1222.
- Volling, B. L., Gonzalez, R., Yu, T., Kennedy, D. E., Rosenberg, L. y Oh, W. (2014). Children's responses to mother-infant and father-infant interaction with a baby sibling: Jealousy or joy?. *Journal of Family Psychology*, 28(5), 634-644.
- Volling, B. L., Herrera, C. y Poris, M. P. (2004). Situational affect and temperament: Implications for sibling caregiving. *Infant and Child Development*, 13(2), 173–183. <https://doi.org/10.1002/icd.360>
- Wang, J. y Wang, X. (2012). *Structural Equation Modeling: Applications Using Mplus*. Wiley, Higher Education Press.
- Waters, E. y Cummings, E. M. (2000). A secure base from which to explore close relationships. *Child Development*, 71, 164-172. Doi:10.1111/1467-8624.00130.
- Weisner, T. S. y Gallimore, R. (1977). My brother's keeper: Child and sibling caretaking. *Current Anthropology*, 18, 169-190.

- West S. G., Finch J. F., y Curran P. J. (1995). Structural equation models with nonnormal variables: problems and remedies. En R. H. Hoyle (Ed.), *Structural equation modeling: concepts, issues and applications*, (pp. 56-75). Sage Publications.
- Whiteman, S. D., McHale, S. M. y Soli, A. (2011). Theoretical perspectives on sibling Relationships. *Journal of Family Theory & Review*, 3(2), 124-139.
- Widmer, E. (1999). *Les relations fraternelles des adolescents*. PUF.
- Winnicott, D. W. (2021). *The child, the family and the outside world*. Penguin Classics (Obra publicada en 1964).
- Zaouche-Gaudron, C. (2010). *Le développement social de l'enfant (du bébé à l'enfant d'âge scolaire)*. Dunod.

Anexos

ANEXO 1. Dictamen del Comité Ético de la Universidad de Deusto



DICTAMEN DEL COMITÉ DE ÉTICA EN LA INVESTIGACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE DEUSTO Ref: ETK-20/16-17

Tras la evaluación del proyecto "Calidad de las relaciones fraternas y apego filio-parental: papel en el apego fraterno" que presenta Dra. Dña. Ana Martínez Pampliega, en calidad de codirectora de la tesis realizada por Dña. Edurne Urrutia Carretero, el Comité de Ética en Investigación de la Universidad de Deusto, tal y como se hace constar en el acta de la reunión del 13 de Marzo de 2017 en la que se tomó el acuerdo, no encuentra objeción alguna, y califica el proyecto de APTO.

El estudio se realizará con niños y niñas. Este trabajo incluye una carta informativa para directores de centros y un consentimiento informado para los progenitores. Además, para que los/as menores puedan participar en el estudio será necesario el consentimiento de ambos progenitores. Quizás la carta informativa a progenitores es muy escasa y apenas describe las medidas que se realizarán. Se sugiere incluir una descripción mayor de las variables, del mismo modo que se hace en la carta a directores de colegios.

El estudio de la información aportada permite concluir al Comité de Ética que el proyecto es adecuado y se ajusta a los principios metodológicos y jurídicos que debe tener este tipo de investigación. La memoria indica que se prevé un impacto positivo en los participantes aunque no queda especificado como puede tener lugar dicho impacto positivo. No se espera que el estudio pueda provocar riesgos o daños a los participantes. Además, se ofrecerá la posibilidad de que puedan abandonar la realización de las pruebas en cualquier momento si así lo desean. Por último, en caso de que algún participante tenga alguna dificultad o problema debido a la realización de las pruebas, se informará al centro de ello y se ofrecerá la posibilidad de que la familia pueda hablar con la responsable del proyecto. Estos aspectos son muy adecuados.

Y para que así conste,

Dña. Cristina de la Cruz Ayuso
Coordinadora de la Comisión de Ética en Investigación
Universidad de Deusto

En Bilbao a 14 de Marzo de 2017

ANEXO 2. Carta de presentación para los centros escolares



Estimado/a Director/a:

Mi nombre es Edurne Urrutia. Soy psicóloga y actualmente realizo la tesis doctoral en la Universidad de Deusto. Mi tesis trata sobre las relaciones entre hermanos/as durante la infancia y es un proyecto dirigido por las doctoras Ana Martínez Pampliega y Susana Corral.

Me pongo en contacto con usted para solicitar la colaboración de sus alumnos/as de 5º y 6º de Educación Primaria. Como requisito para poder participar en el estudio, es necesario que los/as participantes tengan uno o más hermanos/as.

Para realizar este estudio, utilizo varias pruebas psicológicas que se administran en un día de aplicación con una duración de una hora y media.

Las pruebas son las siguientes:

- Una prueba que mide a través de cuentos y narrativas el apego entre hermanos/as (20 minutos)
- Un cuestionario sobre la calidad de las relaciones entre hermanos/as (40 minutos)
- Un cuestionario que mide la seguridad con las figuras parentales (30 minutos)

En cuanto a la administración de las pruebas, me comprometo a realizarla personalmente acudiendo a su centro escolar. Estoy licenciada en Psicología con habilitación sanitaria, máster en salud mental y especialidad en psicoterapia infanto-juvenil. Poseo el certificado del Gobierno Vasco de ausencia de delitos sexuales.

Es importante remarcar que con el fin de preservar la confidencialidad y la privacidad de los/as alumnos/as que participen de forma voluntaria en esta investigación, las pruebas se contestarán de forma anónima. Únicamente se les pedirá a los/as alumnos/as que generen un código de letras y números con el fin de que yo pueda unir posteriormente las respuestas de cada uno/a.

Es importante también subrayar que se trata de una participación voluntaria y que los/as participantes pueden abandonar su participación en el estudio en el momento que consideren oportuno.

Le envió también una copia de la hoja informativa para las familias y del consentimiento informado que deben rellenar todas las familias de los/as participantes.

Si tiene alguna duda o necesita que le aclare algún aspecto de lo explicado previamente, puede ponerse en contacto conmigo a través de la dirección de correo electrónico e.urrutia@deusto.es

Gracias por su colaboración

Eduarne Urrutia Carretero

ANEXO 3. Carta informativa y consentimiento informado para los padres



Estimados padres y madres:

Me dirijo a ustedes para informarles de un proyecto de investigación que estamos llevando a cabo en la Universidad de Deusto acerca de las relaciones entre hermanos y hermanas.

El objetivo principal de este estudio es analizar las relaciones entre hermanos, dentro de la dinámica familiar. Para llevar a cabo este estudio, solicitamos la colaboración voluntaria de su hijo/a mediante la realización unas pruebas. La administración de dichas pruebas las llevaremos a cabo personalmente. Las pruebas son las siguientes:

- Una prueba que mide a través de cuentos y narrativas el apego entre hermanos/as (20 minutos)
- Un cuestionario sobre la calidad de las relaciones entre hermanos/as (40 minutos)
- Un cuestionario que mide la seguridad con las figuras parentales (30 minutos)

Con el fin de preservar la confidencialidad y la privacidad de su hijo/a, las pruebas serán contestadas de manera anónima. Únicamente se le pedirá a su hijo/a que escriba un código de letras y números que sólo él/ella conocerá, con el objetivo de poder identificar las respuestas de su hijo/a en las pruebas que se administrarán y saber que todas las respuestas pertenecen a una misma persona (el mismo código). Las respuestas de su hijo/a serán tratadas informáticamente junto con las respuestas de otras personas y no quedarán reflejados en ningún lugar datos que puedan identificarle/a.

Es importante también subrayar que se trata de una participación voluntaria y que su hijo/a puede abandonar su participación en el estudio en el momento que considere oportuno.

Si tienen alguna duda o necesitan aclarar algún aspecto de lo explicado previamente pueden ponerse en contacto con nosotros a través de la dirección de correo electrónico: e.urrutia@deusto.es

Agradecemos su colaboración

Edurne Urrutia Carretero

Licenciada en Psicología. Especialista en Psicología de Niños y Adolescentes

Universidad de Deusto. Equipo Deusto Family Psych

HOJA DE CONSENTIMIENTO

Tras haber leído la hoja informativa del estudio y la participación, por favor marque con una X si está conforme con lo siguiente. Abajo deberá firmar este documento para así dar autorización a que su hijo/a participe en el estudio.

	X
He sido informado/a del objetivo del estudio	
Se me ha dado la oportunidad de hacer preguntas sobre el estudio y la participación de mi hijo/a	
Acepto que mi hijo/a participe en el estudio	
Soy consciente de que su participación es voluntaria y de que puede abandonarla en el momento que considere oportuno	

Nombre y apellidos del/la niño/a: _____

Firma del progenitor/a 1

Firma del progenitor/a 2*

* Será necesario el consentimiento del padre y de la madre en todos los casos a excepción de:

Marcar en caso de familia monoparental. Deberá firmar sólo en “Firma del progenitor 1”

Marcar en caso de tutor legal. Deberá firmar sólo en “Firma del progenitor 1”

* En familias separadas o divorciadas se necesita igualmente el consentimiento de ambos padres